



Mónica Ojeda

MANDÍBULA

Lectulandia

Una adolescente fanática del horror y de las creepypastas despierta maniatada en una cabaña en medio del bosque. Su secuestradora no es una desconocida, sino su nueva profesora de Lengua y Literatura, una mujer joven a quien ella y sus amigas han atormentado durante meses en un colegio de élite del Opus Dei. Pero pronto los motivos de ese secuestro se revelarán mucho más oscuros que el bullying a una maestra: un perturbador amor juvenil, una traición inesperada y algunos ritos secretos e iniciáticos inspirados en esas historias virales y terroríficas gestadas en Internet. Mandíbula es una novela sobre el miedo y su relación con la familia, la sexualidad y la violencia. Narrada con una prosa llena de destellos líricos, símbolos desconcertantes y saltos en el tiempo, toma rasgos del thriller psicológico para desarrollar el juego mental que se produce entre alumnas y maestras, y escarbar en las relaciones pasionales entre madres e hijas, hermanas y «mejores amigas», recreando un mundo de lo femenino-monstruoso que se conecta con la tradición del cine de terror y la literatura de género.

Lectulandia

Mónica Ojeda

Mandíbula

ePub r1.0

Titivillus 23-06-2019

Mónica Ojeda, 2018

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

Mandíbula

I

VII

X

XI

XII

XIII

Reglas para entrar a la habitación blanca por Annelise Van Isschot

XX

XXI

XXIII

XXIV

XXVIII

Sobre la autora

*Estar dentro de la boca de un cocodrilo,
eso es la madre.*
Lacan

*...la mandíbula de la muerte
de la mandíbula caníbal de la muerte.*
Leopoldo María Panero

*Todo lo que escribo se reduce
a dos o tres palabras
Madre Hija Hermana
Es una trilogía no prevista
por el Psicoanálisis.*
Victoria Guerrero

Hay una alegría en el miedo.
Joanna Baillie

*El horror ligado a la vida
como un árbol a la luz*
George Bataille

*Todo ejercicio de la palabra
es un lenguaje del miedo.*
Julia Kristeva

*Y el tinte de la piel de la figura
tenía la perfecta blancura de la nieve.*
Edgar Allan Poe

*Era la blancura de la ballena
lo que me horrorizaba*

por encima de todas las cosas.

Herman Melville

*...más allá se alzaba la cumbre blanca
y fantasmal del monte*

*Del Terror; de diez mil novecientos pies de altura
y ahora extinto como volcán.*

H. P Lovecraft

*Aquí yace, con la blancura y
la frialdad de la muerte.*

Mary Shelley

I

ABRIÓ los párpados y le entraron todas las sombras del día que se quebraba. Eran manchas voluminosas —“La opacidad es el espíritu de los objetos”, decía su psicoanalista— que le permitieron adivinar unos muebles maltrechos y, más allá, un cuerpo afantasmado fregando el suelo con un trapeador para hobbits. “Mierda”, escupió sobre la madera contra la que se aplastaba el lado más feo de su cara de Twiggy-*face-of*-1966. “Mierda”, y su voz sonó como la de un dibujo animado en blanco y negro un sábado por la noche. Se imaginó a sí misma donde estaba, en el suelo, pero con la cara de Twiggy, que era en realidad la suya salvo por el color-pato-clásico de las cejas de la modelo inglesa; cejas-pato-de-bañera que no se parecían en nada a la paja quemada sin depilar sobre sus ojos. Aunque no podía verse sabía la forma exacta en la que yacía su cuerpo y la poco grácil expresión que debía tener en ese brevísimo instante de lucidez. Aquella completa conciencia de su imagen le dio una falsa sensación de control, pero no la tranquilizó del todo porque, lamentablemente, el autoconocimiento no hacía a nadie una Wonder Woman, que era lo que ella necesitaba ser para soltarse de las cuerdas que le ataban las manos y las piernas, igual que a las actrices más glamurosas en sus *thrillers* favoritos.

Según Hollywood, el 90% de los secuestros terminan bien, pensó sorprendida de que su mente no asumiera una actitud más seria en un momento así.

Estoy atada. ¡Qué increíble que sonaba esa declaración en su cabeza! Hasta entonces “estar atada” había sido una metáfora sin esqueleto. “Estoy atada de manos”, solía decir su madre con las manos libres. En cambio ahora, gracias al espacio desconocido y el dolor en sus extremidades, estaba segura de que le estaba ocurriendo algo muy malo; algo similar a lo que ocurría en las películas que a veces miraba para escuchar, mientras se acariciaba, una voz como la de Johnny Depp diciendo: “*With this candle, I will light your way into darkness*” —según su psicoanalista, aquella excitación que la

acompañaba desde los seis años, cuando empezó a masturbarse sobre la tapa del váter repitiendo líneas de películas, respondía a un comportamiento sexual precoz que tenían que explorar conjuntamente—. Siempre imaginó la violencia como una consecución de olas que escondían piedras hasta que se estrellaban contra la carne de algo vivo, pero nunca como ese teatro de sombras ni como la quietud interrumpida por los pasos de una silueta encorvada. En clases, la profesora de Inglés les hizo leer un poema igual de oscuro y confuso. Sin embargo, memorizó dos versos que, de pronto, en esa posible cabaña o habitáculo de madera crujiente, empezaron a tener sentido:

*There, the eyes are
sunlight on a broken column.*

Sus ojos tenían que ser eso ahora: luz de sol en una columna rota —la columna rota era, por supuesto, el lugar de su secuestro; un espacio desconocido y arácnido que parecía el reverso de su casa—. Había abierto los ojos por error, sin pensar en lo difícil que sería alumbrar aquel rectángulo sombrío y a la secuestradora que lo limpiaba como una ama de casa cualquiera. Quiso no tener que preguntarse por asuntos inútiles, pero ya estaba afuera de sí misma, en la maraña de lo ajeno, obligada a enfrentar lo que no podía resolver. Mirar las cosas del mundo, lo oscuro y lo luminoso cosiéndose y descosiéndose, el cúmulo de lo que existe y ocupa un lugar dentro de la histriónica composición del Dios *drag-queen* de su amiga Anne —¿qué diría ella cuando se enterara de su desaparición? ¿Y la Fiore? ¿Y Natalia? ¿Y Analía? ¿Y la Xime?—; todo en los ojos ardiéndole más que ninguna otra fiebre era siempre un accidente. Ella no quería ver y dañarse con las cosas del mundo, pero ¿qué tan grave era la situación en la que se encontraba? La respuesta anunciaba una nueva incomodidad: un levantamiento en la llanura de su garganta.

El cuerpo fregador del suelo se detuvo y la miró, o eso creyó ella que hizo, aunque a contraluz no pudo ver más que una figura parecida a la noche.

—Si ya te despertaste, siéntate.

Fernanda, con el perfil derecho aplastado contra la madera, soltó una risa corta e involuntaria de la que se arrepintió poco después, cuando se escuchó y pudo comparar el ruido de sus instintos con el llanto de una comadreja. Cada segundo que pasaba entendía mejor lo que le estaba ocurriendo y su angustia subía y se extendía por el espacio a media penumbra como si escalara el aire. Intentó sentarse, pero sus escasos movimientos fueron los de un pez

convulsionando sobre sus propios terrores. Ese último fracaso la obligó a reconocer el patetismo de su cuerpo ahora agusanado y le provocó un ataque de risa que fue incapaz de controlar.

—¿De qué te ríes? —preguntó, aunque sin verdadero interés, la sombra viva mientras exprimía el trapeador para hobbits en la silueta de un cubo.

Fernanda hizo acopio de toda su fuerza de voluntad para detener la risa de encías que la colmaba y, cuando por fin pudo recobrar el sentido de sí, avergonzada por el poco dominio que tenía sobre sus reacciones, recordó que había estado imaginándose en el suelo con un vestido azul eléctrico, como una versión moderna de Twiggy secuestrada, *top-model-always-diva* hasta en situaciones límite, y no con el uniforme del colegio que en realidad usaba: caliente, arrugado y oloroso a suavizante.

La decepción tenía la forma de una falda a cuadros y una blusa blanca manchada de ketchup.

—*Sorry*, Miss Clara. Es que no puedo moverme.

El cuerpo arrimó el trapeador a una pared y, limpiándose las manos sobre la ropa de aspirante a monja, caminó hacia ella emergiendo de las sombras afiladas a una luz dura que le descubrió la carne rosa de pelícano desplumado. Fernanda mantuvo la mirada fija en el rostro ovíparo de su profesora como si fuese vital ese instante de lupa en el que pudo verle unas venas moradas, nunca antes identificadas, en las mejillas. *¿No que esas vergas solo salían en las piernas?*, se preguntó cuando unas manos demasiado largas la levantaron del suelo y la sentaron. Pero por más que intentó aprovechar la cercanía con *Latin* Madame Bovary no pudo verle ninguna palabra atorada en los gestos. Había personas que pensaban con el rostro y bastaba aprender a leerles los músculos de la frente para saber de qué inundaciones procedían, pero no cualquiera tenía la habilidad de dilucidar los mensajes de la carne. Fernanda creía que Miss Clara hablaba un idioma facial primigenio; un lenguaje a veces inaccesible, a veces desnudo como un páramo o un desierto. No se atrevió a decir nada cuando la profesora volvió a alejarse y las sombras cambiaron de lugar. Así, sentada, pudo estirar sus piernas atadas con una cuerda de color verde —la misma que usaba en el colegio para saltar durante las clases de educación física— y ver los mocasines limpios que la Charo, su nana, le había limpiado el día anterior. Al fondo, dos ventanales que ocupaban la parte superior de la pared le permitieron ver un follaje exuberante y una montaña o un volcán de cima nevada que le hizo saber que estaban fuera de su ciudad natal.

—¿En dónde estamos?

Pero esa no era la pregunta que más importaba: *¿Por qué me ha secuestrado, Miss Clara? ¿Por qué me ha atado y sacado de la ciudad de los charcos de agua puerca, zorra-mal-cogida-hija-de-la-gran-puta? ¿Eh, puta de mierda?* En cambio aguantó el silencio con la resignación de a quien se le cae el techo encima y empezó a llorar. No porque estuviera asustada, sino porque otra vez su cuerpo hacía cosas sin sentido y ella no podía soportar tanto caos destruyéndole la conciencia. El autoconocimiento se le había resquebrajado y ahora era una desconocida a la que podía imaginar por fuera pero no por dentro. Temblando, observó con odio el cuerpo de su profesora moverse como una rama sin hojas mientras fregaba el suelo. Trozos de cabello negro le rozaban la mandíbula ancha —el único rasgo de esa cara de diario que era poco común—. A veces, cuando sonreía, Miss Clara parecía un tiburón o un lagarto. Una apariencia así, decía su psicoanalista, era discreta en su agresividad.

—Quiero irme a casa.

Fernanda esperó alguna respuesta que aliviara su ansiedad pero Miss Clara López Valverde, de treinta años, 1,68 metros de estatura, 57 kilos, pelo a la altura de las tetas, ojos de artrópodo y voz de pájaro a las seis de la mañana, la ignoró como cuando en clases le preguntaba cuánto faltaba para que sonara el timbre y pudiera salir al recreo, sentarse en el suelo con las piernas abiertas, decir palabras obscenas o mirar las cosas del mundo —que en el colegio eran siempre más reducidas y miserables que en ninguna otra parte—. Debió haber preguntado: *¿hasta cuándo estaré aquí, estúpida perra de orto sangrante?* Pero las preguntas importantes no le salían de las entrañas con la misma facilidad que el llanto y la ira pelándole las muelas tan distintas a las de Miss Clara y a las que pintaba Francis Bacon, el único artista que recordaba de su clase de apreciación al arte y que, además, le hacía pensar en películas de terror viejas con la dentadura rabiosa de Jack Nicholson, Michael Rooker y Christopher Lee. Dientes rechinando y mandíbulas: esa fuerza guardada en los huesos no habitaba en su boca; llorar como lo hacía, con vergüenza y odio, era igual que desnudarse en la nieve de la mente de Miss Clara. O casi.

Paseó los ojos por el lugar que la encerraba y comprobó que la cabaña era pequeña y lóbrega; el hogar ideal para el gusano que ahora era, la guarida donde tendría que aprender a desvertebrarse para sobrevivir. De repente, el frío empezó a temblarle las manos y comprendió que estar fuera de Guayaquil era flotar dentro de un vacío suspendido en el que no podía proyectarse. Ese vacío, además, se suspendía en la respiración de Miss Clara y carecía de

futuro. ¿Y si la muy zorra me sacó del país?, se preguntó aunque pronto desechó aquella posibilidad —no podía ser tan fácil sacar a una adolescente sin documentos, completamente dormida y maniatada, al extranjero—. Entonces intentó reconocer aquella montaña o volcán que se veía por la ventana, pero su conocimiento de las jorobas terrestres de su país-pulga-de-América-del-Sur se reducía a unos cuantos nombres rimbombantes y a unas pequeñas imágenes incluidas en su libro de geografía. La costa de orillas ocres, el calor y un río corriendo con el dramatismo del rímel sobre un rostro que llora, era lo único que su cuerpo identificaba como hogar, aunque lo odiara más que a ningún otro paisaje. “El puerto es una piel de elefante”, decía un poema que Miss Clara les había hecho leer en clase y con el que todas hicieron aviones que impactaron contra el pizarrón. Lo que veía a través de la ventana, sin embargo, era otro tipo de bestia. *Maldito trozo de tierra en las nubes*, pensó endureciéndose como una roca, y luego miró a su profesora con todo el desprecio que se había forzado a ahogar bajo las pestañas.

—Usted va a joderse por esto.

La silueta dejó de fregar y, durante varios segundos, pareció una pieza de arte contemporáneo en medio de la estancia. Fernanda esperó con paciencia alguna reacción que iniciara un diálogo, una voz que desequilibrara el silencio, pero ninguna palabra ocurrió. En cambio, Miss Clara atravesó la penumbra y salió por una puerta que, al abrirse, se tragó toda la luz de la tarde e iluminó el interior de la cabaña. Fernanda escuchó agua salpicando contra alguna firmeza, el ruido del viento despeinando los árboles y pasos que se agrandaban, pero antes de que la luz volviera a desaparecer vio un revólver brillando como un cráneo en el centro de una mesa larga.

Y su rabia reculó.

—No —dijo Miss Clara cuando ya era de nuevo una sombra—. Eres tú quien va a tener que joderse ahora.

Fernanda la vio acercarse y cerró los ojos. Algo estaba haciendo ese cuerpo de rama detrás del suyo. Un aliento vaporoso se derramó sobre su nuca y, después, sintió las cuerdas aflojándose alrededor de sus muñecas. El dolor de la libertad llegó con una tibieza que le recorrió los brazos en el preciso instante en el que pudo dejarlos caer a ambos lados de sí misma. Intentó desatar la cuerda que le amarraba los tobillos, pero sus manos respondieron con una rigidez y una torpeza similares a la de una máquina oxidada. El exterior, mientras tanto, se dilataba ensanchando sus ojos dolorosamente. ¿Por qué?, se preguntó cuando la cuerda cedió y pudo separar

sus piernas hasta que la falda del colegio se le abrió como un abanico. *¿Por qué mierda estoy aquí?*

Frente a ella, Miss Clara la miraba con la autoridad que le daba el revólver a sus espaldas.

—Levántate.

Pero Fernanda-liberada se mantuvo quieta en su lugar. Sabía que no tenía sentido negarse, sin embargo, no pudo evitar reaccionar del mismo modo que cuando Miss Clara o Mister Alan o Miss Ángela la expulsaban del aula y ella, sin moverse de su silla, los miraba a los ojos esperando a que se atrevieran a tocarla porque sabía muy bien que nunca lo harían. Esa seguridad, ahora que había sido secuestrada, ya no existía. Por primera vez no era invulnerable o, mejor dicho, por primera vez tenía conciencia de su propia vulnerabilidad. Su mente parecía un barco llenándose de agua, pero el hundimiento podía ser una nueva forma de pensar.

—Levántate. No me hagas volver a repetirlo.

Obedecer. Su pecho era un roedor huyendo hacia las alcantarillas durante el día. Aún le resultaba incómodo flexionar los dedos de las manos, pero esta vez pudo apoyarlos en el suelo y ponerse de pie con torpeza. Evitó mirar el revólver que reposaba detrás de su profesora. *Tal vez, reflexionó, si no lo miro ella creerá que no me he dado cuenta.*

Pero Miss Clara señaló con su mentón la silla a un extremo de la mesa.

—Tú y yo vamos a tener que hablar sobre lo que hiciste.

VII

CLARA empezó a trabajar en el Colegio Bilingüe Delta, *High-School-for-Girls*, un mes antes del inicio de clases. Le dieron un cubículo en la sala de profesores, la llave para el cajón de su escritorio, una clave para iniciar sesión en una Mac, la contraseña del wifi, una tarjeta para retirar libros de la biblioteca, cuadernos y bolígrafos con el nombre de la institución —además de una taza con el logo del colegio— y un control de acceso al parqueadero privado. El primer día recorrió las instalaciones acompañada por la inspectora, una mujer de sesenta años que tenía el pelo amarillo verdoso y la expresión tensa, como si acabara de probar algo amargo. “Me llamo Patricia, pero todos me dicen Patty”, le dijo sin ganas, y Clara supo que era de esas personas que estaban acostumbradas a hablar por obligación. Le simpatizó su aire policial y el orden, pulcro y minimalista, que notó en el área de inspección cuando fueron a recoger su horario de clases y las listas de los paralelos con los nombres de sus futuras alumnas. Sin embargo, encontró incoherente la organización extrema del lugar frente a la ropa que Patricia usaba esa tarde, excesivamente suelta y con apariencia de pijama, y lo poco cuidados que tenía los pies —su madre habría dicho, si estuviera viva y pudiera verlo, que mostrar los pies con las uñas largas y sucias era cosa de animales, de gente que no tenía vergüenza de su propia fealdad (quizás, pensó Clara, envejecer era perder el pudor hacia lo desagradable de uno mismo)—. Semanas más tarde, cuando las estudiantes empezaron a llegar, Patricia Flores —nunca pudo llamarla Patty— cambió la pijama por el uniforme de inspectora, pero no dejó de ponerse las sandalias ortopédicas que hacían que los dedos largos de sus pies rozaran el suelo, y eso —aunque le costó admitírselo a sí misma (no quería ser una persona superficial)— molestó profundamente a Clara, al punto de hacerla sentirse incómoda cada vez que estaba cerca de ella pues tenía que esforzarse demasiado para no mirarle los pies y, a pesar de sus intentos, siempre acababa mirándoselos y sintiendo una

mezcla de asco y de rabia hacia esa mujer de rostro avinagrado que no sabía cómo limpiarse bien las uñas ni los talones.

Su aversión hacia Patricia-la-inspectora fue uno de los primeros disgustos que experimentó en el colegio —le parecía inverosímil que la misma persona que ordenaba los marcadores de pizarra por colores escogiera un tinte de cabello a lo Beetlejuice—, pero eso ocurrió después. El primer día, Clara ignoró la pijama y las sandalias de Patricia y, en cambio, se concentró en lo que colgaba de su cuello: una cadena fina que sostenía un pito rojo meciéndose entre sus ubres caídas y anchas. Fue ese pito, y el tamaño desproporcionado de los senos, lo que le hizo pensar que Patricia —a pesar de su descuidado aseo personal— sería una buena inspectora; que vigilaría con responsabilidad a las estudiantes y que la apoyaría controlándolas duramente, si era necesario, cada vez que ella se lo pidiera. Por eso agradeció, casi con alivio, que fuera Patricia-la-inspectora quien la paseara por el colegio y le mostrara las aulas, la biblioteca, el comedor, la cafetería, la piscina olímpica, el teatro, la mediateca, el oratorio, el salón de gimnasia artística, el gimnasio, el auditorio, las canchas de fútbol, básquet y voleibol, la enfermería, el laboratorio, las salas de informática, la cocina, el huerto y la pista de patinaje, ya que era una mujer vieja que hablaba solo cuando tenía que hacerlo y no se molestaba iniciando conversaciones casuales —su madre también había sido una mujer de pocas (aunque sentenciosas) palabras, y Clara (que sabía que su cada vez más acuciado trastorno de ansiedad tendía a recrudecerse ante situaciones sociales impuestas) prefería seguir su ejemplo—.

Ese día, mientras paseaban en silencio, Clara se sintió contenta, o quizás demasiado excitada ante la perspectiva de retomar su vida previa al suceso con las *M&M's*. Su ánimo febril —“¡Quédate quieta, Becerra!”, le decía su madre cuando tenía seis años y se acaloraba tanto que la abrazaba con una insistencia agobiante— le provocó ligeros temblores y cubrió su cuerpo con una delgada capa de sudor que ella adjudicó a su buen estado de ánimo, y no a sus nervios, durante la toma de las medidas para el uniforme —los profesores del Colegio Bilingüe Delta, *High-School-for-Girls*, estaban obligados por el reglamento a usar la camisa, el pantalón y la chaqueta institucional los días en los que se celebraba alguna actividad de cara al público externo—. Colaboró de buena gana con la modista, que tuvo la delicadeza de tocarla lo menos posible, y se sorprendió a sí misma aceptando el hecho de que dos o tres días al mes no podría vestirse como su madre. El resto del tiempo, en cambio, llevaría sus faldas largas modelo-materno-del-ochenta-y-nueve y sus blusas con botones en forma de perla.

Dos o tres días al mes no son nada, se dijo para consolarse, y aunque el uniforme la despersonalizaba y la alejaba peligrosamente de su madre muerta, pensó que sería capaz de soportarlo.

En algún momento del recorrido hizo el intento de imaginar el colegio — en ese entonces casi vacío— repleto de chicas con faldas y lazos y acné y dientes nuevos, y se sintió mal, al borde de una taquicardia —la anticipación a un posible ataque de pánico la frenó en seco, como en todas aquellas ocasiones en las que el miedo a tener miedo desataba sus peores crisis (“Tienes cucarachas en la mente, muchacha enferma”, le decía su madre sentada en el sillón de estampado de tigre cada vez que Clara le pedía ayuda para respirar)—. Patricia, como si no sintiera nada de lo que salía de su boca, le preguntó si quería sentarse, pero Clara se negó y logró recobrar la calma humedeciéndose la frente con el chorro de agua de un bebedero cercano.

La inspectora no le hizo más preguntas.

Si bien desde lo ocurrido con las *M&M's* su trastorno de ansiedad se había intensificado —ya ni siquiera las pastillas lograban calmar todos los síntomas que la aquejaban—, Clara le temía poco al dolor de la delicada piel de entre los dedos de su mano izquierda, o a su talón golpeando el suelo como un martillo durante horas, o a sus uñas carcomidas, o a su excesiva transpiración, o al orden de las frutas y los vegetales en la cocina, o a la inacabable limpieza del baño, o a la irritación de sus muslos cuando se rascaba por las noches hasta sangrar, y mucho a la recurrencia de sus ataques de pánico; esos que habían reaparecido con fuerza en los últimos meses y que le agarrotaban los músculos y le ponían el corazón en carrera sin que ella pudiera relajarlo. Antes de su primera entrevista con la rectora del Colegio Bilingüe Delta, *High-School-for-Girls*, Clara se convenció de que sus ataques de pánico estaban menguando —no había tenido uno desde hacía varias semanas—, y de que el trauma que le dejó lo ocurrido con Malena Goya y Michelle Gomezcoello iría desapareciendo a medida que su vida fuera regresando a la normalidad. Volver a las aulas era su única escapatoria: la mejor forma de recuperar lo poco que le quedaba de dignidad.

Nunca soportó la indisciplina y el caos de los colegios públicos, por eso le complació corroborar que el Delta funcionaba como un reloj. El calendario anual se había hecho meses antes del inicio del periodo y, cuando ella llegó, los profesores ya estaban manteniendo reuniones por área del conocimiento y por niveles, así como puliendo los diseños curriculares y las actividades trimestrales. El reparto de las labores era equitativo y justo: todos los maestros tenían los mismos turnos de vigilancia durante los recreos y la hora

de salida, también disponían de tiempo suficiente para la preparación de contenidos, elaboración de informes y de proyectos porque ninguno podía impartir más de diez horas de clase a la semana. Había manuales y folletos informativos para todo, desde cómo crear un ambiente propicio de colaboración entre “compañeros defensores de la enseñanza”, hasta de qué modo hacer que las materias respondieran a la misión institucional y a las doctrinas del Opus Dei —la misión, visión y los objetivos educativos estaban pegados en las carteleras de cada salón, aula y oficina—.

La religión tenía un peso fundamental en el Colegio Bilingüe Delta, *High-School-for-Girls*, que contaba con una agenda especial para los eventos espirituales a los que los estudiantes y profesores estaban obligados a asistir. Quien organizaba dichas actividades —y los horarios de uso del oratorio— era Alan Cabrera, el profesor de Teología, un hombre de aspecto enfermizo que usaba el pantalón casi a la cintura y que tenía el culo de una mujer de caderas anchas. Clara habló con él en su segundo día de trabajo y le pareció, entre otras cosas, una persona que se esforzaba en exceso por agradar a los demás —sonreía cuando no había que sonreír y abría lunáticamente los ojos para hacerse el gracioso—. Se dio cuenta de que cada vez que Alan Cabrera hacía un chiste los profesores se reían por compromiso, y que eso a él le bastaba. Igual que Patricia, Alan no tenía familiares vivos, de modo que su familia, decía, eran sus alumnas y sus compañeros de trabajo —idea que (en opinión de la madre muerta que habitaba en su mente) era propia de una persona lastimera—. La única profesora que no se reía de sus bromas —a menudo racistas, aunque él parecía no darse cuenta de ello— era la de Historia, Ángela Caicedo, una mujer de cuarenta y tantos, alta, que tenía una voz grave, casi masculina, y que hablaba aún menos que Clara —apenas se la escuchaba saludar por las mañanas y despedirse por las tardes (de vez en cuando también se la oía preguntar por el papel A4 para la impresora)—. Sin saberlo, Ángela hizo que Clara se sintiera menos obligada a intimar con sus colegas —pronto desechó el plan que había diseñado y que consistía en comentar algo de forma casual tres veces al día (número ideal para ser considerada razonablemente sociable)—, pues si los demás aceptaban el silencio de la profesora de Historia eso significaba que no hallaban descortés el suyo propio.

En general, la idea que se llevó durante los primeros días de trabajo fue que en la sala de maestros reinaba un ambiente de cordialidad que todos se esmeraban por mantener intacto. Se hablaban entre ellos, se sonreían, se comentaban algunas cosas y hasta se hacían bromas, pero las charlas no

duraban más de dos minutos y, al final, cada quien volvía a sumergirse en sus propias labores, sin ningún tipo de interés real en la vida del otro. Por eso, durante algunos días, Clara pensó que lograría salvarse de que le sacaran el tema de las *M&M's*; de que le preguntaran cómo estaba tras haber sido secuestrada en su propia casa y agredida por dos de sus estudiantes cuando, en realidad, lo que querían era conocer los detalles sórdidos del caso: cuánto y de qué forma la torturaron, si tuvo o no miedo de morir, si sintió o no mucho dolor...

Sin embargo, fue Amparo Gutiérrez, la profesora de Educación Física, quien le habló de ello en la segunda semana, justo al final de una reunión sobre disciplina y protocolo.

—Tuvo que ser bastante desagradable, pobrecilla —le dijo, y al notar que Clara no agregaba nada continuó—. Pero acá no debes preocuparte. Nuestras chicas son un poco difíciles, según qué grupo, pero son de buenas familias. No son unas yegüitas desbocadas ni unas criminales, no. Es importante mantener el orden y la disciplina con chicas tan jóvenes, de eso se trata lo que hacemos aquí: les enseñamos a comportarse, o por lo menos lo intentamos — Se quedó pensando unos minutos y luego pestañeó muy rápido—. Pero ¿estás bien?

Por fortuna, Ángela Caicedo llegó a su rescate. Las interrumpió de tal modo que su entrada no se sintió abrupta ni grosera —había personas, decía su madre, que tenían la habilidad de hacer cualquier cosa sin que la gente se lo tomara a pecho— y le preguntó a Clara una cuestión sobre novelas históricas y sus adaptaciones cinematográficas. A los pocos minutos Amparo Gutiérrez desistió y se marchó conversando con Carmen Mendoza, la maestra de Ciencias Naturales.

—¿Quieres un café? Tengo ganas de uno bien cargado —le dijo poniéndose de pie y, por primera vez, Clara se dio cuenta de que Ángela era alta porque usaba unos tacones a los que les faltaba poco para parecer zancos. Ese día iba vestida de celeste, con una falda a la altura de la rodilla y una blusa de algodón que tenía el cierre en la espalda. Hubo algo en el tono de su voz, un quemeimportismo genuino, que le hizo saber que no le haría preguntas personales.

Esa fue la primera y única vez que se tomó algo con una de sus colegas.

La mayoría de los profesores del Delta llevaban más de cinco años trabajando en la institución. Ángela tenía siete; Alan, veinte; Carmen, once; Amparo, nueve; Patricia, veinticinco. Sabía que la persona que antes ocupaba su puesto se acababa de jubilar y que gracias a eso ella había podido

integrarse a la plantilla. Todos hablaban maravillas de Marta Alvarado —la exprofesora de Lengua y Literatura—, pero Clara no los sentía sinceros porque utilizaban lugares comunes para describir su labor en la institución, muletillas que podían haber servido para hablar de cualquier otro profesional que le hubiese dedicado su vida a cualquier otro trabajo. Por lo demás, las impresiones que tuvo sobre sus nuevos compañeros fueron parecidas a las que tenía de sus excolegas: las caras y el escenario de trabajo habían cambiado, pero no las personalidades de quienes se decantaban por enseñar. Amparo Gutiérrez, por ejemplo, era una mujer musculosa, con unas marcadas patas de gallo junto a sus ojos, que consideraba que debían incrementarse las horas semanales obligatorias de Educación Física y que aprovechaba, cada vez que podía, para ensayar su discurso de “*Mens sana in corpore sano*” en la sala de profesores. Era el tipo de persona a la que —en opinión de la madre muerta que habitaba en su mente— le gustaba escucharse y por eso hablaba sin importarle que los otros estuvieran interesados. Al contrario de Alan Cabrera, quien se desvivía por agradarle a todos —varias veces a la semana llevaba chocolates o dulces para poner en el centro de la sala de profesores, hacía sus chistes racistas, hablaba un poco de la Obra y se ofrecía a ayudar en cualquier asunto (aunque se escapara de sus competencias)—, Amparo decía lo que se le venía a la cabeza sin preocuparse por cómo sería recibido. Los maestros la escuchaban sin contradecirla, no porque estuvieran de acuerdo con ella, sino porque querían huir de su intensidad. Solo Carmen Mendoza —la profesora de Ciencias Naturales que siempre se santiguaba al encender su computadora— se atrevía a enzarzarse en debates con ella.

Clara entendió, tiempo después, que lo hacía porque eran amigas.

A la tercera semana, ya sin ningún asomo de nuevos ataques de pánico, Clara concluyó que había tomado la mejor decisión al asistir a la entrevista para la vacante de Lengua y Literatura. El Colegio Bilingüe Delta, *High-School-for-Girls*, parecía tener todo bajo control y ella también. Su ansiedad no desapareció, pero volvió a ser soportable durante esas semanas. Y si bien sus pesadillas y visiones sobre las *M&M's* entrando a su casa por la fuerza no se detuvieron, al menos mientras trabajaba conseguía olvidarse de ellas y del miedo que le flotaba igual que un globo bajo las costillas. Para entonces se dio cuenta de que la única persona cuya compañía toleraba de entre sus colegas era Ángela Caicedo. Clara sentía que podía contar con ella para escabullirse de situaciones en las que su ansiedad la delataba como una persona nerviosa y obsesiva. Entre las dos se había instalado un pacto tácito en el que se dirigían únicamente la una a la otra cuando necesitaban alguna

información o ayuda especial —tal vez porque sabían que ninguna intentaría empezar una conversación o pedir algo a cambio—. Había notado, con admiración, cómo los demás profesores no juzgaban extraña ni agresiva la actitud distante de su compañera, sino que la aceptaban porque era amable en su lejanía, en su forma de no conectar con los demás —Patricia-la-inspectora también era parca y distante, pero hosca y sin un ápice de la elegancia de Ángela—. Por eso Clara empezó a imitar su modo de integración: saludaba gentilmente a todos al llegar a la sala de profesores, respondía a las preguntas que se le hacían, ayudaba a otros cuando se lo solicitaban y se despedía siempre con una sonrisa. Fue esa conducta la que le permitió desprenderse de su propia técnica. Ya no tenía que hacer comentarios o iniciar conversaciones triviales tres veces al día para ser cordial porque nadie se lo pedía ni lo extrañaba. Pronto se dio cuenta de que —a diferencia del colegio en donde solía trabajar— los profesores del Delta no intentaban conocerla, sino trabajar con ella.

A pesar de ese ambiente casi perfecto, a veces se escuchaban alusiones a conflictos pasados, situaciones que habían sido, en opinión de la mayoría, generadas por las alumnas. Una vez, supo, una estudiante que quedó embarazada y que estaba a punto de abandonar el colegio —los padres querían obligarla a tener al niño y llevarla a vivir a otro país—, se lanzó del primer piso del edificio de BGU. Tanto la chica como el feto sobrevivieron, pero una profesora que ya no trabajaba allí denunció en rectorado que Alan Cabrera se había dedicado a discutir con la alumna y sus compañeras sobre el pecado del aborto. La chica embarazada salió tan consternada de una de las clases de Teología que poco después se lanzó del primer piso. La profesora que denunció el hecho se quejó también por redes sociales de las políticas institucionales del Delta y los acusó de perpetuar la violencia contra las mujeres. Aquella profesora, por supuesto, fue despedida, pero algunas maestras resintieron la beligerancia del discurso de Alan Cabrera en sus clases, aunque nunca se atrevieron a comentarlo más allá de los pasillos del colegio. En casos así, pensaba Clara, no se podía hacer nada: los padres de las estudiantes apoyaban el tipo de educación que allí se recibía y por eso, año a año, pagaban ingentes cantidades de dinero para la celebración de ceremonias y actividades del Opus Dei. “Este es un lugar ideal para trabajar”, le dijo Ángela el día en el que tomaron café juntas. “Siempre y cuando sepas hacerte la sorda, la ciega y la muda de vez en cuando”.

En otra ocasión, se enteró Clara, Carmen Mendoza discutió con Lidia Fuentes, la profesora de Apreciación al Arte, porque una estudiante le había

comentado que ella negó la credibilidad de la teoría de la evolución darwiniana en clases. Por tratarse de un tema religioso, Alan Cabrera intervino y logró apaciguar los ánimos, aunque Clara creía notar que Carmen Mendoza evitaba tanto a Lidia Fuentes como a Alan Cabrera en la sala de profesores.

“Las peleas entre maestros aquí duran muy poco”, le dijo Ángela una vez mientras hacían la fila para el almuerzo. “Y las chicas siempre suelen estar metidas. Por eso duran poco. Son tonterías”.

Pero mientras se acercaba el inicio de clases, Clara volvió a temblar inesperadamente y también a agitarse, a pellizcarse la delicada piel de entre los dedos de la mano izquierda, a rascarse los muslos por las noches y, sobre todo, a verlas a ellas: a Malena Goya y a Michelle Gomezcoello, dos sombras cortas paseándose por su casa en las madrugadas, arañando las paredes, mordiendo todas las patas de las mesas. El insomnio —lo único que habría querido no heredar de su madre— la obligaba a asegurar la puerta de su cuarto y a ignorar las pisadas y las risas que escuchaba a pesar de que sabía que provenían de su cabeza. Clara le tenía pavor a las noches de la madre. Cuando estaba viva, Elena Valverde caminaba por la casa en medio de la oscuridad asegurando puertas y ventanas para que nadie entrara. Alguna vez Clara tuvo una amiga, pero su madre no le permitió nunca invitarla a una pijamada. “¿A ti te parece que es seguro dejar que una extraña entre aquí y duerma con nosotras?”, le preguntaba ofendida, y como Clara quería parecersele en todo comenzó a detestar la idea de recibir visitas en su casa. Cuando alguien tocaba el timbre, Elena siempre abría la puerta pero nunca dejaba entrar a nadie. “No me gusta que la gente vea mis cosas, Becerra”. “Cuidado con meter a una de tus amigas, porque te revienta”. En las noches de insomnio, su madre arrastraba los pies por las habitaciones y ella intentaba no quedarse dormida, pero lo hacía, y era terrible porque los fines de semana se despertaba con su madre dormida recién, y a veces sonaba el timbre y no había nadie que abriera la puerta.

“Te ves terrible”, le comentó Amparo en una reunión convocada por la rectora, dos días antes del inicio de clases, en la que se les recordó a los profesores la necesidad de que se ajustaran a la lista de libros recomendados por la institución y de que, si deseaban trabajar con alguno nuevo, se lo comunicaran a su respectivo coordinador de área para someterlo al examen de los directivos. Habló también de lo importante que era incentivar a las alumnas “talentosas” a inscribirse en los cursos en donde pudieran desarrollar sus habilidades a nivel competitivo —al Colegio Bilingüe Delta, *High-*

School-for-Girls, le interesaba ganar la mayor cantidad de campeonatos y concursos posibles porque (en palabras de la rectora) las estudiantes tenían que estar en el escaparate—. Además, le pidió a los maestros que intentaran trabajar la disciplina en el aula sin expulsar a las alumnas. “Ese tiene que ser uno de los últimos recursos, lo ideal es que se consiga modificar el comportamiento de nuestras niñas de otras maneras menos excluyentes”, dijo. “Cuando las expulsamos estamos diciéndoles que no podemos con ellas y esa es una señal de debilidad”.

Algunos padres de familia se habían quejado el año pasado por las expulsiones reiteradas de sus hijas, le contó Ángela a Clara por lo bajo, y la rectora, una mujer complaciente con sus clientes, no estaba dispuesta a disgustarlos.

—Disculpe —dijo Rodrigo Zúñiga, el profesor de Matemáticas—, pero creo que ninguno de nosotros expulsamos de clase a las estudiantes de forma irresponsable. Estas chicas... bueno, algunos grupos, están fuera de control. Nos tratan como sus empleados, no nos respetan. La humillación en ciertos casos ha llegado a niveles intolerables, en donde incluso habría sido correcto imponer una sanción especial o la expulsión definitiva del colegio. Todos sabemos lo que ocurrió con la profesora Marta. ¡Situaciones así no pueden permitirse!

Fue entonces cuando Clara se enteró de que Marta Álvarez, su predecesora, había sufrido un preinfarto en medio de una broma perpetrada por un grupo que Ángela definió como “especialmente complicado”. Las chicas se habían puesto de acuerdo para hacer su propia versión del asesinato de la familia Clutter en *A sangre fría* de Truman Capote —lectura obligatoria de aquel trimestre—, el mismo día en el que se les iba a tomar una lección sobre el libro. Cuando esa tarde Marta Álvarez, de sesenta años, entró al aula, encontró a todas las alumnas con sus cuerpos lánguidos en las bancas y con almohadas ensangrentadas bajo sus cabezas. Dos estudiantes permanecieron de pie en el centro del salón, una de ellas con un revólver, y fue en ese momento cuando sucedió.

“La pobre no pudo ni siquiera gritar y se desplomó en el umbral de la puerta”, le contó Ángela. “No le pasó nada, pero todos sabemos que se jubiló por eso”.

Una de las dos estudiantes que fingió haber asesinado a sus compañeras había tomado, sin permiso, un revólver de la colección de su padre para que la broma fuera más realista. Incluso, le explicó Ángela, compraron sangre artificial en una tienda de disfraces.

—Pero... las sancionaron, ¿no? —preguntó Clara pellizcándose la delicada piel de entre los dedos de la mano izquierda.

—Por supuesto, a esas chicas las expulsaron una semana.

—¿Una semana?

Ángela, que había notado la incredulidad de Clara ante la debilidad del castigo, sacudió su mano en el aire restándole importancia.

—Tienes que entender que esto es un colegio, sí, pero también es una empresa. Hay niñas que vienen de familias importantes.

El revólver no había estado cargado, dijo.

Fue una broma de muy mal gusto a manos de dos chicas que no sabían medir las consecuencias de sus actos, dijo.

Al salir de la reunión, Clara se atrevió a hacerle una última pregunta.

—¿Esas dos estudiantes estarán en alguno de los cursos que me asignaron?

Y Ángela asintió.

X

—¡HAY un cocodrilo! ¡Un cocodrilo en la orilla del manglar! —gritó Fiorella varias veces, empapada de sudor y corriendo hacia el interior del edificio donde su voz se expandió como una alarma de huesos.

Las primeras en asomarse fueron Analía, Ximena y Natalia, pero Fernanda y Annelise las empujaron para abrirse paso entre sus cuerpos olorosos a cebolla y vegetales hervidos. “No veo nada”. “¡Auch!”. “¡Quítate de en medio!”. Los zapatos de caucho de Fiorella rebotaron contra las escaleras igual que las bofetadas de Ximena y Analía cuando el reto era pegarse con las manos abiertas sin gritar. “¡Ahí!”, exclamaron al unísono, pero solo alcanzaron a ver una cola sauria hundiéndose como si fuera la extremidad más antigua de la Tierra. “Era enorme y arrastraba su barriga”, describió la Fiore jadeando toda la humedad de la tarde. “Tenía los dientes de una sierra y las escamas muy pálidas”. “Era igual que un caballo aplastado”. “Era igual que todo el musgo incendiado”. Mientras hablaba, Annelise se mordía los labios rosa como cuando el reto era hacerse un corte en el vientre para que Fernanda lo lamiera. “Tenía los ojos de un gato que quiere cazar”. “Tenía la lengua tan larga que caía y aplastaba las flores”. Con el inicio de las lluvias y la subida de la marea, el edificio se había convertido en el lugar de paso de serpientes grandes y de colores vivos, murciélagos, grillos y más ranas y lagartos que nunca. “Hay tener cuidado con las serpientes”, dijo Ximena, pero a Annelise le gustaban los reptiles. “Me gustan los reptiles”, dijo cuando el reto era que Fernanda se acostara en el suelo donde zigzagueaba la serpiente de rayas amarillas. A veces la lluvia formaba pequeñas cascadas en las escaleras que Natalia rodaba cuando el reto era caer dramáticamente del segundo al primer piso, pero ellas sabían cómo lidiar con el agua salvaje y hablar por encima del zumbido de los insectos. “¡Vampiros!”, gritaba Analía huyendo de las nubes de mosquitos que les llenaban las piernas de relieves rojos y calientes. “No se rasquen: clávense la uña así”, recomendaba Ximena haciendo una equis con la uña del pulgar

sobre sus ronchas humedecidas en saliva. “Mi baba huele a cerdo”. “Mi baba huele a regaliz”. El clima de relámpagos y de musarañas las alimentaba durante las tardes en las que contaban historias de terror cada vez más efectistas. La aparición del cocodrilo, sin embargo, fue especial porque abrió una nueva obsesión para Annelise, quien pronto deseó verlo de frente y de cerca, y con eso superar cualquier reto jamás vencido por ninguna de sus amigas. “¿Sabías que la mordida de un cocodrilo es más poderosa que la de un león?”, le comentó a Fernanda-princesa-de-los-ejercicios-funambulistas mientras se metían juntas en la piscina de su casa. “¿Sabías que los cocodrilos son los reptiles más grandes sobre la tierra?”. A Fiorella le asustaba la posibilidad de volverlo a ver o de que entrara al edificio igual que las serpientes, los murciélagos y las salamanquesas. “De eso se trata todo esto: de superar el miedo”, le dijo Anne mientras caminaba por el borde del tercer piso cuando el reto era simplemente no morir. “Creo que Anne se está pasando un poco”, se atrevió a decir Ximena y Fernanda la escuchó. “Si vas a ser una *baby*, entonces lárgate”, le lanzó con la voz repleta de espuelas y los ojos achinados. A veces los retos eran dolorosos, como cuando debían aguantar un golpe en la boca del estómago sin caer al suelo, pero casi siempre eran solo humillantes, como cuando Analía tuvo que ser la perra de Annelise durante cuatro horas seguidas y hacer guau guau y lamerle los nudillos y orinar en las raíces de un árbol; o como cuando Fiorella tuvo que fingir que daba a luz un huevo de lagarto para luego estrellarlo contra la pared; o como cuando Ximena fue la esclava de Fernanda y tuvo que arrodillarse frente a ella y besarle la punta de los zapatos y dejar que ella le pisara el pelo. “No deberíamos hacer cosas tan peligrosas”, dijo Natalia al ver a Fernanda con los pies colgando en el aire, sentada al filo de la ventana, tarareando megustanlosavionesmegustastú, con su falda abriéndose como un pétalo poco antes de secarse. “No se hagan las que no saben que esto les gusta”, dijo Annelise una tarde en la que Analía se asustó mucho porque Fernanda se desmayó durante el juego del estrangulamiento. “Sólo si es peligroso tiene sentido”, les dijo. “Sólo si es peligroso es divertido”. A Fiorella le incomodaba tener que ver cómo Fernanda y Annelise jugaban a estrangularse, pero no le incomodaba ver a su hermana rodando por las escaleras igual que la doble de Scarlett Johansson en una escena de alto riesgo o a Analía recibiendo las bofetadas de Ximena. En sus casas todas se sentaban muy bien e iban a la iglesia y comían con cuatro cubiertos y dos tipos diferentes de copas y usaban servilletas de tela y jamás decían malas palabras y sonreían con recato y se mantenían secas y limpias y rezaban antes de dormir y antes

de comer y, en silencio, pensaban en historias de terror que de verdad asustaran porque asustarse era emocionante hasta cierto punto, pero nunca hasta el punto de Annelise, que quería mirarse de frente con el cocodrilo del manglar aunque Fiorella le hubiese dicho que tenía la lengua como el cadáver de un cóndor en los roquedales. “¿A qué le olerá el aliento a un cocodrilo?”, le preguntó Annelise a Fernanda durante una clase de matemáticas. “A cangrejos, monos y tortugas”. “A garzas, anémonas y caracoles”. En el colegio las seis se comportaban como antes del descubrimiento del edificio, incluso si estaban solas y nadie las veía ni las escuchaba, porque afuera todo seguía igual a pesar de que entre ellas nada era lo mismo y de que el croac croac de los sapos y de las ranas era ya una sinfonía que les entraba en el cuerpo cada vez que jugaban a lo que no alcanzaban a comprender, pero sentían mejor que ninguna otra cosa. “¡Anne, no hagas eso!”, gritaba Ximena siempre que la veía caminando por el borde de algún precipicio. “Nada me va a pasar. Hoy estoy poseída por Dios”, le respondía Annelise con los brazos abiertos en forma de avioneta desde el filo del tercer piso. Jamás conversaban sobre cómo los ejercicios funambulistas las habían convertido en un grupo aún más perfecto, redondo e impenetrable. “Entonces, ¿crees que si te enfrentas al cocodrilo tu Dios *drag-queen* te protegerá?”, le preguntó Fiorella con las cejas muy juntas. “Tal vez sí, tal vez no”, le respondió. “Al Dios Blanco no le importa”. Ximena, la más despistada del grupo, creyó durante varias semanas que el Dios *drag-queen* y el Dios Blanco eran lo mismo, pero Fernanda la desmintió: “El Dios Blanco es nuevo”. “El Dios Blanco es lo que somos cuando estamos aquí”, le explicó Annelise al grupo una tarde en la que se dedicó a mirar la orilla. “¿Sabías que los cocodrilos no pueden masticar?” “¿Sabías que los cocodrilos tienen más de setenta dientes?”. A las demás no les gustaba que Fernanda y Annelise se estrangularan o caminaran por los bordes porque les parecía más serio y más grave que golpearse, cortarse o lanzarse por las escaleras. Tampoco les gustaban las serpientes de colores que entraban al edificio, pero en ocasiones fingían cazarlas y domesticarlas en los pisos en donde se arrastraban. “Es demasiado arriesgado acercarse a un cocodrilo”, comentó Fiorella mientras Annelise esperaba ver la cola sauria emergiendo del agua. “Se te van a cansar los ojos”, le dijo después, observándola con el sol cayéndole como un rayo sobre la frente. “Se te van a quemar los labios”. “Se te van a quemar los párpados”. En el edificio también entraban iguanas bebé e iguanas madre que latigueaban sus colas cuando Ximena se acercaba para pisarlas porque no le gustaban los reptiles. “No me gustan los reptiles”, dijo la semana en la que contó una historia de horror

sobre brujería y camaleones. Las historias de los miércoles empezaron a perfeccionarse con la repentina inclusión del Dios Blanco como una inquietud conjunta; como la atmósfera de lo indecible en la cabeza de Annelise produciéndoles vértigos lunares. “¿Qué es lo que pasa cuando vemos algo blanco?”, le preguntó Annelise a Fernanda sin esperar una respuesta. “Que sabemos que se va a manchar”, le dijo sonriendo blanquecinamente. Cuando dormían juntas enlazaban las piernas y unían las narices y, en medio de la oscuridad, Annelise le pedía con ternura que la estrangulara. “¿Sabías que a un cocodrilo le pueden crecer hasta tres mil dientes?”. “¿Sabías que a un cocodrilo le duele la boca cuando muerde?”. Entonces Fernanda le abrazaba el cuello con sus manos suaves-como-la-seda, suaves-como-el-algodón, y apretaba un poco, y un poco más, y luego soltaba y masajeaba con sus pulgares lisos, con sus pulgares tersísimos, el cartílago que brotaba como una manzana de Eva bajo sus dedos mientras Anne entreabría los labios. A Fernanda no le disgustaba complacer los deseos de su *best-friend-4ever-nunca-cambies-bebé*, pero tampoco sentía aquello que veía anidado en el rostro de Annelise cuando se contorneaba en la cama y le pedía que apretara más fuerte. “Tienes el cuello como una medusa”, le decía acariciando la geografía líquida de venas y arterias a través de su piel de Blancanieves, su piel de Bette Davis. De vez en cuando quedaban pequeños hematomas que las dos fotografiaban y subían a sus cuentas privadas de Instagram. “Este es verde. Este es morado. Este es azul”. 288 likes. 375 likes. 431 likes. Luego los cubrían con el maquillaje-de-mamá gracias a los infalibles pasos de los tutoriales en YouTube que, además, les enseñaban a delinearse el párpado superior igual que Lana del Rey. “¿Sabías que los cocodrilos se aparean bajo el agua?”. “¿Sabías que los cocodrilos guardan a sus bebés adentro de sus mandíbulas?”. Ximena, Analía, Fiorella y Natalia envidiaban la amistad de Fernanda y Annelise, pero sabían que todas las chicas de la clase también las envidiaban a ellas por ser parte de un grupo tan perfecto, por eso fingían que no les molestaba cuando las dos se susurraban cosas o se reían mirándose los labios o se acariciaban el lóbulo de la oreja la una a la otra durante los recreos. “Yo quisiera que me guardaras en tus mandíbulas”, le susurró Annelise a Fernanda una madrugada de sábado en la cama, y le confesó, sin más, lo que realmente quería que le hiciera. “Será como todo, solo que diferente”, le dijo. Sus ojos brillaban igual que los focos de un árbol de navidad. “Se me ocurrió en un sueño”. “Se me ocurrió en un pestañeo”. Una vez, Fernanda soñó que Annelise se acostaba en el primer piso y que, apoyándose sobre sus codos, miraba de frente a un cocodrilo gigante que

avanzaba hacia ella desde el otro lado de la estancia. Entonces Annelise abría las piernas y echaba la cabeza hacia atrás mientras el cocodrilo, como un hijo que retorna al charco de su origen, penetraba en ella hasta desaparecer. “¿Por qué el Dios Blanco es blanco?”, preguntó Natalia justo antes de contar su propia historia de horror. “Porque el blanco es el silencio perfecto”, respondió Annelise con aparente solemnidad. “Y Dios es el horrible silencio de todo”. Esa tarde Fernanda pensó en su próxima historia: una madre con depresión posparto y un bebé haciéndole sangrar los pezones. Leche cortada. Leche con sangre. “El amor empieza con una mordida y un dejarse morder”, decía Annelise. Al final, el bebé se comería a su madre porque así era el amor. *Mi pequeño caimán*, le diría a su hijito. *Mi tiburoncito enamorado*. “He leído que algunas madres se excitan cuando le dan de lactar a sus hijos”, dijo Analía, asqueada, mirándose los pezones color ardilla, color kiwi, bajo la blusa arrugada del colegio. Fernanda y Annelise contaban historias sobre la maternidad y el canibalismo que asustaban mucho a Analía y a Ximena y les dificultaban beber leche en el desayuno. “¿Sabían que Miss Clara se viste exactamente igual que su madre muerta?”, dijo Annelise cuando ya había empezado a recibir clases extra de Lengua y Literatura los viernes por la tarde. “Creo que Miss Clara nos tiene miedo”. “Creo que Miss Clara nos quiere lejos”. El cocodrilo no volvió a aparecer en la orilla, pero Annelise lo dibujaba en sus cuadernos y en las paredes del edificio. *Yo quisiera que me guardaras en tus mandíbulas*, se repetía Fernanda en su mente antes de ceder a la propuesta de su *best-friend-never-nunca-cambies-bebé*. “Pero si te hago eso las demás no lo pueden saber”, le dijo a Annelise a pesar de que ella ya le había dicho que, si se lo hacía, las demás no lo podían saber. Fernanda creía que Miss Clara era una persona fácil de asustar porque pestañeaba poco y recogía los brazos durante los recreos. “Todos hemos mordido a nuestras madres”. Annelise pensaba que sería divertido asustarla. “Todos hemos comido de nuestras madres”.

XI

CLARA no pudo dormir esa noche. Se mantuvo, sin embargo, inmóvil en el viejo catre, decidida a no hacerlo crujir ni con el más breve pestañeo. Quería escuchar la madrugada del bosque: el canto de los seres lunares que se arrastraban bajo la mirada de un ojo blanco. Creyó que le serviría de sosiego el sonido de lo que no puede verse. Creyó que, si no se movía, Fernanda dejaría de gritar. Esos gritos acallaban al bosque, pero Clara no pestañeaba. El catre no crujía. Afuera, los animales cazaban. *Los animales nunca dejan de cazar*, pensó después, cuando los gritos se detuvieron. El ruido de las criaturas de noche fue vasto y distante como los pies de la muerte. No era la primera vez que se imponía a sí misma el reto de dejar de existir para que todo lo demás existiera. Su mente trabajaba mejor en esas condiciones: cuando no movía ni un músculo. Durante su adolescencia los doctores le dijeron que sus ejercicios materiales eran, en realidad, un estado catatónico desencadenado por factores psicológicos. Nadie entendía que se trataba de una condición voluntaria; una decisión que requería de una disciplina extrema. El cuerpo vivo reclamaba acción y detenerlo era lo más parecido a luchar contra esa vida, pero para pensar algunas cosas había que estar muy quieto, como un cadáver o un volcán que duerme.

“Trastorno de ansiedad”, le diagnosticaron cuando cumplió los dieciséis años. “Trastorno de pánico”, agregaron después a la sentencia.

“Disculpe, doctor, pero ¿qué se supone que es eso?” preguntó su madre y, aunque se lo explicaron, no consiguió entenderlo. Mucho había cambiado desde entonces. Ahora, por ejemplo, podía pensar sin palabras. Su cuerpo encarnaba un logos inmolado: un lenguaje en donde el verbo no podía erguirse. Había sido duro asumir, después de tanto tiempo intentando comunicarse, que nada de lo que decía era parecido a lo que ocurría en su cabeza. La sintomatología del miedo era muda, pero jadeante. “Quítate esas cucarachas de la mente, Becerra. A ver, dime ¿qué es lo que te da tanto pánico?”, le preguntó su madre antes de que sus vértebras se volvieran contra

ella y lo supiera. “El pánico es el pánico”, hubiera querido explicarle: las palabras eran una ficción melindrosa y mezquina, una trampa que ocultaba el caos orgánico con una falsa dramaturgia de orden. Tal vez por eso le gustaba corregir los textos de sus estudiantes y trabajar en una escritura pulcra y normada: porque era mejor poner los pies sobre el cemento de la lógica verbal que yacer desnuda en el océano de la propia mente.

Pero el miedo —hubiera querido decirle a su madre antes de que muriera— era biológico y tenía una lengua sin hombres.

Ahora Clara sabía que el pensamiento no necesitaba de palabras.

Ahora Clara sabía que había cosas que solo podían pensarse sin palabras.

Antes de que amaneciera se levantó del catre y bajó las escaleras. Fernanda dormía sobre la mesa con los ojos asomándosele por las pestañas como dos huevos de codorniz. Tuvo ganas de lamerlos, pero se horrorizó de su deseo. En silencio, con el pulso royéndole las mandíbulas, se expulsó a sí misma de la cabaña y la oscuridad absoluta entró en sus oídos como una canción de cuna. Pensar con el cuerpo era una sensación desconcertante: asumir las marcas, los dobleces, la historia de los huesos tremolándole fieras en la garganta. “Toda mujer y todo hombre lleva por dentro un nuevo *round* de la mítica pelea entre la lógica de la mente y la lógica de los sentidos”, les dijo alguna vez a sus alumnas, pero en ese entonces todavía no comprendía el verdadero alcance de la experiencia material. Para entenderlo tuvo que verse reducida a su carne, como los torturados; esos seres de arterias, huesos, baba, sangre... Tan llenos de sí mismos y, sin embargo, tan incompletos ante los ojos de los demás. Ella, a pesar de conocer la tortura, no sentía su conciencia mutilada ni desmembrada, sino henchida en cada uno de sus órganos. Así caminaba entre los árboles como una ciega, desbordada por un pensamiento físico que no podía ni debía ser articulado y que tenía que ver con ese horror que experimentaba cuando cerraba los ojos y veía trenzas y lunares. Imágenes y no palabras. Sensaciones y no significados. “La poesía es un intento de crear la experiencia de lo que no puede decirse”, les dijo a sus alumnas muchas veces. La afirmación de lo humano en la bruma mientras, al otro lado, los animales cazan.

“¿Cuál es el único animal que nace de su hija y alumbra a su madre?”, le preguntó su madre-esfinge-de-los-manglares mirando hacia ningún lugar y bastoneando el suelo para apagar el profundo silencio de Clara.

Un bosque es más grande por dentro que por fuera, pensó para evitar anclarse en el acertijo materno.

Caminaba arañando troncos y tropezándose con raíces gruesas que le herían los pies desnudos. Por un momento sintió como si estuviera huyendo de lo que había hecho y, repugnada ante la idea de esa debilidad, se dejó caer sobre una roca que parecía un hombre ovillado. Hacía tanto frío que empezaron a dolerle los dientes como si fueran pequeños corazones palpitando en sus encías. Su respiración era errática y un hormigueo familiar empezó a extenderse desde la palma abierta hasta el cuello. Sabía que podía controlar el miedo a la muerte que, igual que un péndulo, se mecía sobre su lengua cuando los síntomas de su ansiedad se recrudecían. Tenía experiencia pensando con sus músculos y, además, esta vez era diferente: esta vez no tendría que preocuparse por algo tan simple como morir. Lo que en realidad le quitaba el sueño, lo que la asfixiaba y le provocaba mareos diarios, no era la muerte, sino la posibilidad de volver a tener miedo a morir; esa sensación de ansiedad extrema, esa presencia de cada una de sus células disparándose en sentidos opuestos —igual que cuando las *M&M's* le metieron un calcetín en la boca para que no gritara—, era insoportable. Nunca fue capaz de explicar lo que sentía cuando empezaban las palpitaciones, la sudoración, el hormigueo en los brazos, los temblores. Nunca pudo decirle a su madre, muriendo con la columna hecha una boa en una camilla de hospital, que tener miedo a morir era peor que morir.

“Un ataque de pánico es como ahogarse en el aire”, intentó describirle alguna vez y, quizás porque parecía incomprensible, era la mejor descripción de su mal que había conseguido hacer hasta el momento.

Un ataque de pánico es como quemarse en el agua, caerse hacia arriba, helarse en el fuego, caminar en contra de ti misma con la carne sólida y los huesos líquidos, pensó. Ninguna palabra, sin embargo, podía describir la taquicardia que en ese instante le transformaba el pecho en una piedra porosa. Tenía el cráneo pesado, lleno de agujones y de mochilas, pero más allá de su cabeza se asomaba el volcán. *También los volcanes son más grandes por dentro que por fuera*, se dijo mirando el espectáculo del cielo púrpura amaneciéndose mientras a sus labios regresaban como agua los versos de uno de sus poetas favoritos: “La belleza es la primera manifestación de lo terrible”. Tal vez porque lo bello anticipaba el horror dejó sin terminar su libro de los volcanes: para acabar allí, al otro lado de la niebla que a veces le cubría la visión de una cima nevada; cazando junto a los cazadores.

“Vivimos en una caldera: este país tiene casi un centenar de volcanes y más de veinte están activos”, le dijo una vez su madre, quien siempre se había sentido atraída por los paisajes que insinuaban su propia destrucción. “No hay nada más sublime que una montaña que arde”, le decía cuando miraba su colección de fotografías del Cotopaxi, Antisana, Tungurahua, Chimborazo, Pichincha, Sangay y Reventador. “Parece mentira, Becerra, que detrás de estos glaciares esté el infierno”. A veces, la belleza y el potencial aniquilador de los cráteres helados le provocaban a Clara inmensas ganas de llorar, pero también la hacían sentirse menos sola, como si su enfermedad fuera parte del magma que hervía bajo el cielo helado de la cordillera.

El miedo —hubiera querido decirle a su madre— era telúrico: por eso, mientras el bosque se comía los primeros rayos del sol, el estremecimiento de Clara iba aumentando en intensidad como un terremoto de carne.

La cabaña y el bosque, a pocos kilómetros del volcán, eran el escenario perfecto para ser valiente por primera vez. Después de todo, se necesitaba de la misma fortaleza para caminar hacia la vida que para caminar hacia la muerte: el mismo coraje, las mismas uñas rotas. Ella tenía que poder limpiarse de la confusión del frío y el calor que se encontraban en el río vertical de su torso. Tenía que entender que un horror perpetuo, repetitivamente distanciando a su víctima del orden de su mundo, podía hacer que cualquiera perdiera la voluntad de hablar. Un horror como el de ahora, sudándole árboles de agua sobre la espalda, era inenarrable y se ensanchaba adentro del cuerpo como una explosión milenaria en la garganta de Dios. Quiso convertir su libro de volcanes en un poema suyo sobre ese sentimiento que conocía bien; escribir unos versos de su interior lleno de pelos y voces púberes con los versos de otros, pero ni ella, en lo más hondo de sí, sabía para qué había empezado una tarea tan inútil. Tenía claro, en cambio, por qué había llevado a Fernanda hasta ese bosque elevado, suspendido en el cielo frente a un volcán dormido, y lo que necesitaba de ella antes de que todo terminara. Porque, aunque estuviera dándole largas al asunto, sabía que el tiempo no se había detenido y que en cualquier momento podrían encontrarlas, y su plan no era ese. Su plan era que la policía no las hallara demasiado pronto.

Había traspasado, a conciencia, una frontera misteriosa en donde creyó que se encontraría cara a cara con sus propios límites. Pero más allá de la borrasca solo estaba la borrasca y una mordida fresca todavía esperándola.

Sentada en medio del amanecer, con los pulmones replegándose como tímidos murciélagos hacia el fondo del tórax, volvió a recordar el acertijo:

“¿Cuál es el único animal que nace de su hija y alumbra a su madre?”. *La poesía, el universo, la muerte, Dios*. “¿Me hubieras amado si lo hubiese resuelto?”, le preguntó a Elena mientras agonizaba. Sus tías y sus tíos le dijeron, cuando tenía diez años, que no podía vestirse como la madre ni desearla de una forma tan absoluta. “La poesía da a luz a la poesía que la engendra”, intentó resolver a sus veinticuatro, pero esa no era la respuesta ni la verdad. “La muerte le da de lactar a la muerte que la hace nacer”. Poco antes sus abuelos le explicaron que un amor de cordón umbilical era patológico. “Mamá, ¿me hubieses odiado menos si te hubiese dicho que ese animal único éramos nosotras?”, le susurró al cuerpo inerte de su madre cubierto por una sábana en su imaginación. Las palabras de los demás eran suaves mandíbulas peinándola durante las madrugadas de insomnio, pero durante algún tiempo buscó en ellas un lugar calmo donde pastar; una construcción narrativa que dotara de sentido a su mundo ahogado de nombres.

“¿Cuál es el único animal que nace de su hija y alumbra a su madre?”, le preguntó hace un mes a Annelise. “Dios”, le respondió de inmediato. “Porque mi Dios es una histérica de útero deambulante”.

Clara creía en la idea del Dios de Annelise: una presencia que era como un sueño en donde el sol salía del cráter de un volcán, igual que en ese instante. Una niebla blanca se hizo visible y, muy cerca de sí, vio un conejo gris merodeando por las toscas raíces de un árbol. No había llevado comida, pero ahora tenía hambre. El automóvil quedó vacío a un kilómetro de la cabaña: un viejo cacharro que perteneció a su madre y que, contra todo pronóstico, había logrado llevarlas hasta allí, al viejo refugio de su abuela muerta. ¿Qué diría Elena si estuviera viéndola en ese instante? *Nada*, pensó: golpearía el suelo con su bastón improvisado de Tiresias de Martha Graham y lloraría como una plañidera o como Edipo antes de arrancarse los ojos. “¡Sabía que ibas a hacer que me arrepintiera de haberte parido!”, le diría. “¡Eres una muchacha enferma”. Todavía recordaba con acritud el primer pensamiento que le vino a la cabeza cuando la vio morir. Tenía veinticinco años y, mientras observaba la piel escamada del rostro de su madre descomponiéndose ya, muriéndose ya, pensó en el coche. *Ahora será mío*, pensó. *Lo retapizaré, le daré mantenimiento, lo pintaré con un color que me guste, un rosa chillón, le renovaré la matrícula, pagaré su seguro... Ahora que el coche será mío*, concluyó, *la vida será mía. Viajaré, me mudaré, cambiaré*. Pero luego del sepelio, las deudas, los estudios, el trabajo. Y el coche no fue retapizado y no se pintó de rosa chillón, pero se le dio mantenimiento, se le renovó la matrícula, se le pagó el seguro. Clara hizo lo

que tenía que hacer, pero ahora hacía lo que quería. Y lo que quería era enseñarle algo importante a Fernanda, darle una verdadera lección. Ser una buena maestra y no pasarle la palabra, sino la llaga: el conocimiento mayor que solo podía darse en la carne.

Un silencio vegetal de sentidos.
Un nuevo estado de la conciencia.

Clara sabía que había amarrado el cuello de su madre con su amor umbilical.

Ahora amarraba a Fernanda porque una buena maestra era una madre y una alumna era una hija.

“A veces me gusta imaginar que el universo es el cadáver de Dios descomponiéndose”, le dijo Annelise durante una tarde de clases extra. “Imagine, Miss Clara, que fuéramos solo eso: la enorme y flotante carroña de Dios”.

Creyó que todo acabaría antes de que pudiera llegar a sentir hambre, pero se equivocó. Todavía necesitaba tiempo para ser una buena maestra. Aunque tenía frío y los temblores no cesaban, se mantuvo en su lugar con los ojos en el conejo que se acercaba despreocupadamente, hurgando entre las hojas secas y la tierra, como si Clara fuera parte del paisaje y no una potencial depredadora. *Pero el paisaje es siempre un potencial depredador*, pensó mientras escuchaba el sonido de su respiración cada vez más parecido al de una lavadora. En su vida, el problema había sido esa lucha absurda y agotadora que mantuvo durante años contra lo que ella era y que se suponía que no debía ser. *Las mujeres no se hacen a sí mismas*, pensó. *A las mujeres las hacen sus hijas y sus madres*. Pelear contra su esqueleto era una guerra imposible de ganar. La naturaleza podía ser transformada solo hasta cierto punto y su centro era indomesticable, pero en ese momento Clara aceptaba lo indomesticable de ella misma porque, cuando no intentaba controlar los síntomas de su miedo —como en ese instante en el que la taquicardia comenzaba a ceder y su corazón nadaba y se distendía—, los ataques de pánico resultaban menos terribles. Sus pensamientos corporales eran pequeñas flores creciendo en el cactus de su mente: lo más delicado, lo más suave y vivo sobre la tierra, igual que el conejo que rozaba los dedos de sus pies y respiraba el olor de su sangre.

“Fernanda y yo ya no somos amigas”, le dijo Annelise después de halarle el cabello a Fernanda y de que Fernanda le partiera el labio superior de un puñetazo. “La odio y creo que quiero vomitar”.

Había secuestrado a una de sus estudiantes para educarla en lo único que era importante, pero no tenía idea de cómo hacerlo. Parte del trabajo estaba en marcha, pero sin ningún rumbo ni expectativa. Y mientras los síntomas menguaban a un ritmo desesperante, ella se entregaba a ese horror de las células desarmando sus extremidades y al vértigo de la pelvis.

“¿Quiere que le cuente lo que me hizo mi mejor amiga?”, le preguntó Annelise.

El cuerpo era la única realidad para una mente que se alimentaba de los desiertos, pero el suyo no podía ofrecerle más que ese mundo de sensaciones insoportables y la venganza que escondía su último deseo.

“Si se lo cuento, ¿me promete que no se enfadará?”.

XII

A: ¿Cuál es el único animal que nace de su hija y alumbra a su madre?

F: ¿Ah?

A: Es un acertijo.

F: ¿Y dónde lo escuchaste?

A: Lo escuché de Miss Clara-de-huevo.

F: Miss Clara-como-el-agua, Miss Clara-como-el-cristal.

A: Lo escuché y dije que Dios. Pero esa no era la respuesta correcta.

F: *It's so creepy.*

A: Miss Clara dice que la respuesta correcta existe.

F: *It's so fucking creepy.*

XIII

“¡SHHH!”, hizo Annelise colocándose el dedo sobre los labios pintados cuando Ximena tropezó con el tapete de piel de oso del padre de Fernanda. “Nos va a oír”. “Nos va a descubrir”. Todas las luces estaban apagadas y ellas caminaban de puntitas, descalzas, con los tacones en las manos, por una sala llena de trampas en forma de muebles, jarrones y esculturas muy costosas. “¡Ay, me meo!”, soltó Analía. “¡Shhh!”, hicieron Fiorella y Natalia al unísono. Era la una de la madrugada y la Charo dormía. El chofer se había ido de vacaciones. Los padres de Fernanda estaban de viaje. Tic, tac, sonaba el reloj antiguo de péndulo que reposaba junto a la pared del piano que nadie sabía tocar. “Podemos hacer la pijamada en mi casa”, les sugirió Fernanda el fin de semana pasado. “Nadie nos vigilará”. “Nadie se dará cuenta”. El universitario de los ojos verdes y el tatuaje en la muñeca las esperaba en su descapotable-negro-Batman junto al parque central de la urbanización. Llevaban diez minutos de retraso porque Fiorella y Natalia llamaron a su madre para darle las buenas noches. “Diviértanse con sus amigas, mis chiquitas, y no se acuesten muy tarde”. “Es viernes, mamá”. “Nos estamos pintando las uñas”. “Jugaremos a la Playstation”. “Nos peinaremos como Lady Gaga”. “Nos maquillaremos como Amy Whinehouse”. “Modelaremos como Kate Moss”. “Cantaremos como Lorde”. Ninguno de sus padres sabían que desde hacía años usaban la excusa de la pijamada para beber el vino de la madre de Ximena, tocar la colección de revólveres del padre de Annelise, fumar los cigarrillos de la Charo y ver hentai en XVideos y PornTube. “¿Por qué le echa el semen en la cara?”. “¡Qué asco!”. “Mi vagina no es así”. “¡Cuántas venas!”. “¿Eso es un pezón?”. A veces, también usaban la excusa de la pijamada para escaparse a fiestas de universitarios que tenían permiso de conducir y rasgos similares a actores de Hollywood, pero nunca les contaban nada del edificio ni de lo que hacían allí. “¿Ustedes creen que nuestros ejercicios funambulistas son como las mortificaciones de las que habla Mister Alan?”, preguntó Analía cuando su reto fue soportar que Fiorella le pisara las

manos. “¿Estás loca?”, le respondió Annelise. “A menos que sean mortificaciones para el Dios Blanco, entonces sí”. “Entonces hacemos esto para el éxtasis”. La noche de la pijamada se vistieron como creían que se vestían las chicas mayores que iban a fiestas y bebían y bailaban y hacían todo lo que Mister Alan decía que era propio de mujeres a las que luego violaban o mataban en la calle. “¿Cómo se pone esto?”. Se maquillaron los hematomas. “Ah, así”. Se perfumaron las clavículas. Ximena usó mal el delineador de ojos y se manchó la cara de negro. Era la menos bonita del grupo: la menos graciosa, la menos inteligente, la que se rellenaba el sostén con trozos de papel higiénico e imitaba los peinados de Annelise y Fernanda aunque no le quedaran bien. “¿Me queda bien?”, les preguntó antes, en la habitación. “Uy, sí. Te ves preciosa”, le dijeron las gemelas. “Pareces de diecinueve”. “Yo te creería de veinte”. Mientras escapaban, Analía, Fiorella y Natalia contenían la risa que les daba el lazo escarchado en el flequillo de Ximena. Había cosas ridículas que solo dejaban de serlo en determinados cráneos, pensaban. Fernanda, por ejemplo, llevaba una cinta con lentejuelas en el suyo, pero ella era elegante y hasta el pelo corto de hombre, a lo Emma Watson o lo Kristen Stewart, iba de acuerdo a su rostro de diamante y a su cuello de flamenco rosa. “Píntate los labios de rojo”, le pidió a Annelise una hora antes. “¿Te gusta?”. “Me encanta”. A Fernanda le gustaban los labios de Annelise, las pecas de Annelise, el cabello negro de Annelise. “Wow, te queda hermoso el vestido”. Todas sabían que alguien como Anne no necesitaba más que ese color de lápiz de labios. “¡Shhh!”. “¡Chucha, cállense!”. En el edificio, Annelise era siempre la primera en vencer los retos verdaderamente peligrosos. “Fer, ¿cómo se abre la puerta?”. La primera en matar a una serpiente. “Ya está”. La primera en caminar por los bordes del tercer piso. “¡Lo logramos!”. La primera en nadar en el manglar a pesar de que sabía que había un cocodrilo. “Caminen rápido o no llegaremos nunca al parque”. Fernanda también era la primera, pero solo a veces. “¿Cómo era que se llamaba él?”, preguntó Natalia, la gemela coqueta. “Hugo”, le respondió Fiorella, la gemela tímida. Ximena no podía andar en tacones y se tambaleaba intentando seguir al grupo por la calle silenciosa de la urbanización privada con piscina, club deportivo, centro comercial, iglesia y seguridad armada las veinticuatro horas. “Son zapatos, no zancos”, le dijo Analía, riéndose y grabándola con su teléfono. Analía era la más graciosa del grupo y se burlaba mucho de Ximena porque creía que así nadie haría bromas sobre su ligero sobrepeso. “Usa mi blusa, es más bonita”, le dijo Fernanda media hora antes sin darse cuenta de que Analía era M y ella XS. “No, gracias, me gusta esta”,

dijo sacando la suya de su maleta-Sailor-Moon. En el colegio decían que Analía era otaku, pero sus amigas sabían que solo era fan de cuatro animes y que jamás había leído un manga. “¡Deja de grabarme!”, le gritó Ximena. “¡Shhh!”. “¡Pero si ya estamos fuera de la casa!”. “¿Y? ¿Crees que la gente de aquí no duerme o qué?”. “¡Es viernes!”. El universitario llamado Hugo las esperaba fuera del descapotable-negro-Batman, fumando. “Ufff, qué guapo”, soltó Ximena mordiéndose el labio inferior. “Ni lo sueñes”, le dijo Natalia, echándose el pelo hacia atrás. Las hermanas Barcos eran indistinguibles salvo por un lunar en el hombro de Fiorella. Practicaban ballet clásico desde los seis años, pero en el edificio contaban historias de horror sobre objetos raros y cuerpos enfermos escondidos en rincones de casas de alquiler. “Hola, chicas, ¿qué tal?”, las saludó, pisando lo que quedaba de su cigarrillo en la vereda. “Sorry por la tardanza, es que mis amigas son idiotas”, dijo Annelise mirando a Fiorella y a Natalia mientras ellas le hacían una mueca. “Nice!”. Se subieron al coche elogiando el color del cuero de los asientos. “Gracias, gracias”. A Fernanda no le gustó tener que sentarse atrás, lejos de Annelise. “¿Quieren que les ponga música?”. Era la primera vez que iban a una fiesta de universitarios con el universitario de los ojos verdes y el tatuaje en la muñeca llamado Hugo. “*Obviously!*” Solían ir con chicos que estudiaban derecho en la Universidad Espíritu Santo, pero Hugo estudiaba medicina en la Católica y era uno de los más recientes seguidores de Annelise en Instagram. “¿Estás segura de que no es un psicópata?”, le preguntó Fernanda dos días antes. “Tranqui, es el primo de uno de los mejores amigos de mi hermano”, le respondió. “Lo conozco”, le dijo. “Sé que no está loco”. Fuera de la urbanización privada, en el primer semáforo, un hombre con el brazo amputado se acercó para pedir monedas y Hugo decidió aplastar el botón que desplegaba el techo de lona. “Mejor: así no nos despeinamos”, dijo Fiorella pasándose los dedos por el cabello rubio. Su hermana tenía los ojos clavados en el retrovisor y, cuando se encontraba con la mirada del universitario de los ojos verdes, el tatuaje en la muñeca y el mentón partido, sonreía. “¿Alguien trajo una peinilla?”. Ni Fiorella ni Natalia habían tenido nunca un novio. “¿Nadie?”. Tampoco habían besado a un chico, aunque estuvieron muy cerca de hacerlo en la última fiesta. “¡Si no le hubieras dicho eso seguro que me habría besado!”, le gritó Natalia a su hermana después. “¡No le gustabas tú, le gustábamos las dos!”, la corrigió Fiorella. “¡Quería besarnos porque somos gemelas!”. “¡Quería besarnos porque somos idénticas!”. Ningún profesor podía distinguir las, pero Fiorella se sentía más fea que Natalia a pesar de que su única diferencia era un lunar. “¿Nadie?”. Por eso las fiestas de

universitarios minaban su autoestima, no como las tardes en el edificio cuando le tocaba bailar con los pies descalzos en donde se acumulaban las serpientes de colores. “¡Auch!”, soltó Natalia cuando Fiorella le dio con el codo en las costillas para que dejara de pestañearle al retrovisor. “¿Les gusta el reguetón?”. “¿Les gusta el hip hop?”. A Fernanda no le hacía gracia que Annelise fuese adelante, sola, ni que Hugo —el universitario de los ojos verdes, el tatuaje en la muñeca, el mentón partido y el cabello ondulado— le mirara tanto los labios. La última vez que fueron a una fiesta, un pelirrojo con rastras besó a Annelise. “¿Y? ¿Cómo fue? ¿Qué se sintió”, le preguntó en casa. “Asqueroso”, dijo. “Tenía mal aliento”, dijo. En el edificio, cuando caminaban con los brazos abiertos por los bordes de la tercera planta, jamás miraban hacia abajo. “Se siente increíble, ¿no?”, decía Annelise. “Sentir que te puedes morir y sin embargo no morirte”. Solo ellas hacían esa acrobacia porque a las demás les daba miedo caerse. “Cobardes”, les decía Fernanda, y luego observaba el cielo y ponía, con cuidado, un pie por delante de otro. “¿Habrà mucha gente?”, le preguntó al universitario de la chaqueta negra llamado Hugo. “Mucha, sí”. Los perfumes se mezclaban. “Es igualito al de *Crepúsculo*”, le susurró Ximena a Analía, y las gemelas la escucharon. “Por acá dicen que te pareces a Robert Pattinson”. “¿Crees que te pareces a Robert Pattinson?”. El rojo resaltaba las pecas de Annelise que Fernanda vigilaba desde el espejo lateral derecho. “Me lo dicen bastante”. Ximena y Analía eran fans de la saga de *Twilight*, aunque solo habían visto las películas porque leerse los libros les parecía aburridísimo. “*Harry Potter* es cien veces mejor”, opinaba Fernanda. “Avada Kedavra”, decía Annelise usando su lápiz como si fuera una varita en dirección a Mister Alan. “Qué asco de trabajo”, dijo Analía cuando dos guardias con fusiles tomaron sus nombres y el número de placa del descapotable-negro-Batman antes de permitirles entrar a otra urbanización con piscina, club deportivo, centro comercial, iglesia y seguridad armada las veinticuatro horas. “¿Habrà cerveza?”, preguntó Ximena a pesar de que no le gustaba la cerveza. El universitario de los ojos verdes, el tatuaje en la muñeca, el mentón partido, el cabello ondulado, la chaqueta negra y los converse azules rio. “Claro”, le dijo mientras le abría la puerta del coche a Annelise. “Qué tonta”, murmuró Natalia, sintiendo vergüenza ajena. Fernanda ignoró la mano extendida de Hugo y bajó sin su ayuda, arreglándose la falda que se le había subido varios centímetros por encima de los muslos. “Te pareces a la de *Stranger Things*”, le dijo él, señalando su cabello corto y su cinta de lentejuelas. “¿Ah? ¿Quién es esa?”, preguntó Ximena. “Millie Bobby Brown”, explicó Analía con agotamiento.

“Googléala”. Annelise sonrió el rojo de sus labios. “Sí, es verdad que te le pareces”. En el edificio, todas se hicieron un corte bajo la nalga izquierda conforme fueron aceptando al Dios Blanco de las historias de Annelise. “Esta es tu iniciación, Fiorella Barcos Gilbert”, le dijo en voz alta antes de cortarle la piel. “Porque en edad blanca estás y blancos son tus pensamientos”. “Porque viste al animal blanco emergiendo del agua, porque te abres al Dios-madre-de-útero-deambulante”. Ni siquiera Fernanda tenía claro a qué se estaban iniciando con esas cicatrices, pero el juego era interesante por su enigma y por la sensación que les daba de pertenecer a algo especial. “La historia de hoy no es igual a ninguna otra: lo que les voy a contar es la primera y la más abominable aparición del Dios Blanco a una joven en edad blanca”, contó Annelise la tarde del miércoles mientras las demás, asustadas desde el principio, la oían sentadas en un círculo perfecto. “Nunca se supo qué pasó con ella, y su nombre se mantuvo impronunciable hasta que dos terribles asesinatos conmocionaron a pueblos muy pequeños de Europa del Este”. Cuando escuchaban los relatos sobre el Dios Blanco de Annelise, a todas les daba miedo y volvían a sus hogares sintiendo que alguien o algo las acechaba; que un poder divino y monstruoso podría revelárseles por la noche, en la madrugada, sin que ninguna pudiera cerrar los ojos para protegerse. “Esas historias no son ciertas, ¿verdad?”, preguntó Ximena alguna vez. “Por supuesto que son ciertas”, le dijo Annelise, de pie junto a una ventana del edificio. “¿O es que estás dudando del Dios Blanco adentro de su templo?”. Ximena no creía que fuera seguro dudar de un dios en el interior de su territorio. “Entremos”, les dijo Hugo sacando un nuevo cigarrillo de su chaqueta. “Todos los terremotos son Él”, aseguraba Annelise cuando la tierra temblaba y el edificio se mecía igual que el mar. Sismos de 4.2. Sismos de 6.5. “¿Estoy despeinada?”, preguntó Fiorella, pero su hermana la ignoró. La fiesta era en una casa grande de la que salían luces de colores, gritos y reguetón. “Cool”, dijo Ximena bailando antes de tiempo. El volumen estaba tan alto que Fernanda lo sintió retumbar en sus órganos de un modo desagradable. “En las películas de terror las cosas siempre empiezan a ir mal en una fiesta”, le dijo a Annelise en el oído y ella la agarró de la mano dulcemente. “Veremos”. La gente bailaba en el jardín, pero adentro bebían e intercambiaban alaridos, humo y latas de cerveza. “Casi ni se ve”, dijo Analía, ventilando la neblina con su mano. “Es cosa de acostumbrarse”, comentó Fiorella. “Ya verán cómo nos va a oler el pelo a porro”. “Ya verán cómo nos van a querer emborrachar”. Ximena arrugó la nariz: “Yo no voy a probar nada de eso porque está mal”, pero en el edificio ella fue la primera en

lamer un poco de la menstruación de Annelise. “¿A qué sabe?”, le preguntó Analía entonces. “Sabe a caracol oxidado”. “Sabe a algas y a hígado”. Hugo las llevó hacia una mesa redonda en donde lo esperaban tres amigos suyos de la carrera de medicina. “Gabriel, José y Gustavo”, dijo que se llamaban. A Natalia le fastidió que primero se fijaran en Annelise, así que mostró su escote echando los hombros hacia atrás. “¿Cuántos años tienen?”, preguntó el que se llamaba José y tenía la nariz demasiado pequeña. “¿Cuántos tienes tú?”, le devolvió Anne. “Más que ustedes”, y rio como si relinchara. “Pues nosotras, menos”, dijo pensando que había caballos que parecían menos caballos que José. Fernanda se sentó al lado izquierdo de Annelise. “¿Son del Delta?”. Hugo, al derecho. “Buen cole, mi prima estudió allí”. Les brindaron cerveza. Les brindaron maní. “Espero que ninguna de ustedes tenga novio”. Analía no entendía cómo podían hablar con tanto ruido, aunque en las fiestas nadie quería conversar, decía Mister Alan. “Chicas como ustedes tienen que cuidarse de las fiestas”, les dijo. “Chicas como ustedes tienen que aprender a moderarse”. En el edificio ellas exploraban sus cuerpos en el silencio y escuchaban cómo el viento sonaba igual que el llanto de una mujer. “¡Qué horrible!”, decía Fiorella. “Parece la Llorona”. La Llorona era una de las leyendas favoritas de Annelise. “Una vez, hace muchísimos siglos, una mujer enloqueció y ahogó a su bebé en un manglar repleto de cocodrilos, pero luego se arrepintió y logró sacar el cadáver casi intacto del agua verde, solo le faltaba una parte: el dedo meñique”, contaba en la habitación blanca, que era en donde más fuertemente se escuchaba al viento sollozar. “Desde entonces, la Llorona busca el meñique perdido de su hijo en los dedos de otras personas”. “Se los arranca con los dientes para probarlos en el cadáver chiquito”. “En el cadáver pequeñito”. Fiorella y Natalia se abrazaban. “Pero al ver que no le quedan bien, se los da de comer a los gallinazos”. A Fiorella le sorprendía que una madre pudiera dar tanto miedo. “¡Cuiden sus meñiques si escuchan el largo llanto de la Llorona!”, decía Annelise con voz grave de ultratumba. “¡Cierren puertas y ventanas!”. “¡Cierren los ojos y protéjanse de sus mandíbulas!”. José se relamió los dientes. “¿Quieren bailar?”. La gente del campo creía que la Llorona se robaba a los niños y los ahogaba para que los cocodrilos le devolvieran el meñique de su bebé. “¡Una madre que ahoga a su hijo es un hombre!”, decía Ximena, tapándose las orejas. Pero una madre podía quitar la vida con la misma rabia con la que la hacía, pensaba Annelise. “La Llorona no se lleva a las guaguas, niña Nandita”, le dijo la Charo a Fernanda una noche. “La gente viva se los lleva”. “La gente viva es más pior que la gente muerta”. Fiorella miró al jardín sin curiosidad: “No queremos

bailar aún”, dijo, y Natalia le sacó la lengua. La Charo, a pesar de ser del campo, no creía en la Llorona ni en la Dama Tapada ni en el Tintín. “A veces son las mismas mamitas las que matan nomás a sus guaguas y las lanzan al río”, decía. “¿Por qué respondes por todas?”. Annelise estaba segura de que el cocodrilo que vieron desde el edificio era blanco y que en su estómago guardaba el meñique del bebé de la Llorona. “Una madre jamás mataría a sus hijos”, dijo Natalia después de escuchar una de las historias de Fernanda sobre madres e hijas que enloquecían. “*For real?* ¿En qué mundo vives?”, le respondió. “Las madres matan a sus hijos tooodo el tiempo”. Fernanda y Annelise leían *creepypastas* para inspirarse a la hora de crear sus propios relatos de terror. “Y los hijos también matan a sus madres”. Sus favoritas, además de las clásicas *Jeff the Killer*, *1999*, *Ben Drowned*, *Sonic.exe* y *Slenderman*, eran las que tenían como protagonistas a madres y a hijas en situaciones extrañas. “¡La de Mr. Dupin es buenísima!”, les dijo Annelise luego de enviarles el *link* de *creepypastas.org* al grupo que tenían en Whatsapp. “Si lo leo no me da miedo”, escribió Analía. Clic. *Send*. Xime *is writing*: “Vaga de mierda”. Gustavo, el universitario de los brazos musculosos, hundió los ojos en el escote de Natalia mientras Fiorella hizo como que no se hubiera dado cuenta. “¿Quieren jugar a ‘Yo nunca’?”. La historia de Mr. Dupin se llamaba *A Mother’s Love*, e iba sobre una hija que se despertaba al escuchar el sonido de su gato bebiendo agua en el pasillo. “Claro que luego se da cuenta de que el gato estaba con ella, durmiendo en su cama, entonces se levanta, camina hacia el pasillo, enciende la luz y... adivina qué ve”, le contó Annelise a Analía porque era la única que no había leído el cuento. “¿A su madre?”, preguntó ella en una voz baja y quebradiza. “¡Sí, a su madre!”, gritó Anne haciéndola temblar. “A cuatro patas, bebiendo como una bestia del cuenco del gato”. Ximena suspiró apoyando los codos sobre la mesa, triste porque los universitarios apenas notaban su maquillaje y lo bien que le quedaba el *jean* a la cadera. “Está bien, juguemos”, dijo. Analía también se sentía triste por lo mismo, pero no quería demostrarlo y le molestaba que Ximena fuera tan evidente. “¿Y qué pasó después?”, preguntó, intrigada por la *creepypasta* de Mr. Dupin. “La hija miró a su madre y la madre miró a su hija”, siguió relatando Annelise. “Le mostró los dientes y la lengua larguísima antes de correr como un animal hacia ella, pero la hija fue más rápida y cerró la puerta de la habitación que la madre aruñó y golpeó, rugiendo”. En las fiestas de universitarios Annelise jamás contaba historias de terror. “¿Y?”, insistió Analía. “¿Qué pasó después?”. El chico del pelo azul llamado Gabriel sacó de debajo de la mesa una botella de tequila. “Si después

de eso escuchas la voz de tu madre, la que te cuida, la que te ama más que nadie, y te pregunta, preocupada, si estás bien, y te pide que le abras la puerta, ¿tú qué harías?”. Ximena, Analía y Fiorella miraron a Annelise como si solicitaran su permiso para jugar con un tipo de alcohol cuya gradación superaba el 30%. “¿Se ahuevan?”. Fernanda sonrió, irritada por la pregunta. “¿Nosotras?”. Tomó su vaso y lo deslizó hacia Gabriel. “¡Así me gusta!”. En el edificio ellas eran muy valientes: las chicas que saltaban por encima de los miedos. “Eres muy guapa”, le dijo Hugo a Annelise mientras le pasaba el dedo por uno de sus hombros y ella se ponía tensa. “¡Asaltacunas!”, les gritaron desde el jardín unas universitarias sudadas que tenían poca ropa. “¿Qué hago si las prefiero peladitas?”, dijo Gustavo sonriéndole a Natalia y a Fiorella. A Fernanda le gustaban mucho las *creepypastas* de gemelas: su preferida era la que describía el ritual del espejo, la vela y el armario. “Todos tenemos un doble”, le contó a sus amigas durante un recreo. “Para hallarlo, solo tenemos que encerrarnos en un armario con un espejo y una vela”. Desde que descubrieron lo especial que era la habitación blanca no contaban las historias de terror en ningún otro sitio. “Adentro, debemos tocar al espejo dos veces, mirándonos sin respirar, y es entonces cuando se aparece”. El universitario de la nariz diminuta y el lunar en la frente llamado José le echó a su vaso un poco de tequila. “Yo nunca he tirado en la ducha”, dijo, pero solo Hugo bebió. “¡Sabía, jueputa!”. “¡Qué cabrón, locooo!”. *No es para tanto*, pensó Ximena, que tenía marcas de cuando su reto fue permitir que Annelise, Fernanda, Analía, Fiorella y Natalia escribieran sus nombres en su espalda con la punta afilada de un lápiz. “Me toca”, dijo el universitario del pelo azul y los labios delgados llamado Gabriel. “El ritual funciona, y es por eso que hay que tener mucho cuidado, pues nuestro doble tiene el verdadero aspecto de nuestra alma, así que si eres una mala persona, lo que verás será malvado”. Ximena tragó saliva: “¿Y si soy mala, pero no lo sé?”. Annelise puso su voz de catacumbas: “Entonces mejor será que ni lo intentes”. Gabriel levantó su vaso: “Yo nunca he besado a un hombre”. *Qué juego tan estúpido*, pensó Natalia viendo cómo Annelise y Fernanda arrugaban sus caras al beber. “Esto sabe a acetona”. “Esto sabe a mentol”. Hugo chocó su puño con el de su amigo. “¡Te lo dije, locooo!”. Y las miró: “¿Cuántas veces?”. “¿Con chicos de su edad o de la nuestra?”. Analía entornó los ojos. Soportaba bien las *creepypastas*, pero las historias de Annelise le provocaban pesadillas. “¿Nunca han besado a nadie?”, les preguntó a las gemelas el universitario de los músculos llamado Gustavo. “Si quieren, yo les enseño”. La música hizo temblar los cristales y, en el jardín, alguien empezó a mojar a la gente con una

manguera. “¡Bacán! Pronto veremos tetas, *brothers*”. Una de las *creepypastas* preferidas de Annelise era la de una madre que le cocinaba a su hijo pedazos tiernos de sus senos. “La leyenda dice que todo empieza con la lectura de un poema inédito y de autor desconocido que circula en internet”. “Dicen que todas las madres que lo leen terminan haciendo lo mismo: amputándose los senos y dándoselos de comer a sus hijos”. Analía grabó un *boomerang* de la fiesta y lo subió a sus historias de Instagram. “¡Yo también!”, dijo Ximena, y se hizo además una *selfie*. José se acarició la barbilla. “Si quieren, podemos subir y les hacemos fotos”. Ximena puso una *duck face*. “Si quieren, podemos fotografiarnos todos”. Había mucho tráfico en las escaleras y cola para entrar al baño. “Ajá, muy gracioso”, dijo Fiorella, y su hermana se tocó la nariz con la lengua. Los foros de *creepypastas* estaban plagados de fotos trucadas en Photoshop, pero a Annelise le gustaban solo las que parecían reales. “Yo nunca me he tomado fotos desnudo”, dijo Gustavo retomando el juego. Fernanda odiaba que los chicos mayores se creyeran más listos que ellas. “¡Esto se está prendiendo!”, soltó Gabriel, entusiasmado por una posible confesión. *Que no lo haga*, rogó Fernanda en su cabeza. *Que no lo haga. Que no lo haga*. Pero Annelise bebió un trago gordo y los chicos abrieron los ojos igual que lechuzas cazando. “¡Wooo!”. En el suelo había alcohol, vasos de plástico y envoltorios de caramelos. “¡Esto sí que es una fiesta, bros!”. Fernanda quiso golpear al universitario de los ojos verdes, el tatuaje en la muñeca, el mentón partido, el cabello ondulado, la chaqueta negra y los converse azules llamado Hugo cuando le miró las piernas a su mejor amiga. “¿En serio tienes *nudes*?”, preguntó Fiorella, espantada, a pesar de que en el edificio ella se había quitado los calzones y los había lanzado al manglar por una apuesta. “¿Lo hiciste para algún *crush*?”. “¿O lo hiciste *just for fun*?”. Anne ni siquiera pestañeó: “Lo hice para mí, porque me gusta verme”. A su lado Hugo entreabrió los labios y Fernanda supo que tanto él como sus amigos estaban imaginando a Annelise desnuda. “Esto me aburre”, dijo de pronto, soltando la mano de Anne. “¿A dónde vas?”, le preguntó ella, pero Fernanda no le respondió. Algo extraño y caliente le apretó la garganta y sus pies la llevaron al jardín, donde casi todos bailaban empapados y a las chicas se les veían los pezones. *Ahora vendrá*, pensó, convencida. *Ahora vendrá por mí*. Desde hacía algún tiempo que las fiestas de universitarios no la divertían. *Douchebags. Idiotas. Assholes*. Desde hacía algún tiempo que entendía las intenciones de los chicos que jamás habían hecho nada parecido a estrangular o ser estrangulados o acostarse en un piso repleto de serpientes. “¿Qué se sintió?”, le preguntó Annelise después de que en la última fiesta un

universitario parecido al Johnny Depp de *A Nightmare on Elm Street* la tocara bajo los calzones. “Wierd”, le respondió. “Me dolió y me gustó”. Los chicos muy guapos le quitaban el aliento y, a veces, si la besaban bien, ella mojaba su ropa interior. “¡Quiero besar!”, gritaba Natalia en la habitación de los deseos. “¡Quiero besar!”. “¡Quiero besar!”. “¡Quiero besar!”. Analía le había dado la solución: “Bésame a mí”, pero Natalia la miró con asco. “¡No soy lesbiana!”. “¡Eso es pecado!”. “¡Me gustan los hombres!”. Fernanda se alegró de ver a Annelise saliendo al jardín, esquivando a la gente que bailaba y caminando en su dirección. “Era una broma, mensa”. “A mí también me gustan los hombres”. En el edificio, Fernanda había pintado la única habitación que no tenía ventanas de blanco sin saber que se convertiría en el centro de las ceremonias del grupo. “¿Por qué te fuiste?”. Sin saber que una tarde escucharía un grito y subiría las escaleras, aterrada, para ver a Annelise emergiendo semidesnuda de la habitación, temblando, bañada en sudor y con el rostro desencajado. “Los odio”, le explicó Fernanda. “No los soporto”. “Me caen mal”. Aquella tarde dijo que había visto algo en la blancura de la pared. Algo que se movía y que luego sintió en su piel, como un ratón vivo, y por eso tuvo que quitarse el uniforme. “Te entiendo”, comentó Annelise con el rojo un poco despintado y las pecas igual que polvo de chocolate. “¿Quieres que les demos una lección?”. Y luego, el Dios Blanco. Y el miedo que inspiraba la habitación a todas horas. “¿Quieres que les bajemos los humos?”. A Fernanda le encantaba que Annelise siempre supiera cómo levantarle el ánimo. “Quiero”, le dijo, y volvieron a agarrarse de las manos mientras caminaban de regreso. Cuando tenían once años vieron *The Exorcist* en un iPad, escondidas bajo la sábana de los ponis rojos, juntas en la oscuridad, custodiadas por decenas de peluches y muñecas de colección, y tuvieron tanto miedo que se abrazaron toda la noche. “¡Qué horrible tener que cuidar a una hija poseída por el demonio!”. Annelise escribió, dos años después, un ensayo sobre la película para la profesora de *Creative Writing*. “Yo la encerraría”. Y la profesora dijo que Annelise tenía “habilidades excepcionales” para contar historias. “Yo la mataría”. Fernanda obtuvo buenas notas en sus escritos para Lengua y Literatura, pero solo a Annelise la forzaron a participar en concursos intercolegiales de cuento y de poesía a pesar de que nunca los ganaba. “Lo hago mal a propósito”, decía, orgullosa. “Pierdo para que me dejen tranquila”. En el colegio, los profesores pensaban que Fernanda carecía de talentos especiales, pero en el edificio ella era la única que se había atrevido a disparar el revólver del padre de Annelise contra las piedras. “En serio, si vuelves a hacer eso me largo”, le dijo Fiorella. “Sonó muy fuerte”.

“Sonó como la muerte”. El universitario de los ojos verdes, el tatuaje en la muñeca, el mentón partido, el cabello ondulado, la chaqueta negra y los converse azules llamado Hugo aplaudió cuando volvieron: “¡Las extrañé, chicas!”. Su pelo ondulado era idéntico al que le dibujaban a Jeff the Killer en los *fanarts* de creepypasta.org. “Al fin”, dijo Ximena con la cara larga porque Gustavo, Gabriel y José se habían sentado junto a Fiorella y a Natalia. En las historias de Annelise, el Dios Blanco se les presentaba solo a chicas de su edad y la visión era tan perturbadora que las transformaba para siempre. “¿Vamos a seguir jugando?”, preguntó Analía dejando de hacerse *selfies* con su teléfono. “Sí, pero a otra cosa”. Y Fernanda se apoyó en la mesa. “¿Quieren hacer algo realmente divertido?”. Hugo y los demás las miraron con curiosidad y con lascivia. “Esta casa tiene azotea, ¿no?”. La escalera para subir estaba cerca del garaje. Era metálica y tenía vómito en el primer escalón. “¡Asco, asco, asco, asco, asco!”, repitió Analía cuando le tocó sortear el charco amarillo con pequeños trozos de zanahoria. Fiorella sabía que a Natalia no le atraía Gustavo, pero que deseaba gustarle porque adoraba sentirse el centro de atención. Tac, tac, tac, tac, sonaron sus tacones sobre la escalera que temblaba. “Xime, sonríe un poquito”, le pidió Analía aunque en el fondo quería pegarle por hacer de su tristeza algo tan evidente. ¡Ay, consuélennme!, pensó. ¡Ay, nadie me quiere! “¿Tú crees que algún día le gustaremos a un chico?”, le preguntó Ximena en voz baja. “¿No quisieras ser más como las gemelas, Fernanda o Annelise?”. Analía detestaba que Ximena se comparara con ella. *Yo no soy como tú*, pensó sin decirle. *Yo solo necesito bajar un poco de peso*. En la azotea estaba una pareja besándose y tocándose por debajo de la ropa, pero Fernanda los ahuyentó con sus gritos: “¡Váyanse a un motel!”. Risas esperpénticas. Analía los grabó corriendo y subió el video a sus historias en Instagram. 54 views. 123 views. 234 views. “Bien, ya estamos aquí”, dijo Hugo, pareciéndose aún más a Robert Pattinson bajo la luz de la luna. “¿Y ahora qué?”. Fernanda y Annelise intercambiaron miradas. Lo habían practicado tantas veces en el edificio que hacerlo allí les parecía un chiste. “Ahora sí vamos a jugar de verdad”. Tomaron aire. “Aquí voy”. Fernanda corrió hacia el borde de la azotea y se subió de un salto al muro que la protegía de la caída. “¡Cuidado!”. Los universitarios contuvieron la respiración. “¿Estás loca? ¡Bájate!”, gritó Hugo. “¡Se va a matar, locooo!”, gritó Gabriel, pálido. “¡Alguien agárrela!”. Antes de que pudieran detenerla, Annelise hizo lo mismo y saltó sobre el muro contrario, tambaleándose pero alcanzando la estabilidad al abrir los brazos como un avioncito de juguete. Gustavo cerró los ojos: “¡Qué hijueputa!”. Fiorella, Natalia, Analía y Ximena

aplaudieron, excitadas, la hazaña de sus amigas. No todos los días podían presumir de sus habilidades grupales: del grupo tan perfecto e interesante que eran. “Vamos a jugar a que quien se cae, pierde”, dijo Fernanda, caminando como un gato por el muro. “Si no se caen, podrán pedir cualquier cosa a cualquiera de nosotras”, dijo Annelise, avanzando más rápido que Fernanda. “¿Qué?”. “¡Ya bájense, chucha!”. Al llegar a la esquina, las dos titubearon y Hugo se llevó las manos a la cabeza. “¡Ni siquiera se han quitado los tacones!”. Pero lograron superar la dificultad. “Nosotras hacemos esto tooodo el tiempo”, dijo Fernanda con pedantería. “A ver quién es más valiente”. Annelise bajó de un salto y los chicos botaron aire. “¡Verga!”. Fernanda la imitó soltando un quejido al aterrizar mal por culpa de sus tacones. “¡Eso es peligroso!”, dijo el universitario del pelo azul, los labios delgados y las cejas pobladas llamado Gabriel. “Por eso hacerlo es genial”, dijo Fernanda. “¿Nadie quiere intentarlo?”. Se cruzaron de brazos. Se guardaron las manos en los bolsillos. “No es tan difícil”, dijo Annelise. “Hasta dos chicas con tacones pueden hacerlo”. Hugo miró a sus amigos y rio. A ningún chico le gustaba que una chica le sugiriera que podía hacer algo mejor que él. “De acuerdo”. Tenía la risa muy sucia. “Pero si jugamos a su juego ¿podemos pedir cualquier cosa?”. Fernanda asintió. El contenido de los retos en el edificio no tenía limitantes. “Cualquier cosa”. Y pestañeó varias veces. “Siempre y cuando no se caigan”. Los universitarios que estudiaban medicina en la Universidad Católica se juntaron en un círculo y discutieron durante unos segundos. “Creí que se ahuevarían”, comentó Natalia imitando el habla de Gustavo. Fiorella la miró con horror: “¡No digas palabras vulgares!”. Las *creepypastas* que más miedo le daban eran aquellas en las que se desataba algo macabro tras pronunciarse una frase, un rezo o un conjuro ante un espejo. El universitario de la nariz pequeña y el lunar en la frente llamado José se sentó sobre el muro y, poco a poco, se fue incorporando. “¡Te tiembla hasta el páncreas, mamaverga!”, le gritó Gabriel, el del pelo azul. “¿Podemos pedirles que se quiten la ropa?”. José daba pasos inseguros y se mantenía encogido como un duende. “Sí”, dijo Annelise, sonriendo. “Pueden pedirle a una de nosotras que se quite la blusa, por ejemplo”. A Analía le disgustó la posibilidad de tener que quitarse la blusa porque su talla era M y no XS. “Y luego nos tocará a nosotras”. Ni Fiorella, ni Natalia, ni Ximena, ni Analía caminaban por los bordes del tercer piso del edificio. “¿Tendremos que subirnos allí?”, le preguntó Ximena en voz baja a Annelise. “¡Shhh!”. “Claro que no”. Del grupo, solo Annelise y Fernanda corrían los riesgos, por eso eran las mejores y las que tomaban las decisiones importantes. “¿Podemos pedirles

un beso?”. José estaba sudando y parecía a punto de mearse sobre el muro. “Pueden, si no se caen”. En el edificio, a Natalia le preocupaba que sus amigas resbalaran y estallaran contra la tierra. “Entonces, ya sé lo que voy a pedir”. Pero en ese momento le entusiasmaba ver al universitario de la nariz diminuta y el lunar en la frente con tanto miedo de caerse. “¡Lo hice, locooos! ¡Lo hice!”, gritó José golpeándose el pecho como un gorila luego de regresar al suelo. *Parece un niño y no un hombre*, pensó Natalia, y quiso que Gustavo se subiera para ver qué tan niño o qué tan hombre era. “¿Me vieron?”. Ella prefería los cortometrajes basados en *creepypastas* que se difundían en YouTube, como *The Smiling Man*, la historia de un chico que tenía la mala suerte de encontrarse con un hombre sonriente en medio de una calle vacía. “Me asustó más cuando lo leí”, dijo Annelise, pero a Natalia le había perturbado ver a ese hombre encarnado en un actor de sonrisa demencial que caminaba de la misma forma que lo hizo José sobre el muro. “Pido un beso, guapa”, le dijo a Fernanda apuntándola con su dedo índice. “¡Beeeso, beeeso, beeeso!”, corearon las demás a pesar de que Annelise se puso muy seria. En realidad, ni a Natalia ni a Fiorella ni a Analía ni a Ximena les gustaba el terror por encima de las comedias románticas, los doramas o los *fanfictions* sobre Selena Gómez y Justin Bieber. “*Fine*”, dijo Fernanda, y caminó hacia José sin disimular su tedio. Pero esos eran *hobbies* que nada tenían que ver con el edificio o con lo que hacían Fernanda y Annelise. “¡Dale, loco, dale!”, gritó Gabriel. “¡Wooo!”. Ximena estaba segura de que el universitario de la nariz pequeña y el lunar en la frente llamado José no besaba bien porque movía la lengua como si tuviera epilepsia. “Pobre Fer”, comentó en voz alta y las gemelas se rieron. “La besa un caballo”. Mientras tanto, Annelise volvió a subirse al muro y esta vez avanzó con cautela, de espaldas. “¡Mírala, chucha!”. “¡Está loca esa *man*!”. Todas sabían que a Anne le fascinaba que le dijeran loca y que por eso en sus historias aparecían manicomios y hospitales. “¡Loooca!”, canturrearon para su amiga. “¡Loooca!”. “¡Loooca!”. Cuando José soltó a Fernanda, ella se limpió los labios con el antebrazo. “*We all go a little mad sometimes*”, dijo Annelise, desde el cielo. Y Fernanda lo repitió: “*We all go a little mad sometimes*”. Hugo les festejó la ocurrencia porque no entendió que habían citado a Norman Bates. “¿Una peli en blanco y negro?, ¡qué pereza!”, dijo Natalia el día que Fernanda le habló de *Psycho*. “Si la veo te juro que bostezo”. “Si me obligas a verla te juro que me duermo”. Ximena, Analía, Fiorella y Natalia admiraron la belleza de Annelise cuando bajó, incólume, del muro. “¿Qué les pedimos?”, preguntaron, ansiosas. “Pidámosles que se quiten la camiseta”. “No, el pantalón”. “Pidámosles

besos”. “No, pidámosles que se dejen escupir”. “¿Y si nos orinamos encima de ellos, como en el edificio?”. “¡Se van a cabrear si les pedimos que se dejen hacer eso!”. Annelise le guiñó un ojo a Fernanda igual que cuando planeaba algo y no lo pensaba decir. “Ya sé qué”, y se volteó hacia los universitarios que estudiaban medicina y eran miembros de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica: “Uno de ustedes tendrá que lamer mis tacones”. Analía abrió la boca. Las gemelas sacudieron las manos. Los tacones de Annelise eran unos Jimmy Choo de mediana altura que dejaban a la vista los hermosos dedos de sus pies. “O terminamos el juego aquí y ganamos nosotras”. A los chicos les sorprendió tanto la propuesta que se quedaron mudos por unos instantes. “¡No jodas!”. “Habla serio”. José se rascó la coronilla: “Aguanten, ¿se pueden pedir ese tipo de cosas?”. Gustavo bufó igual que un toro. “Ni verga voy a lamer los zapatos de una niña”. Analía los apuntó con el índice de forma burlona: “¿Se ahuevan? Buuu”. Labios tensos y ceños fruncidos. A Fiorella no le agradaba que sus amigas usaran la jerga de los universitarios con los que salían porque le hacía sentir que perdían clase. “El otro juego era alcohol y confesiones, ¡gran cosa!”, dijo Fernanda. “Este es un juego de verdad, solo apto para fuertes”. Las sonrisas se empezaron a borrar y el ambiente se tornó tenso, tal y como a Annelise le encantaba que se pusiera cuando quería intimidar a otros. “¿Por qué te gusta tanto asustar a los demás?”, le preguntó Fernanda antes de que entraran a la secundaria. “Porque me hace sentir grande como mi madre”. “Porque me hace ponerme a imaginar”. Hugo se espantó una mosca de la mejilla y Fiorella notó que tenía los pómulos de Ezra Miller. Los pómulos de Ed Westwick. “Se supone que aquí todos nos la queremos pasar bien”. A Fernanda le satisfacían siempre las respuestas de Annelise, incluso las que eran turbias. “Yo me la estoy pasando bien”, dijo permitiendo que el viento le levantara ligeramente la falda. “Y no me acobardé cuando me tocó besar a tu amigo”. Desde la azotea se veían tres estrellas, contó Ximena con la cabeza hacia atrás, hasta que de repente una se apagó. “Ok, ok”, dijo Gabriel caminando hacia Annelise y sorprendiendo al grupo: “No vamos a arrugar, pero tampoco ustedes, princesas, y ya verán cuando nos toque a nosotros”. Fiorella dudaba que Annelise y Fernanda hubieran medido las consecuencias de lo que podría pasar si las cosas no salían como ellas querían. “Quien ríe el último...”. Si los chicos les pedían algo peor: algo que las hiciera meterse en problemas. “A ver, levanta el pie”. En el colegio les advirtieron muchas veces que se cuidaran de los chicos. “¡Locooo! ¿En serio lo vas a hacer?”. Que demostraran ser señoritas respetables para que las respetaran. “No te preocupes, bro: será rápido”. Y

ellas, en opinión de Fiorella, no se estaban dando a respetar. “Ya nos vengaremos luego”. Fernanda sonrió al ver que el universitario del pelo azul y los labios delgados llamado Gabriel pasaba su lengua rosada por el tacón derecho de Annelise conteniendo las arcadas. “Ojalá que Anne no haya pisado el vómito de la escalera”, le susurró Ximena a Analía. La lengua rosada limpió el tacón izquierdo dejándolo baboso y goteante. “Voy yo”, dijo Hugo subiéndose al muro mientras Gabriel escupía y murmuraba palabras que Fiorella jamás se atrevería a decir. “Tienes que hacerlo como Anne”, le recordó Fernanda sonriendo por primera vez en toda la noche. “Tienes que caminar de espaldas, muuuy despacio”. Gustavo se acarició la nuca sin percatarse de que le temblaba la rodilla y de que Natalia lo miraba con pena, igual que a un perro castrado. “Mejor bájate, loco”. Hugo empezó con seguridad, pero le costó mantener el equilibrio. “¡Vamos, loco, tú puedes!”. Parecía estar a punto de caer con cada paso que daba y, observándolo, Fernanda recordó aquellas veces en las que caminó por el borde del tercer piso del edificio murmurándose: “Si muero, será rápido”. “Si muero, no me daré cuenta”. Fiorella se pegó al hombro de su hermana. “Ahora nos van a pedir que hagamos algo horrible”. “Tranquilízate”, le ordenó Natalia. “Se lo van a pedir a Anne, no a nosotras”. En medio del ruido y de la acrobacia de Hugo, Fernanda pensó en lo increíble que era que hubiese ratos en los que la muerte no significara nada para ella. “¿Cómo sabes?”. Ratos en los que sentía que vivir y morir eran la misma cosa ocurriéndole a la vez, a cada segundo. “¡Fue Anne la que nos metió en esto!”. O en los que su más extrema felicidad convergía con instantes en donde todo podía, también, detenerse violentamente. “¡Es ella quien nos va a sacar!”. Y así, pensando, notó que Annelise se estaba poniendo nerviosa porque Hugo no se caía. “¿Estás bien?”, le preguntó. “Siempre podemos correr *if this get’s ugly*”. Annelise le sonrió de forma forzada. “*If this get’s wierd*, siempre podemos llamar a un taxi”. Le sudaron las manos cuando Hugo superó el desafío sin gracia, temblando hasta el último paso, pero con la adrenalina pintándole el rostro de una emoción sin igual. “*Fuck*”. Sus amigos le aplaudieron y gritaron su nombre cuando regresó a la seguridad del suelo y de las hojas secas. “¡Huuugo!”. “Huuugo!”. Era la emoción de haberle rozado el sexo a la muerte lo que los hacía saltar. “¡Huuugo!”. Los universitarios que estudiaban medicina y pertenecían a la Federación Estudiantil de la Universidad Católica se reunieron en torno a él. “¡Huuugo!”. Le dieron golpes en la espalda. “¡Huuugo!”. Le dieron golpes en el hombro. “¡Huuugo!”. Ni a Fernanda ni a Annelise les gustó que ellos rozaran lo que era suyo. “Nos jodimos”, dijo Ximena levantando las cejas. El

sexo de la muerte. “Fue divertido mientras duró”, agregó Analía. Más allá, los universitarios unieron sus cabezas en un conciliábulo improvisado. “Y bueno, ¿qué esperaban? Esto fue tonto desde un principio”, dijo Fiorella. “¿Y si se caía?”. Fernanda se sacó los zapatos y se trepó de nuevo al muro. “¿Qué habríamos hecho entonces?”. *El problema es que no se cayó*, pensó Fernanda sin remordimientos. *Hubiese sido mejor que se cayera*. Los chicos la vieron aumentar la dificultad del reto corriendo de una esquina a otra antes de caer de pie junto a Annelise, su doble. Su gemela de las ideas. “¡El próximo tendrá que hacer lo mismo!”, les dijo con la intención de escarmentarlos. “¡Eeepa! Primero Anne tendrá que hacer lo que yo le pida”, dijo Hugo con Gabriel a su siniestra. Meses atrás había leído una *creepypasta* sobre una chica que mató a su amigo disparándole con el dedo. “Y como soy un *gentleman*, no te haré lamerle los zapatos a mi bro ni nada por el estilo”, le dijo a Annelise. Fernanda habría dado cualquier cosa para que su dedo pudiera hacer lo mismo en ese momento. “Seré suave, un verdadero caballero”. *Yerks*, pensó Fernanda: estaban disfrutando de su minuto de gloria. “De hecho, voy a pedirte una tontería”. Lo saboreaban con las puntas de sus lenguas. “Casi nada en comparación con lo que le hiciste al Gabo”. Lo consumían poco a poco, igual que a un dulce. “Sólo tendrás que enseñarnos una de esas fotos que dijiste haberte hecho”. Fernanda rascó el piso con los dedos de sus pies. “Una de esas en las que apareces desnuda”. ¡Bang!, pensó Natalia. *Así que eso querían*. En su cabeza el castigo había sido mucho más fuerte y cruel. “Bueno, pudo ser peor ¿no?”. Todas se dieron cuenta de que Annelise se sintió aliviada, aunque intentó disimularlo para que los chicos no cambiaran de opinión. “Le gusta Anne”, dijo Fernanda en voz baja. “Por eso ha sido tan *nice*”. A Ximena la incomodaba que los universitarios que estudiaban medicina y eran miembros de la Federación Estudiantil de la Universidad Católica quisieran ver a una menor de edad desnuda. “Estos tienen poca imaginación”, comentó Analía. “O simplemente quieren pajearse”, agregó Natalia y Fiorella volvió golpearla con su codo. “¡Auch!”. “¡Deja de pegarme!”. La luna mostraba su redondez perfecta igual que ocurría en las películas de hombres lobo. “¡Qué estúpido!”, dijo Natalia cuando Anne le contó que había grupos en Facebook en donde chicos y chicas se asumían a sí mismos como licántropos e intercambiaban historias sobre sus transformaciones, fotos, videos, etc. “*Freaks*”, los insultó, pero ella se arrodillaba en la habitación blanca todos los miércoles por la tarde y le dedicaba al Dios Blanco sus cuentos de terror. “¿Lo vas a hacer?”, le preguntó Ximena a Anne. “¿Los vas a dejar ver?”. Fernanda vio una sonrisa gestándose

en las comisuras de la boca de Annelise: una ligera tensión de los músculos. Un indicio. “Mira, no tienes que enviárnosla ni nada, sino mostrarla desde tu teléfono”, dijo Hugo, el universitario de los ojos verdes, el tatuaje en la muñeca, el mentón partido, el cabello ondulado, la chaqueta negra y los converse azules que se parecía a Robert Pattinson. “Lo que se vea aquí, se quedará aquí”. Fernanda les tuvo pena: ninguno de los cuatro sabía lo mucho que a Annelise le gustaba asustar a otras personas. “Está bien, les enseñaré mi *nude*”. Ninguno sabía lo mucho que quería asustar a Miss Clara igual que lo había hecho con Miss Marta, la exprofesora de Lengua y Literatura. “Primero, cierren los ojos”. Solo Fernanda la conocía y veía en su sonrisa oculta el deseo de mostrarles la peor de las fotos. “Ábranlos”. Es decir, la que le hizo ella en la ducha. “¿Qué es eso?”. La que le permitiría poner en práctica su talento para el terror. “¿Qué chucha es eso?”. Su talento para el horror. “¿Qué clase de mierda enferma es esta!”. Annelise intentó mantenerse tranquila a pesar de que a los chicos se les deformaron los rostros. “Soy yo, desnuda”. Gabriel se alejó de la pantalla del teléfono y se apoyó en sus rodillas. “¿Qué hijueputa!”. “¿Qué hijueputa!”. Ximena, Analía, Fiorella y Natalia no entendieron la reacción de los universitarios que estudiaban medicina en la Universidad Católica porque desde donde estaban les era imposible ver la foto. “¿Esto es en serio?”, preguntó Hugo, pálido, señalando el teléfono. “¿Quién te hizo eso?”. Ximena dio dos saltos cortos. “¿Quiero ver!”. Analía la tomó por el brazo. “¿Quédate quieta, por Dios!”. Annelise abrazó por detrás a Fernanda y sus pupilas se dilataron. “Mi mejor amiga”. Un retroceso. Un gesto de profundo rechazo. “¿Quiero ver!”, repitió Ximena. Natalia se empezó a comer el pellejo de su pulgar. “¿Es o no es una foto de Anne desnuda?”. Fernanda se sintió sofocada con Annelise abrazándola; con los universitarios que estudiaban medicina y eran miembros de la Federación Estudiantil de la Universidad Católica viendo la foto que ella le hizo. “¿Quiero ver!”. Desde que eran unas niñas Anne ventilaba sus intimidades a conveniencia. “Ahora es nuestro turno, ¿no?”, dijo Analía. Pero en esa ocasión estaba llegando demasiado lejos para el gusto de Fernanda. “Uno de ustedes tiene que correr sobre el muro igual que Fer”. Demasiado lejos y directo hacia donde ella no la podía seguir. Gabriel se negó. “Yo me la saco, bro”, le dijo a Hugo. “Esa huevada no es normal”. Atrás, Gustavo se subió al muro y temblaba como un trozo de gelatina. “¡Bájate, loco!”, le gritó José. Analía, Ximena, Fiorella y Natalia veían al universitario de la nariz pequeña y el lunar en la frente observar las escaleras como si quisiera huir. “Esto es Photoshop, ¿cierto?”, preguntó Hugo a pesar de que Annelise ya había guardado su teléfono.

“Quiero decir... no puede ser real”. Fernanda pensó que quizás esa era la situación que Annelise había querido desde el principio. “Tiene que ser una broma”. Quizás para eso había querido ir a la fiesta. “¿Cierto?”. Para mostrar lo privado de su amistad en una foto. “¡Mierda!”. Para deleitarse con las reacciones de los otros. “¡Nooo!” gritó Natalia, y cuando los demás voltearon vieron el muro sin Gustavo. “¡Se mató!”, soltó Gabriel llevándose las manos a la cara mientras todos corrían hacia el borde de la azotea. “¡Ya se mató ese conchesumadre!”. La vida y la muerte ocurrían al mismo tiempo, como la voz de J Balvin y los alaridos de Gustavo. “¡Verga!”. “¡Verga!”. “¡Verga!”. Como el amor y la vergüenza: la ternura y el horror. “*Oh my god!*”. Abajo, el universitario de los músculos gritaba con un hueso emergiendo de su pierna y Fernanda vio la piel rota, la sangre, el diente en el suelo igual que si fuera cualquier otro paisaje. “¡Está vivo, loco!”. Porque en lo único en lo que pensaba era en la foto. “¡Está vivo!”. En la repugnancia que causaba en otros la foto que le hizo a Annelise. “¡No se murió!”. Y en que, por primera vez, ella sentía asco también. “¡Está vivo!”.

Reglas para entrar a la habitación blanca

por Annelise Van Isschot

- 1. J**AMÁS entrarás de pie, sino en las cuatro patas de tu nombre.
2. Jamás tocarás o rozarás las paredes.
3. Durante la ceremonia, al menos una vez deberás barrer el suelo con tus cabellos.
4. Aceptarás que adentro cualquier cosa puede sucederle a tu cuerpo.
5. No abrirás los ojos en los momentos equivocados.
6. No llorarás aunque duela.
7. No gritarás aunque dé miedo.
8. No saldrás de la habitación hasta que la ceremonia haya terminado.
9. Rezarás siempre con las rodillas en el suelo.
10. Aceptarás a Dios en el fondo blanco de tu conciencia.
11. Menstruarás cada día sagrado de su nombre.

XX

CUANDO CLARA entró a la enfermería lo primero que vio fue la rodilla izquierda de Annelise Van Isschot, roja y abierta como la boca de un bebé que llora, y el blanco de la falda de la enfermera Patricia flotando mientras un líquido transparente caía sobre esas fauces de bebé enseguida espumadas, rabiosas de bacterias, gritando por encima de la rótula. Era una rodilla que chillaba colores en solitario. Magenta, rosa, arrebol. Granate, carmesí y escarlata. La rodilla de Annelise Van Isschot chillaba todos los tonos de la sangre, pero el resto de su cuerpo mantenía la compostura. Clara la vio cerrar los ojos cuando la enfermera Patricia le echó más líquido transparente sobre la piel en desgarró. Vio que tenía el labio superior partido como una fresa. Vio que las pecas le chillaban en bermellón. «¿Qué le pasó?». «Se peleó con su mejor amiga». Clara no sabía que pelearse con una mejor amiga podía ser así de rojo. El olor a alcohol le pareció repugnante y la hizo encogerse debajo de la ropa y retroceder sus tacones bajos arañando el suelo apenas dos centímetros. Vio, con algo de alivio, que Annelise no la miraba, sino a las baldosas, es decir, al vacío. Vio que tenía el pelo negro y liso pegado a los pómulos y al cuello. Vio que jadeaba. «No puede ser que dos mujercitas se peguen así», dijo la enfermera. «Dos mujercitas no hacen estas animaladas de varones». Annelise apretaba el borde de la camilla con sus manos de nudillos girasol. Su labio le goteaba coral sobre los dientes, pero ella solo miraba las baldosas. «La otra chica resultó menos dañada y se la llevaron a rectorado». *Parece una vampira; una Carmilla del siglo XXI*, pensó Clara sin moverse del umbral de la puerta, viendo la pornografía del pequeño uniforme de Annelise Van Isschot todavía húmedo sobre los senos y sobre las ingles. «Están llamando a los padres ahora, pero parece que no contestan». La mejor amiga de Annelise era Fernanda Montero, recordó con el cuerpo cada vez más tieso y frío ante la sangre. Estaban en 5.ºB. Tenía clases con ellas los lunes, los miércoles y los jueves, pero con Annelise Van Isschot, alias la Pecas, tenía, además, clases extra los viernes por la tarde, a solas, porque esa era la forma

de castigar a una chica en el Colegio Bilingüe Delta, *High-School-for-Girls*, cuando dibujaba a un Dios travestido. «Esta violencia no es normal en una mujercita», dijo la enfermera ocupándose del rostro de Annelise. «¡Mira cómo le ha dejado la cara a la nena!». Todos habrían querido que en el sorteo saliera Teología, pero salió Lengua y Literatura. «Una cosa es un empujón o una bofetada, y otra cosa es esto». Todos se arrepintieron de haber sorteado la materia de castigo cuando salió Lengua y Literatura y no Teología. «Pobrecilla, a ver, levanta el mentón». Clara sintió cómo sus huesos comenzaron a replegarse anticipando un posible ataque de pánico y, aunque quizás era solo un síntoma de ansiedad frente a una escena de violencia, decidió irse sin sus pastillas. «Levanta un poco más el mentón, nena, un poquito más, eso es». Annelise la miró de reojo antes de que se marchara, o eso le pareció justo en el momento en el que se daba la vuelta y salía de nuevo al sol.

La pensó todo el día así: como una cría salvaje que había logrado escapar de la inesperada traición de una de sus hermanas.

Luego, en la sala de profesores, se enteró de lo que había sucedido: una le haló el cabello empujándola hacia atrás, arqueándole la espalda por la fuerza del tirón; la otra respondió con un golpe a puño cerrado sobre los labios. Le dijeron que Annelise había agarrado a Fernanda primero, pero que Fernanda se había lanzado sobre Annelise con todos sus huesos y sus uñas como el esqueleto de sangre que era, como la potrilla sin riendas que era. *Mister Alan* y *Miss Ángela* las separaron mientras se pegaban en la cafetería durante el recreo más largo. «Se pegaban como dos boxeadoras fuera del *ring*», decían. *Fuera del ring es donde en verdad se viven los golpes*, pensó Clara, pero no lo dijo. Esa misma semana, durante su clase personal con Annelise Van Isschot, le preguntó por el incidente tratando de no mirarle la costra oscura del labio superior. «Fernanda y yo ya no somos amigas», le dijo con el mentón tan elevado como se lo pidió la enfermera Patricia días antes. «La odio y creo que quiero vomitar».

De todos los cursos en los que Clara impartía clases, el más difícil era el de Annelise Van Isschot, Fernanda Montero y sus amigas: Natalia y Fiorella Barcos, Analía Raad y Ximena Sandoval. 5.ºB estaba dominado por ellas y sus desmanes, pero las otras, sus compañeras de salón, pugnaban por el poder territorial hasta cuando bajaban los hocicos al suelo y las seguían con los cordones desatados y las faldas siempre abiertas, siempre elevándose peligrosamente sobre el muslo. Era un aula en donde se condensaban personalidades intensas y provocativas que disfrutaban de rozar los límites de

la convivencia. «El 5.ºB es especial», le dijo Ángela la primera semana de clases. «Vas a tener que ganártelas poco a poco». Pero con el tiempo solo consiguió sentirse aún más repelida por el carácter del grupo. Detestaba la música que hacían con sus voces y la expresión burlona de sus miradas, como si supieran algo que ella no y bajo ninguna circunstancia pensarán decírselo. La combinación de cuerpos largos, apretados, con cabellos revueltos y uniformes flotantes le resultaba excesivo; como una aparición demasiado luminosa o una imagen procaz borboteando en el vaho tropical. Otros cursos, en cambio, eran diferentes. En otros cursos las chicas obedecían, iban peinadas y los uniformes les quedaban mejor. Las voces de las chicas no se parecían en otros cursos y sus miradas eran más mansas y más finas. A veces quería llorar mientras escribía en la pizarra del 5.ºB. Entonces apretaba la mandíbula y las palabras de su madre muerta le peinaban la cabeza: «Hagas lo que haga, jamás muestres debilidad delante de tus estudiantes, Becerra». Pero ella siempre acababa enseñándoles sus descosidos porque había algo mínimo disfuncional en su relación con esas chicas. Todas eran inquietas y habladoras. Se movían de sus sillas, sacaban la lengua, pegaban mocos y chicles debajo de los pupitres y olían a sudor y a menstruación. Eran desaseadas y descaradas y se reían sin recato, a carcajadas siniestras, con las blusas desabotonadas y sin planchar. Pero Annelise Van Isschot, Fernanda Montero y sus amigas eran especialmente insoportables para Clara. Durante meses la estudiaron y probaron a conocerla, a alcanzar algún tipo de intimidad imposible dentro del aula, pero no con una intención amistosa, pues la amistad solo existía entre iguales, entre hermanas, y ellas sabían que entre una maestra y una estudiante no podía haber igualdad, así como tampoco la podía haber entre una madre y una hija. «¿Cuál es su novela favorita?». «¿Usted escribe?». «¿Cuántos años tiene?». «¿En dónde vive?». Le preguntaban cosas porque era la profesora nueva y la estudiaban como un juguete en la caja, empapelado, con un pompón en el centro de la frente. «¿Le gusta el maquillaje?». «¿Por qué le tiembla la barbilla?». «¿Cree usted en Dios?». La interrogaban en medio de la clase, sin venir a cuento, para destrozar su caja bella de regalo. «¿Tiene novio?». «¿Está casada?». «¿Qué opina del lesbianismo, el islam, el uso de condones y el kichwa?». Clara había intentado ser igual a su madre a pesar de que Elena le había dicho, muchas veces antes de morir, que no existía igualdad posible entre una madre y una hija. «¿Cree usted en la virginidad de la Virgen María?». Tampoco existía igualdad entre una maestra y una estudiante a pesar de que las buenas maestras, decía, intentaban salvar las diferencias. Por eso las del 5.ºB la exploraban, para saber

qué clase de ama era: de las que mordía o de las que se podía morder. Para saber qué tan madre y qué tan maestra era a la hora de amaestrar. Pero en relaciones jerárquicas como esas, de dominación especular y de bozales, el resultado se repetía hasta que algo interrumpía el ritornelo. Una levitación, un sucumbir: el de abajo descifraba el método y la interrupción reproducía la pieza a la inversa. Clara reconocía el movimiento de la historia porque había terminado comiéndose a su madre, pero no iba a dejarse comer por sus alumnas del 5.ºB. El problema real, sin embargo, no era el curso entero en temporada de caza, sino Annelise Van Isschot, Fernanda Montero y sus amigas. La incertidumbre se retorció en ese grupo de seis puntas. Seis filos aviesos de masticar.

Todavía recordaba el momento en el que supo que no tenía ninguna autoridad en el 5.ºB más que la que aquellas chicas le cedían en migajas de vez en cuando. No fue durante las mañanas de preguntas interrumpiendo la dirección de la clase, ni durante los paseos de Analía Raad por el aula, zigzagueando sin permiso entre las bancas de sus compañeras mientras Clara explicaba algo —«es que necesito estirar las piernas», decía, pero su única razón era desafiarla, testar los bordes de su paciencia con su sonrisa aguda de coyote flaco—: fue el instante en el que Annelise Van Isschot logró que todas hicieran silencio porque quería escuchar la clase sobre Edgar Allan Poe. Clara había intentado interesar al curso durante más de media hora sin conseguirlo, pero bastó un grito de Annelise para que sus compañeras se calmaran y acomodaran en sus asientos. Esa mañana no se sintió agradecida, sino humillada. Y desde entonces todo se puso peor. Las chicas empezaron a hacer ruidos estridentes cuando ella escribía en la pizarra o cuando les daba la espalda por algún motivo. «Perdón, *Miss Clara*», decían tirando sus cosas al suelo. Lápices, bolígrafos y compases rebotaban frente a su nuca. Luego los recogían y, tras unos minutos de aparente serenidad, volvían a estrellarlos lejos de sus pupitres. Una mañana Fernanda Montero empezó a silbar mientras ella explicaba la diferencia entre oraciones coordinadas y subordinadas. Le pidió que dejara de hacerlo, pero Fernanda continuó silbando y mirándola directamente a los ojos; y cuando Clara le ordenó que abandonara el aula, Fernanda siguió silbando muy quieta en su silla, sin zapatos y acariciando el suelo con la punta de sus medias de algodón. Aquellas actitudes incrementaban su ansiedad cada vez más física y la hacían encerrarse en el baño de profesores a llorar y a limpiarse el sudor del cuello y del vientre —Clara sudaba mucho cuando se ponía nerviosa y sus pies goteaban tanto como los de su madre—. Las chicas del 0.ºB querían que

transpirara anzuelos y que llorara leche para canibalizar su autoridad. Eran hijas destetadas y necesitaban carne. Por eso le ponían cáscaras de plátanos junto al escritorio y le regaban agua en la silla. Por eso colocaban el borrador y el marcador en el suelo: para ver a su maestra agacharse, inclinar su estatura y prestarle respeto a las bancas que eran tronos reflejados en el techo. Intentó no sentirse ridiculizada ni ver cómo las nalgas de sus alumnas le cortaban la cabeza, pero desde lo ocurrido con las *M&M's* tenía poco control sobre lo que sentía. Su cuerpo estaba trizado y cualquier aliento torcido la empujaba hacia la nada: un abismo de piernas hipersensibles al tacto de la atmósfera. Ellas escupían sobre los libros y cuando Clara escribía a lo ancho de la pizarra golpeaban rítmicamente sus pupitres con las palmas abiertas. *We will, we will, rock you*, escuchaba en su cabeza. Las faldas abriéndose como sombrillas durante los recreos la hacían temblar. Creyó que con el tiempo la sensación de peligro e indefensión frente a las nínfulas disminuiría, pero los meses consolidaron el galope de su miedo. Y no era solo algo que experimentaba con el grupo de Annelise Van Isschot. No era solo la culpa de sus alumnas pesadilla del 5.ºB. Las córneas púberes de las chicas de 1.ºA, por ejemplo, le parecían terribles. Sus dedos premenstruales acabarían como los de Ximena Sandoval, pensaba, y quizás se los meterían a la boca y los chuparían igual que Fernanda Montero y Annelise Van Isschot en sus clases, o igual que Malena Goya y Michelle Gomezcoello comiéndose la nutella de su refrigerador. Sentía un asco profundo cuando a primera hora entraba en el aula y veía los ocho o diez o quince pares de ojos legañosos del 3.ºB, cosidos todavía con el hilo de las almohadas. Y la forma en la que las uñas de las chicas del 2ºC estaban siempre llenas de porquería. Y la largura de las pestañas de Priscila Moscoso. Y los pezones marcados en la blusa de Marta Aguirre. Y los labios ensalivados de Daniela Correa. Todos los cuerpecitos de úteros calientes y clítoris inflables le producían una extraña irritación en los huesos, allí donde no podía rascarse. A veces quería lanzar su esqueleto por las escaleras para aliviar la picazón, romperse ante la mirada perezosa de la inspectora, tragarse agua hirviendo para lacerar la angustia del contacto físico inesperado. Annelise Van Isschot y Fernanda Montero habían descubierto el escozor que sentía cuando por accidente rozaba la piel de alguna falda, y desde entonces jugaban a acercársele demasiado, a arrastrarla hacia la parálisis del pecho, el calambre en los brazos, la langosta en la sien. Pero sus constantes ataques de niñas-torturadoras-ovulares cedieron después del día en que se pegaron durante el recreo más largo, rodeadas de ventiladores y de chicas mal uniformadas —porque ninguna alumna del Colegio Bilingüe

Delta, *High-School-for-Girls*, se atrevía a usar bien el uniforme—. La olvidaron, y el fin de puños de esa amistad le hizo la vida más fácil a Clara durante algún tiempo. El tiempo exacto que le tomó a la costra negra, escarabajo lúbrico en la epidermis, desaparecer de los labios de Annelise.

«¿Por qué se viste igual a su madre, *Miss Clara*?», le preguntó ella mucho antes de que se peleara con Fernanda Montero, su mejor amiga, su hermana cobra, su siamesa de cadera, cuando en una de las clases de castigo su bolso modelo-materno-del-año-noventa-y-ocho cayó al suelo y, del bolsillo interior más recóndito, salió volando la foto de su madre como un pez suicida al aire. ¿Y a ti qué mierda te importa?, pensó sin decir nada. Y como no respondió, como ignoró la pregunta mostrando su debilidad, fallándole a su madre muerta con su torpeza muda, Annelise sonrió de un lado de su cara e hincó el diente. «Hasta la forma en la que se peina es igual». «¿No le da miedo mirarse al espejo?». Pero lo que a Clara le daba miedo era estar a solas con su estudiante después de que, a la segunda semana de reunirse en el aula vacía del 5.ºB, Annelise la agarrara por el brazo y ella, horrorizada, la empujara haciéndola caer de culo contra el suelo. Todavía recordaba el espanto de saberse descubierta, el grito ahogado de criatura marina que le salió al ver a su alumna en las baldosas, agredida por ella, y la sorpresa en el rostro de Annelise. Y la alegría en el rostro de Annelise. Parecía una niña pirata mirando oro en el descalabro; oro en el descontrol y en el terremoto de las pupilas de su maestra. Clara creyó que se lo contaría a alguien, que iría al rectorado a decir que su profesora la había golpeado y que ella no podría decir que no era cierto, pero que igual lo diría. Lo negaría todo. La despedirían, pero ella nunca lo admitiría. Nunca diría que cuando una chica de colegio la tocaba era como si millones de agujas entraran en sus poros y hurgaran en su carne. Nunca diría que era como si cada uno de sus órganos empezara a descomponerse y un chirrido le naciera desde adentro de los tímpanos. Nunca diría que podría hasta mearse, orinarse encima como lo hizo frente a las atronadoras risas de las *M&M's*. Que podría hasta vomitar la sangre, el vientre, los pulmones y el corazón sobre la tierra. No lo diría porque la llamarían loca, frágil, menguante. Le acariciarían la cabeza e igual la despedirían, pero con lástima. Y entonces ya no habría posibilidad de que las cosas volvieran a ser como antes, como cuando cuidaba de la radiografía de la columna vertebral de su madre y los ataques de pánico carecían de otro motivo que no fuera el miedo primordial al miedo. El horror más puro: transparente, horizontal y febril.

Annelise Van Isschot no le contó a nadie lo que sucedió ese viernes.

O quizás sí, pero a sus amigas. Lo único que Clara supo con certeza fue que, al mantenerlo en secreto, su estudiante le había demostrado una vez más quién tenía poder sobre quién. Y ahora estaba la alumna arriba de la maestra y la hija en el occipital-río de la madre. Clara, que también fue una hija, supo ahogar a su progenitora con su liviandad tibia de neonata. «Mientras más te pareces a mí, más me parezco yo a ti», le decía Elena Valverde llorando porque Clara se le sentaba encima con todo el peso de su amor umbilical. «Parece que me hubieras recién nacido ayer». «Parece que me recién nacieras cada mañana». Clara compadecía a su madre muerta desde que sabía lo que era tener a una neonata sentándose encima de su cráneo. Una *baby born* de quince, casi dieciséis, que se alimentaba de ella como toda alumna se alimenta de su maestra. O como toda hija-drenadora-de-las-aguas-de-su-mami se alimenta de su origen. «Me enfermas», le decía Elena. «No eres una muchacha normal». Clara percibía que Annelise disfrutaba siendo el agente de su miedo igual que ella disfrutó, sin conciencia y sin piedad, siendo el agente del miedo de su madre. «Una muchacha normal no asfixia la mano que le da de comer». Pero una muchacha normal y corriente comía solo lo que estaba vivo; lo que respiraba, temblaba y humedecía el mundo, pensaba Clara cuando veía a sus chicas corriendo durante los recreos. Una muchacha normal digería la vida de los otros, las tibiezas de los otros, para calentar su sangre helada de reptil plutoniano. Y Annelise era ordinaria y engullía manos largas después de acariciarlas. Clara pensó que abusaría del conocimiento que tenía de su maestra, pero fue, durante un tiempo, una ama indulgente. Fingió que no había sido empujada. Fingió y le pidió que le enseñara el correcto uso de las comas porque quería aprender a escribir bien. «Quiero escribir cosas que den miedo», le dijo. Mantuvo la distancia, aunque a veces jugó a aproximarse demasiado, a arrimar el codo a su codo, a mirarla con una profundidad incómoda de shamana cimarrona. «Quiero escribir cosas que den mucho miedo». En los mejores momentos de las clases de castigo —cuando la conversación fluía a más de tres metros de distancia—, Clara le hablaba de su libro de los volcanes y Annelise de las películas de horror que veía, de la literatura de horror que leía y de los cómics de horror que prestaba de la biblioteca. «La erupción del volcán Tambora en el siglo XIX dejó los cielos de Europa cubiertos por una capa de gases y de ceniza, y fue ese ambiente tenebroso el que inspiró a Lord Byron a retar a Percy Shelley, Mary Shelley y John Polidori a escribir una historia de horror». En momentos así, Clara unía su libro de los volcanes a la literatura preferida por Annelise para mantenerla interesada y quieta. «De ese encierro volcánico en la casa de Lord Byron

surgió el monstruo de Frankenstein y el primer vampiro novelado de la literatura». A veces, si quedaba tiempo, le hablaba de algunas culturas que creían que los volcanes eran entradas a los infiernos. *The horror! The horror!* «Un volcán se parece a la mente de una persona: una montaña en donde la locura arde», le dijo luego de explicarle la relación entre volcanes, terremotos y apocalipsis. A veces a Annelise le interesaba escucharla hablar sobre cómo el miedo se nutría del paisaje. «Ya lo decía Lovecraft: el horror está en la atmósfera», le dijo durante un instante en el que olvidó que, si quería, Annelise podía estirar su brazo y tocarla. «Porque el miedo es una emoción», le dijo evitando sus ojos. «Y es la prueba de que lo primitivo nos habita».

Durante un tiempo sus sesiones fueron así. Y entonces la costra negra desapareció y Annelise le dejó un ensayo perverso sobre el escritorio.

Ese fue el comienzo del daño.

XXI

NOMBRE: ANNELOISE Van Isschot

Asignatura: Lengua y Literatura

Profesora: Clara López Valverde

CONSIGNA: “Escriba un breve ensayo en el que comente alguno de los cuentos de Edgar Allan Poe revisados en clase”.

Querida Miss Clara:

No voy a escribir sobre Poe. Disculpe que sea tan directa y que lo diga así, sin chiste, pero eso de hacer piruetas antes de caer sobre el centro de lo que se quiere decir me aburre. Como decía, no voy a hablarle sobre los cuentos de Poe, sino sobre la experiencia del miedo y, especialmente, sobre el horror blanco. Usted lo mencionó alguna vez, ¿recuerda? (aunque le parezca increíble, yo la escucho con atención). Hablamos de él cuando nos hizo leer en clases un capítulo de *Moby Dick*, “*The whiteness of the whale*”. Pues bien, en mi ensayo hablaré de eso: del horror blanco. Pero no a partir de Melville, sino de lo que yo siento y de lo que creo que usted siente. Así que, en realidad, este no será un ensayo, sino una confesión o un intento de compartir algo muy íntimo con usted. Decidí hacerlo de esta manera, como si fuera un *mail* o una carta, porque es más fácil dirigirme a una persona en concreto mientras escribo. Después de todo mi destinatario es usted, no un ser abstracto ni toda la humanidad. Escribir para toda la humanidad, como hacen los ensayistas, es escribir para nadie (ellos escriben para sí mismos o para hacer que otros piensen que son muy inteligentes). Por eso nunca me han gustado ni los diarios ni los ensayos. Prefiero comunicarme con alguien real, alguien a quien tenga algo importante que decirle, y no con lectores imaginarios. Lo encuentro más honesto que fingir o algo así. Además, me ayuda a estar segura de lo que quiero contar, porque si la gente fuera sincera admitiría que nadie le cuenta lo mismo a su mamá que a su amiga o a su

profesora: todos decimos cosas distintas según a quien le hablamos, y no estamos mintiendo, sino que cada persona nos hace decir una verdad única y ajena a las otras muchas que llevamos dentro. Por ejemplo, esto está pensado solo para usted. Cada una de estas líneas son como son porque están escritas para mi profesora de literatura, quien me las arranca del cuerpo desde el centro de mi mente. A nadie más podría decirle lo que ahora voy a decir.

Esta escritura es una de las cientos de verdades que existen en mi cabeza.

Es cierto que a Fernanda y a mí nos gustan las películas de terror. De hecho, eso fue lo que nos llevó a la literatura. Cuando vimos *El inquilino* de Polanski nos lanzamos a leer la novela francesa que la inspiró. Hemos leído todo Stephen King y también los filmes basados en sus libros. Tal vez esto la decepcione, Miss Clara, pero lo único que quiero es ser honesta: fuimos a la literatura porque queríamos asustarnos de verdad, no por amor al arte o todas aquellas cosas que usted nos dice en clases. Y los libros (bueno, algunos) dan mucho miedo. Creo que es porque nada de lo que se cuenta en ellos puede ser visto, sino apenas imaginado. Cuando leí a Lovecraft, por ejemplo, lo primero que pensé fue que sus mejores cuentos no podrían ser llevados al cine sin ser transformados en otra cosa. No había visto películas basadas en lo que escribió, pero las busqué para confirmar mi teoría (mi teoría era que una adaptación al cine de un relato de Lovecraft jamás podría asustar a nadie porque el horror cósmico no tiene imagen). Ese es su problema y principal virtud: no puede verse, por eso genera tanto espanto. Y no me refiero a un espanto que te haga temblar y tener pesadillas, porque el horror cósmico no hace eso, sino a una inquietud, algo así como una presencia sentada al fondo de ti. Esa presencia no es una persona, ni una cosa, ni un animal. Carece de forma, pero se compone por todo lo que no puede ni siquiera pensarse. Por eso el horror cósmico (que se parece un poco al horror blanco, aunque esto lo explicaré luego) no tiene nada que ver con fantasmas, demonios, zombies, vampiros u otras criaturas peligrosas que pueden ser destruidas (sí tiene que ver con lo extraterrestre, pero no al modo de *The X-Files* sino a lo Pennywise en *It*), porque en Lovecraft lo extraterrestre y lo monstruoso es, como usted sabe, lo indescriptible; una metáfora de lo desconocido e inmensamente superior (es casi místico y supera a su referente). De todos modos, lo extraterrestre no importa porque, en el fondo, todo esto se trata de una cosa más grande y abstracta. Pero volvamos a la presencia a la que me refería: es algo informe y monstruoso que pareciera siempre haber estado allí. El verdadero horror cósmico es eso, y una vez que se ha revelado (porque sí: es una revelación), permanece al fondo de nuestra mente hasta que nos destruye.

¿Cómo podría llevarse eso al cine, Miss Clara, sin volverlo ridículo? (y, como usted sabe, uno no puede temerle a aquello de lo que se ríe). Incluso si se hiciera una buena película sobre el horror cósmico esta tendría que sacrificar el horror (parte esencial de sí) y transformarse en un *thriller*. Sería una película “sobre” y no “de” (como esta carta/ensayo en la que hablaré del horror blanco, pero que de ninguna manera es horror blanco). Además, el horror cósmico tampoco puede ser descrito como se describiría el ataque de, digamos, un hombre lobo, porque aquellos que lo experimentan son incapaces de comprenderlo y, cuando por fin se acercan a su significado, se dan cuenta de que no tienen palabras suficientes para hablar de ello; que está más allá del lenguaje y que, desde ese momento hasta el final de sus días, deberán cargar en soledad con esa revelación incompleta e incommunicable. “Tekeli-li”, por ejemplo, es el sonido sin significado que inventó Poe para el horror blanco. Y no es casual que Lovecraft, quien tenía clara la relación entre el horror blanco y el horror cósmico, haya terminado usando ese mismo sonido para su única novela, *At the Mountains of Madness* (que al igual que *The Narrative of Arthur Gordon Pym* se desarrolla en la blanquísima Antártida). “Tekeli-li” es lo que el horror blanco y el horror cósmico tienen en común, ¿no lo cree?: su capacidad para implosionar el lenguaje. Esto solo puede funcionar en la literatura porque allí las palabras son como matrioskas o, como usted dijo en clase, una “puesta en abismo” dentro de nuestra imaginación. Creo que ahora entiendo lo que quiso decir: las palabras abren puertas inhóspitas e invisibles en nuestras cabezas y cuando estas puertas se abren ya no hay vuelta atrás. Pero en el fondo quiero hablarle de otra cosa: de cómo todo esto se relaciona con el horror blanco, con lo desconocido y con lo que no se puede entender y, también, de cómo se relaciona con usted y conmigo y con lo que creo que nos une de una forma especial (llegaré a este punto dentro de un rato, Miss Clara, así que le ruego que no deje de leerme).

Lo desconocido, decía, obviamente es siempre terrorífico, pero lo horrible, lo que en verdad nos petrifica los órganos, es lo que conocemos a medias; lo que tenemos cerca y, a pesar de ello, somos incapaces de entender. Voy a explicarlo: cuando uno desconoce alguna cosa siempre puede tener la esperanza de llegar a conocerla en el futuro, pero ¿qué haces con algo que siempre has tenido enfrente y que de repente se muestra irreconocible e impenetrable? Lo horrendo, quiero decir, no es lo desconocido, sino lo que simplemente no se puede conocer. En Lovecraft esto está relacionado con seres atávicos y extraterrestres, con mitologías y orígenes, pero en el fondo se trata de una presencia informe que nos sobrepasa, que va más allá de nuestras

pequeñas existencias y que responde a fuerzas inexplicables de nuestras y otras naturalezas. Esta presencia puede ser cualquier cosa, incluso una idea o una percepción del mundo o de las personas que nos rodean. Pero no es algo que solo surja del interior de alguien, sino también de su relación con el exterior. Por ejemplo, cuando comentamos el cuento sobre el gato negro usted dijo que Poe nos daba pistas de que el narrador estaba loco (su alcoholismo, su mal carácter, sus ideas extrañas sobre su mascota...). Si solo leyéramos el cuento de esa manera se trataría de la historia de un demente que acaba matando a su esposa y, como es un narrador en el que no se puede confiar, sería tonto que le creyéramos su versión de los hechos. Pero (y esto es algo que quería decirle en la última clase, aunque no me atreví) lo que realmente nos da miedo como lectores es ese pequeño agujero en donde cabe la posibilidad de que el narrador estuviera diciendo la verdad. Si su historia fuera cierta entonces no habría explicación posible, lógica o racional que nos ayudara a entender lo que pasó. Tendría que tratarse de algo espantoso y oscuro encarnado en el gato, es decir, en lo familiar, que solo el narrador fuera capaz de percibir; algo que estuviera más allá de nuestro entendimiento. ¿No es esta una lectura que se acerca un poco al horror cósmico de Lovecraft? Sé que Poe escribió otra clase de horror, pero ¿no es el horror cósmico, a fin de cuentas, esa tensión entre la revelación que ocurre en la mente de alguien y el agente externo que la desata? Es decir, no se trata de la locura de una persona ni de una horrible realidad sobrenatural de la que hay que intentar escapar (aunque no sirva de nada), sino de ambas situaciones y, a la vez, de ninguna. Es una sensación: la de que existen cosas, asuntos materiales, que habría sido mejor no haber intuido nunca.

Y aquí viene lo interesante, Miss Clara: el horror blanco se parece al horror cósmico en esa sensación mística. El blanco, como usted dijo en clases, representa la pureza y la luz, pero también la ausencia de color, la muerte y la indefinición. Representa lo que con solo mostrarse anticipa cosas terribles que no pueden ser conocidas. Es un color tan luminoso y tan limpio que pareciera estar a punto de enturbiarse, a punto de alcanzar su palidez perfecta. En otras palabras, el blanco es como el silencio en una película de terror: cuando aparece, sabes que algo horrible está próximo a suceder. Esto se debe a que se pervierte y contamina con facilidad. De hecho, uno de los aspectos que inquieta de la blancura es que es pura potencia y siempre está demasiado cerca de convertirse en cualquier otra cosa. ¿Lo ve? El contraste entre lo mejor y lo peor que el blanco trae a la imaginación es tan grande que me provoca escalofríos. Por eso la experiencia del horror blanco es la del

deslumbramiento; no la del miedo que proviene de lo que se esconde dentro de la sombra, sino la de lo que se revela en la luz brillante y desaturada y nos deja sin palabras. Por ejemplo, sé que el horror que usted siente hacia nosotras surge de la revelación de algo imposible de conocer y no de lo que está oculto. La he observado y no se trata del miedo que nos tienen los profesores nuevos porque sienten que no pueden controlarnos y ven su autoestima en peligro (“¡ay, no les interesa lo que digo!”, “¡ay, no soy bueno en mi trabajo!”, “¡ay, soy un inútil y un fracasado!”). No, el de usted es un horror real que es físico y metafísico a la vez. En cualquier caso, siento que usted y yo tenemos en común un acercamiento real a un miedo diferente que no todos comprenderían aunque intentáramos explicarlo. He visto cómo tiemblan sus manos cuando está cerca de nosotras. Hace dos semanas, por ejemplo, Fernanda le tocó el hombro y usted se recogió como un ciempiés. La piel de su cara se volvió húmeda y a todas nos pareció una criatura sin párpados extraída a la fuerza del agua. Recuerdo que me pregunté en ese momento si sería posible, para cualquier otra persona que no fuera usted, mantener los ojos abiertos durante tanto tiempo. Admito que me pareció inhumano y asqueroso (hay gestos que nos separan de los monstruos y parpadear es uno de ellos). En fin, después de que me empujara yo la he tocado también por accidente, ¿recuerda? La semana pasada rocé su brazo cuando sonó el timbre del recreo y usted soltó un pequeño grito. No fue un quejido: fue un grito diminuto, como una aguja atravesando una uña, igual que aquella vez en la que me empujó. Si hubiera podido verse entendería por qué conozco su secreto. En ese instante corroboré que usted no tolera que la toquemos o que estemos cerca de su cuerpo. Es como si sintiera una especie de repulsión hacia nosotras, algo que la hace dejar de parpadear. Esto no le ocurre con los adultos porque la he visto besar las mejillas de otros profesores y apretar las manos de los directivos con normalidad. Antes creía que su seriedad dentro del aula respondía a su estilo de dar clases, pero ahora sé lo difícil que es para usted compartir un salón con más de veinte adolescentes que, en cualquier momento, podrían aproximarse. ¿Le teme a nuestra juventud, Miss Clara? No, eso no tendría sentido porque usted es joven. Además, todos aman la juventud. Entonces ¿qué es lo que la espanta tanto de nosotras? Y aquí es donde empieza mi teoría: tal vez sea nuestro estado intermedio. Somos, después de todo, personas que no están ni en la infancia, ni en la adultez, sino en una especie de limbo vital, en la “etapa de formación definitiva del carácter”, según lo que dice la rectora y Mister Alan. Hay una especie indefinición peligrosa en la adolescencia, un vacío, una potencia que puede

dispararse hacia cualquier lugar y que la hace muy distinta, incluso opuesta, a todas las demás edades. He pensado mucho en esto. Hay preguntas en torno a su condición que no puedo responder, lo admito, pero otras las resolví pronto. Por ejemplo, concluí que su miedo es reciente, porque si lo hubiera sentido antes no se habría convertido en una profesora de BGU, ¿verdad? Nadie en sus cinco sentidos habría escogido una profesión en la que debe estar junto a aquello que más teme. De hecho, es bastante probable que su miedo tenga origen en lo que le pasó en ese colegio. Tuvo que ser una experiencia difícil, pero mi papá me dijo que esas chicas fueron castigadas, aunque eso no es lo importante, ¿cierto? Usted no les tiene miedo a ellas, sino a su edad, es decir, a un determinado tiempo de los cuerpos. Una vez Mister Hugo nos dijo que el tiempo era una ilusión con la que medíamos los cambios y que, incluso, hay científicos que afirman que no existe. Sea como sea, temer a una edad que representa el vacío y la indefinición, pero también la posibilidad de muchas cosas, la potencia de ser, es una experiencia similar a la del horror blanco. Para usted, nosotras, que somos la pubertad, la nada y el todo, también somos una forma especial de la materia orgánica que nos hace vulnerables a un tipo de posesión. Pero no me refiero a una posesión demoníaca, porque entonces estaríamos hablando de lo maligno según criterios judeocristianos y el horror blanco supera esa idea de que nosotros, los hijos de Dios, somos el centro de una batalla universal entre el bien y mal. En este caso hablo de una posesión diferente. Es como si usted creyera que tras la muerte de la infancia algo amenazante abriera los ojos al interior de nuestros estómagos, respirando, comunicándose, algo que está desde la creación o incluso antes. Este despertar conecta nuestra edad, cúmulo de todas las adolescencias, a una naturaleza que no es benigna ni maligna: simplemente es. Y su color es blanco como Moby Dick, el Ártico y la Vía Láctea, porque revela algo incommunicable y lo expone. Incluso he pensado en escribir una teoría sobre esto. Si lo hiciera, ¿la leería, Miss Clara?

Le voy a contar la primera vez que me di cuenta de su horror a la adolescencia. Creo que fue hace un mes, o quizás un poco más, durante una de sus clases. Fernanda y yo hablábamos en voz muy baja mientras usted describía las características de la literatura gótica. No es que no nos importara lo que estuviera diciendo, sino que discutíamos por una tontería y estábamos a punto de enojarnos, como ahora. Quizás sepa lo que es estar en un momento así, a punto de decirle una cosa equivocada a alguien solo porque esa persona ha dicho algo equivocado. Bueno, en esa situación estábamos Fernanda y yo. De cualquier modo, usted se cansó de esperar a que hiciéramos silencio y nos

llamó por nuestros apellidos o, mejor dicho, los gritó como en el servicio militar de las películas. Creo que fue en ese instante, o poco después, cuando Ximena se desmayó. Su cuerpo, a dos sillas frente a mí, se desinfló y su cabeza rebotó contra el suelo como si su cráneo fuera una caja hecha de carne, pero sin nada en su interior. Todas nos pusimos de pie y usted se quedó paralizada, con los pies muy juntos encima de una baldosa rota. Tiene que entender que nosotras esperábamos algo de su parte, una reacción cualquiera: tal vez una orden, no lo sé. Entonces, Fiorella dijo que había que llevar a Ximena a la enfermería e intentó levantarla con la ayuda de Natalia. Ellas fueron las primeras en reaccionar, pero no pudieron cargarla porque pesaba mucho y los brazos y las piernas de Ximena se les resbalaban y la caja de carne volvió a rebotar, esta vez, contra la pata de una silla. Usted habría podido cargar a Ximena, Miss Clara, o al menos intentarlo, que es lo que se supone que debe hacer una maestra: intentar. Sin embargo, ni siquiera se movió de su sitio. Todas pensaron que entró en *shock* por la situación, pero yo no. Una profesora suele estar lista para fingir que está lista. Así que mientras las demás permanecieron pendientes de Ximena, yo permanecí pendiente de usted. Algo en la postura de su cuerpo, inmóvil en el centro de una baldosa quebrada, me impactó más que ninguna otra cosa. Supongo que fue el miedo que leí en su parálisis lo que me hizo olvidarme de Ximena. Le aseguro que no parpadeó ni un instante y que sus ojos se convirtieron en la parte más lejana del aula. Recuerdo que Raquel se le acercó y usted se echó para atrás mirándola como si la hubiese insultado, como si todas la hubiésemos insultado, antes de salir corriendo a pedir ayuda. Esa fue la primera vez que me di cuenta de que había algo extraño en su relación con nosotras; en la forma en la que nos miraba y nos hablaba, a veces como si no existiéramos o como si estuviéramos a punto de arrancarle una oreja. Me quedé pensando en la baldosa, en su cuerpo, en sus párpados y en la forma que tuvo de negarse a socorrer a Ximena porque eso habría implicado tocarla. Así fue como empecé a entender lo que necesitaba para armar mi teoría. Seguro que antes no era un problema para usted tocar o rozar a sus estudiantes, pero tuvo una revelación, intuyó algo que no puede entenderse del todo: la edad blanca adentro de su mandíbula, y ya nada fue igual.

Mientras me lee usted debe de sentirse desnuda, como si yo le estuviese arrancando la ropa en público o algo así. Tal vez estoy haciendo eso, pero no en un escenario. Aquí solo estamos las dos: es algo íntimo, aunque forzado, ya que probablemente usted no querría que yo le escribiera todo esto. Aun así le pido que continúe leyendo. Admito que hubo días en los que la observé

durante los recreos abrazándose a un libro, expuesta fuera de la sala de profesores, obligada a vigilarnos bajo un sauce a metros de la cancha de básquet y de la terraza de la cafetería, y me sentí culpable, como si estuviera haciendo algo muy malo. Esa sensación tonta me duraba poco porque, cuando lo pensaba bien, entendía que no estaba invadiendo su privacidad; yo no la espiaba a través de una ranura, sino que la observaba en espacios abiertos y compartidos. Sería estúpido sentirme mal por notar algo que otros no, ¿verdad? Entonces la culpa se me iba y podía continuar estudiándola sin remordimientos. Gracias a eso he notado detalles curiosos. Por ejemplo, la forma en la que usted finge leer cada vez que un grupo se le aproxima durante el recreo, no para hablarle, sino para cruzar al otro lado de la cancha o sentarse junto a los geranios, pero usted, ante la duda, abre el libro en cualquier página y simula una concentración que yo sé que no existe porque su atención está, en realidad, en las decenas de cuerpos en edad blanca que andan a su alrededor. Todos los profesores hacen sus guardias con aburrimiento (Miss Ángela pasa el rato conversando con sus alumnas de primer año al pie de la cafetería; Mister Rodrigo se saca la mugre de las uñas con un clip, ¡qué asco!). No creo que nadie más que yo haya notado que usted es la única que lo hace con inquietud. Sus movimientos la delatarían ante cualquiera que se tomara la molestia de fijarse: cada pocos minutos busca las manecillas del reloj y evita hacer contacto visual con alguna de nosotras como si nuestros ojos fueran avispas o arañas. Me encantaría estar adentro de su cabeza para comprobar que lo que digo es cierto; que nos teme por nuestra edad. Tal vez usted vea el pálido cadáver de la niñez atado a nuestros talones; tal vez vea, en la adolescencia, una blancura espectral y perfecta, parecida al paisaje de *At the Mountains of Madness*, a la última visión de Arthur Gordon Pym y a los dientes del monstruo de Frankenstein. Es decir, un blanco que despierta lo más sórdido en la imaginación. Y no es que esté idealizando la infancia, pero todo lo que viene después de ella es siempre peor, ¿no lo cree? Si fuimos niñas malas, cuando crecemos somos aún más viles. En la adolescencia puede aflorar lo más bello o lo más horrible, como en lo blanco puede existir tanto la pureza como la podredumbre. Hay algo en estos años que permanece reticente a la norma y que no es igual a la rebelión de la infancia. Voy a explicarlo: cuando somos pequeños estamos demasiado ocupados descubriendo el mundo a través de juegos y relatos. La ficción nos sirve para experimentar todo lo que nos está prohibido todavía. El ansia de realidad viene después, con la pubertad. Nuestro cuerpo cambia. Nuestra mente cambia. Y es como si, de repente, estuviéramos poseídas por una

blancura (es decir, por esa potencia de mancharnos) y esa blancura fuera una presencia ubicua en el tiempo de los hombres. Algo parecido al caos reptante de Lovecraft, ese monstruo primigenio que puede tomar la forma de cualquier cosa, o a Pennywise. La edad blanca, en mi teoría, sería el tiempo de los cuerpos en donde es posible la manifestación de esa blancura, de esa potencia primordial a la que llamaré Dios Blanco (y que es mucho más que solo otra versión de mi Dios *drag-queen*, se lo aseguro). Intente imaginarlo, Miss Clara: yo no puedo describir su forma original, porque no tiene una, pero podría adquirir la apariencia de todo lo que existe en el universo. Lo único que sabemos es que los cuerpos púberes son, y han sido siempre, marionetas sensibles a su presencia. Quizás usted vea el peligro de ese Dios en nuestra metamorfosis corporal: pezones que se levantan, vello que se abre camino en zonas inesperadas y que enrarece la piel, manchas, acné y sangre. Son transformaciones que nos van vaciando de todo lo que fuimos y en cada una de ellas está él: avivando una conmoción mórbida y anticipando lo terrible. He decidido llamarlo Dios Blanco porque desde el principio los seres humanos nos dimos cuenta de que había seres antiguos, enormes e incomprensibles que podían destruirnos, y nos dimos cuenta de esto a través de la brutalidad de la naturaleza. Mucho después vinieron personas como Mister Alan a hablarnos de un Dios benevolente y amoroso para calmar ese miedo originario a los dioses despóticos, pero primero estuvieron ellos: los dioses sanguinarios y crueles que lanzaban sobre nosotros hambrunas, plagas y caos, sobre todo caos. Las primeras divinidades eran aterradoras. Nunca le he dicho esto a nadie, y le ruego que no se lo comente a Mister Alan, pero creo que los dioses originarios son los dioses reales. Creo que, si hay alguien o algo mirándonos, alguien o algo que podría acabarnos con un estornudo, no es nada que podamos entender ni descifrar; no es nada que conozca conceptos humanos como el amor, ni nada a lo que le importemos en lo más mínimo. Los primeros hombres veneraban a estos seres eternos porque les temían. Todas las religiones fueron construidas sobre ese miedo y al miedo lo llamaron “Dios” para nombrarlo y suplicarle clemencia. Por eso (porque Dios es miedo) llamo Dios Blanco a la blancura que se manifiesta en los cuerpos en edad blanca. ¿Qué opina? Mi teoría podría convertirse en un relato lovecraftiano que no tuviera nada que envidiarle a los mejores imitadores del género. Desde el principio han existido cientos de rituales y cultos a la sexualidad, grupos humanos que han adorado a dioses masturbadores o con miembros gigantescos como San Biritute. El Dios Blanco es la manifestación aglutinadora de todos esos dioses: el despertar de la sexualidad en la

adolescencia y sus cambios incómodos sobre el cuerpo son solo una puerta abierta a su presencia. Porque, si se detiene a pensarlo, no hay nadie más perversible y contaminable que un adolescente. Lo siento en este mismo instante: mientras le escribo, siento ganas de convertirme en algo peor de lo que soy. Pienso y siento cosas que no pensaba ni sentía cuando era una niña. Cosas malas y sucias. Cosas que podrían lastimar a otros. Cosas que salen de mí misma y que me asustan y que jamás se las contaría al numerario Tito. En esto se origina mi teoría: en el horror a un tiempo de los cuerpos que los convierte en posibles detonadores de los impulsos más desenfrenados y violentos. Pero hay más, mucho más. Porque para hablar de horror blanco necesitamos una revelación de lo que no puede conocerse: una claridad enmudecedora.

De todos modos, no quiero que se sienta avergonzada por tener miedo de algo diferente a lo que temen los demás; al menos no conmigo. Yo también estoy asustada de mi edad de leche. No sabría decirle cuándo empezó (quizás hace tres o cuatro años), porque se trata de un descubrimiento que fue creciendo poco a poco en mi cuerpo y en mi mente. De niña nunca fui asustadiza: jamás me oriné encima ni desperté a mis padres por un ruido inexplicable debajo de la cama. Esto no significa que no hubiera conocido el miedo antes de la pubertad, sino que lo había vivido siempre como un juego (sentir miedo es muy distinto a sentir horror, pero eso usted ya lo sabe). Cuando empecé a leer a Lovecraft en la biblioteca del colegio entendí que mi horror era muy similar al que sentían los personajes de sus historias. Después de tanto tiempo leyéndolo a él, a Poe, a Chambers, a Machen, a Shelley, y de diseñar, junto a Fernanda, cómics con vampiros, súcubos y otras criaturas, creo que solo hay alguien en el colegio que conoce mejor que yo la literatura de horror: usted. Tanto para Fernanda como para mí fue muy importante que nos hiciera leer ese capítulo de *Moby Dick* dedicado a la blancura de la ballena. Todas las señales que pasamos por alto en los cuentos y novelas que habíamos leído, de repente, adquirieron un nuevo sentido: desde la enorme ballena de Melville hasta la exploración de la Antártida de Poe y Lovecraft, el Ártico donde escapa la criatura de Shelley, el hombre con apariencia de “gusano blancuzco de tumba” de Chambers, el Gusano Blanco de Bram Stoker, el pueblo blanco de Machen, la blancura de los fantasmas y de los cadáveres... La totalidad y la inmensidad de la nada se condensan en esa claridad máxima que no se desprende de ningún color. La mística de Lovecraft es una mística sobre el vacío, es por eso que el horror blanco se relaciona con el horror cósmico. Lo que más me gusta de sus relatos es que

sus dioses, sus seres antiguos y primordiales, sus criaturas enormes y poderosas a un nivel inimaginable para la raza humana, no son nada parecidos a los dioses de las religiones que conocemos. No tienen ninguna característica humana, por lo tanto, son terribles, pero no porque representen el mal. No son Belcebú o Lucifer. No son malignos. No existen para tentarnos o arrastrarnos hacia la oscuridad, como en la mitología cristiana en donde nosotros somos el centro de la creación. Lo interesante de los Antiguos de Lovecraft es que no pueden ser comprendidos desde esa forma de pensar. Cuando la idea del bien y el mal desaparece, lo único que queda es la naturaleza y su violencia. Pienso que si existe un solo Dios, es decir, un Antiguo, una criatura eterna, todopoderosa, que podría desaparecernos con un pestañeo, este tendría que ser alguien a quien no le importáramos en lo absoluto y que jugara con nosotros como si fuéramos un entretenimiento más dentro del vasto universo. Piénselo, Miss Clara: con todas las cosas que pasan día a día en este mundo, ¿tiene sentido que exista algo parecido al Dios cristiano? Cada mañana, cuando voy al colegio, veo a través de la ventana a decenas de niños pidiendo limosna junto a los semáforos. He leído que cada minuto mueren cientos de personas por hambruna en distintas partes de la Tierra y que, para que yo use la computadora con la que ahora escribo esto, hay otras tantas que mueren en minas de coltán. En este mismo momento, en alguna parte del globo terráqueo, hay mujeres a las que se les está cortando el clítoris, niños vendidos, personas estallando en pedazos o ahogándose en el océano, y nada de esto tiene que ver con el mal, sino con la naturaleza humana fracasando en su autodomesticación. Sé que es reconfortante creer que hay alguien o algo superior que nos cuida y que tiene un maravilloso plan para nuestras vidas, pero si lo pensamos seriamente ni los discursos más profundos de Mister Alan podrían hacer que ese Dios fuera creíble. Esta es la conclusión a la que llegué de la mano de Fernanda y que ninguna de las dos hemos compartido con nuestros padres. Las dos entendimos que para el único Dios que existe, el Dios Blanco, no somos más que hormigas. ¿Ha esquivado usted a una hormiga para no pisarla, Miss Clara? ¿Ha saltado o se ha detenido para salvarle la vida? Nadie movería un solo músculo, o dejaría de moverlo, por la vida de una hormiga. Quizás lo haríamos por la vida de un conejo, o de un pollo, o de un cerdo. A veces las personas frenan a raya cuando un perro cruza la carretera, pero ¿lo harían por una hormiga? La razón de esta discriminación es que son tan pequeñas que pareciera que el mundo no cambiaría con su ausencia. Además, su muerte es limpia y casi invisible: sin sangre, sin ruidos molestos y sin el espectáculo a gran escala de la

descomposición. Pero también hay otra razón, y es que si tuviéramos que preocuparnos por la vida de cada hormiga en el mundo nos volveríamos locos. Jamás podríamos movernos sin temer asesinar brutalmente a una de ellas. Pues bien, esto es lo que somos para los Antiguos de Lovecraft y para el Dios Blanco: hormigas que corren por el inmenso espacio en donde lo inexplicable se mueve. Y una vez que esta verdad se nos revela, un nuevo vértigo (el horror que nos provoca ser conscientes de nuestra fragilidad) se abre. Al menos las hormigas no pueden conocer su propia pequeñez cósmica, pero nosotros, aunque vivimos ignorándola, tenemos la capacidad de descubrirla. Podemos darnos cuenta de nuestro verdadero tamaño, de nuestra insignificancia respecto a la naturaleza y al universo. Y después de eso lo único que nos queda es la locura: el horror mayúsculo que destruye todo sentido.

Supongo que lo que quiero decir es que saberse hormiga, a punto de morir a cada segundo como la cría de un cocodrilo en la mandíbula de su madre, es vivir dentro del horror blanco. Lo que la blancura revela, esa cosa que no se puede conocer pero que de repente ocupa nuestra mente, nos hace caer en cuenta de lo débiles que somos. Imagino que usted se siente así de minúscula desde que sus exestudiantes le hicieron lo que le hicieron (quizás en ese momento tuvo lugar su revelación). Yo, sin embargo, lo descubrí en mi propio cuerpo. Después de todo, si mi horror no fuera parecido al suyo, si el blanco no fuera la metáfora ideal, si no hubiese leído ese capítulo de *Moby Dick*, jamás habría podido entenderla como ahora porque jamás habría podido entenderme a mí misma. Intentaré explicarlo mejor: para mí, el miedo a la edad blanca empezó mientras mi cuerpo cambiaba. Primero, un olor rancio. Después, unos pezones como hematomas levantándose y doliendo al roce. Luego, los fluidos vaginales iguales a mocos frescos y blancuzcos. El pelo retorcido. Las estrías. La sangre. Eso incompleto e indefinido que le repugna de nosotras es igual de repulsivo para mí. La infancia termina con la creación de un monstruo que se arrastra por las noches: un cuerpo desagradable que no puede ser educado. La pubertad nos hace hombres y mujeres lobo, o hiena, o reptil y, cuando hay luna llena, vemos cómo nos perdemos a nosotros mismos (sea lo que sea que seamos).

Hace poco escribí un poema sobre esto:

*Al fondo de mí hay una madre sin cara:
un Dios
de tentáculos aéreos
atravesando la estación más blanca de la naturaleza.*

*Su pecho es un patio de hortalizas mordidas;
un estanque madre de las anacondas
un útero deambulante
una mandíbula
que moja mi corazón
con su perfecta leche.*

Escribir, como ya se habrá dado cuenta, se me da bien. Fernanda dice que prefiere mi prosa, pero a veces escribo poemas porque los poemas dan mucho miedo. Por ejemplo, ahora se me acaba de ocurrir un verso para hablar de la menstruación: “Mi útero carnívoro: una planta que deglute insectos de sangre”. No sé cómo habrán sido sus cólicos durante la adolescencia (dicen que el dolor se reduce con la edad), pero los míos son tan fuertes que me hacen sudar y vomitar un líquido denso y transparente parecido a la baba del monstruo de *Alien*. A veces, cuando el dolor es así de intenso y se extiende durante horas, me desmayo. En realidad, solo me he desmayado dos veces, aunque me gustaría que hubiesen sido más porque entonces el dolor se esfuma igual que el tiempo cuando dormimos. De todas formas, en esos instantes es como si mi útero se masticara y no hubiera ninguna otra cosa en el mundo aparte de ese canibalismo interno. En la edad blanca el cuerpo nos somete, pero también nos someten los cuerpos de los otros. Cuando cumplí once años empecé a notar, por ejemplo, que los hombres me miraban de una forma extraña. Ellos, y algunas mujeres, me miran diferente desde entonces, como si tuvieran un caracol en las pupilas. Seguro sabe a lo que me refiero, Miss Clara. Esos ojos me recorren en la calle y en el colegio. Jóvenes y ancianos tienen las mismas lenguas babosas asomándose fuera de sus bocas, y todo esto ocurre mientras mis caderas se abren y mi voz se parece cada vez más a la de una sirena de Disney. Es como si tuvieran manos en los ojos y mis senos se hincharan al mismo tiempo que sus dedos. Hace cinco meses, en una fiesta familiar, atrapé a mi tío mirándome las piernas (Fernanda dice que eso es normal y que todos los tíos, especialmente los políticos, son unos cerdos). De cualquier manera, estos cambios me han afectado más de lo que afectan a otras personas. Mis amigas, por ejemplo, no lo entenderían. Ni siquiera Fernanda lo entendería, aunque ahora da igual porque ya no nos hablamos. A veces tengo pesadillas en las que soy violada por mis profesores, por el jardinero, por mis tíos, por mi hermano, por mi padre... ¿Lo ha pensado alguna vez, Miss Clara? ¿Ha pensado lo fácil que es para cualquier hombre violarnos? Es como si estuviéramos hechas para ello, para ser embestidas por la fuerza, no solo por hombres, sino por nuestras madres. De pequeña, mi

mamá solía bañarme. Lo hizo hasta que cumplí los diez años porque, según ella, yo sola no me limpiaba bien. A decir verdad siempre se quejó de mi higiene, pero le aseguro, Miss Clara, que yo fui una niña muy limpia. En cualquier caso, mi madre solía hablar de todo tipo de cosas mientras me bañaba (del colegio, de la iglesia, de mis tías, del fin de semana, de las empleadas domésticas, del numerario Tito, de la prelatura) y siempre, de una u otra manera, acababa por contarme horribles casos de niñas secuestradas, violadas y asesinadas que veía, con cierta fascinación, en un canal de televisión que solo emitía ese tipo de crímenes. Empezaba a contarme sus historias con un “no sabes lo que le pasó a una niña por hablar con un extraño” o “por desobedecer a su mamá y salir de casa sola” o “por no saber decir que no” (en sus relatos lo que pasaba siempre era culpa de la niña). Y después de narrarme los detalles más escabrosos me repetía, una vez más, cuáles eran las zonas de mi cuerpo que nadie, a parte de ella, podía tocar. Me decía: “Si un día estás perdida y alguien te dice que te va a llevar a casa con nosotros, no le creas, porque puede ser un hombre malo. Tampoco puedes confiar en las mujeres, porque existen mujeres malas que se llevan a las niñas para luego entregarlas a hombres malos y Anne, cariño, solo puedes confiar en tu familia; el mundo está lleno de personas malas que quieren hacerle cosas terribles a niñas guapas como tú. Hay hombres enfermos que quieren meter sus dedos y otras cosas en ese lugar secreto y delicado por el que haces pipí. Si eso pasara te dolería mucho y quizás hasta te morirías como esas otras niñas que salen en la televisión. Por eso debes ser obediente, no alejarte de mí cuando salimos y sentarte bien. Es muy importante que te sientes bien. Si no te sientas bien, hombres malos podrían ver tu lugar secreto y tener ganas de raptarte para hacerte cosas malas. Tampoco debes mostrarle la lengua a nadie porque podrías darle ideas extrañas a hombres malos, muy malos. Así que, Anne, cariño, debes sentarte bien y cerrar bien la boca, ¿entiendes?”. Pero sus palabras eran fastidiosas y no significaban nada para mí. En realidad, detestaba que me bañara porque su anillo de matrimonio se metía entre mis nalgas y en mi vulva y la sensación era fría y desagradable, justo como imaginaba que se sentiría si un hombre malo me metía sus dedos más gordos y toscos que los de mi madre. Fue mucho después, cuando mamá decidió que ya era lo suficientemente grande para bañarme sola, que empecé a preocuparme por la forma en la que me sentaba delante de mis profesores, tíos, primos o amigos. Incluso tenía cuidado de sentarme correctamente, con las piernas cerradas, delante de mi padre y de mi hermano. También desarrollé un asco especial hacia cualquier hombre que llevara anillos, sobre

todo si eran grandes y brillantes como los de mi madre. Quizás esta preocupación empezó al mismo tiempo que noté que los hombres habían dejado de mirarme como a una niña. O no. Da igual. Lo importante es que pronto se convirtió en una obsesión para mí sentarme siempre con las rodillas muy juntas y alejarme de la gente que usaba anillos. Ni siquiera cruzaba las piernas porque eso hacía que la falda del colegio, o de los vestidos que mamá me obligaba a usar, se elevara unos centímetros y, si en algún momento alguien se daba cuenta y me miraba (y ese alguien era un hombre y, además, usaba anillos), me sentía culpable y enferma. Con el tiempo he logrado sacar de mi armario las faldas y los vestidos, pero al colegio tengo que llevar puesto el uniforme. ¿Por qué son tan distintos los uniformes escolares para chicos y chicas, Miss Clara? ¿Por qué nosotras tenemos que usar falda? Me ha costado mucho reconciliarme con eso y con los anillos. A veces, durante las clases, me olvidaba de mi cuerpo y, sin querer, abría tanto las piernas que cualquiera que hubiese estado en frente habría podido ver mi calzón. Cuando eso pasaba me daban temblores y arcadas, sobre todo si tenía a un profesor, y no a una profesora, delante. Lo más terrible que podía imaginar era que Mister Alan o Mister Hugo o Mister Mario o Mister Rodrigo vieran mi calzón. Me producía tanto asco pensarlo que inventé un castigo que me ayudara a recordar la correcta postura de mis piernas. En mi silla, bajo mis muslos, colocaba un compás de tal modo que la aguja estuviera casi presionándome la carne. Si me movía, la aguja me pinchaba, así que tenía que mantenerme alerta y consciente de mi cuerpo si no quería lastimarme. Esa era mi forma de tener el control (y de ganar la batalla aunque la guerra estuviera perdida). Lo peor era la incomodidad de sostener una misma postura durante horas. Mis piernas se dormían, pero tenía que hacerlo si no quería sentirme culpable. Porque si algún profesor me veía el calzón habría sido mi culpa por no sentarme bien, ¿comprende? Esto se repitió en cada una de mis clases de primero, segundo y tercer año, menos en las que eran dictadas por profesoras. Las profesoras no me preocupaban, aunque no podría explicarle por qué. Todavía odio el deseo en la cara de los hombres, incluso antes de que aparezca, y todavía me preocupa sentarme bien, con las piernas muy unidas. No puedo decir que he superado esta etapa del todo, pero ya no me impongo castigos y eso es bueno. De todas formas creo que no he sido lo suficientemente explícita acerca de la angustia que esta etapa inicial representó para mí. Quizás otra anécdota sirva para retratarlo mejor: hace un año, o quizás dos, mientras me cambiaba de ropa, mi mamá entró a mi habitación para sermonearme por mis calificaciones. Dejó la puerta abierta y, a los pocos segundos, entraron mi

papá y mi hermano quejándose porque tenían hambre y la comida se estaba enfriando sobre la mesa (mi familia tiene una regla de oro: no empezar a comer hasta que todos estemos sentados y hayamos rezado por los desamparados que son, siempre, cualquiera menos nosotros). Me cubrí los senos con las manos por instinto y mi mamá me miró como si hubiese hecho algo imperdonable. “¿Por qué haces eso? ¿Por qué te cubres? ¡Son tu padre y tu hermano! ¿Qué cosa enferma pasa por tu cabeza retorcida? ¡Son tu familia!”, me dijo haciéndome sentir mal por ocultar mis senos, pero aun así no moví mis manos y no dejé que ellos los vieran. No pude. Entonces mamá me tomó por las muñecas y me forzó a soltar mis senos. “Tonta, ¡somos tu familia!”, gritó sacudiéndome. ¿Puede imaginar lo humillante que fue eso para mí, Miss Clara? Mis senos parecían dos trozos de gelatina, dos estúpidos y desiguales pedazos de grasa. Ni siquiera me atreví a mirar a papá o a Pablo a los ojos, pero sabía que me estaban mirando porque sentí la fuerza de sus pupilas encima de mi desnudez. Así que, una tarde, entré al baño de mi hermano mientras orinaba, eché la fuerza de mis pupilas sobre su pene flaco y rosáceo y le dije que yo era su familia. Luego entré al baño de mis padres mientras mi papá se duchaba, miré su pene torcido a la izquierda y le dije: “yo soy tu familia”. Mamá me golpeó en la cabeza con un cepillo cuando lo supo, pero la perdoné porque ocho años atrás, mientras ella estaba embarazada de Pablo, yo la golpeé en el vientre con ese mismo cepillo. Recuerdo que me dijo “malvada” entonces, pero “malvada” fue Fernanda, que siempre estuvo en la edad blanca y que mató a su hermano pequeño. ¿Lo sabía? Yo solo le di un golpe antes de nacer al mío y quise que muriera, como toda hermana mayor. Apuesto lo que sea a que no sabía eso de Fernanda, Miss Clara. Algunos profesores lo saben. El psicólogo del colegio lo sabe. Todos dicen que fue un accidente, aunque Fernanda no se acuerda de lo que pasó y por eso sus padres la llevan al psicoanalista, para que la convenza de que fue un accidente, pero es absurdo porque nadie sabe lo que realmente sucedió.

En fin.

Hace dos años, durante una de las tantas noches que me he quedado a dormir en la casa de Fernanda, hubo un cambio importante. Hasta entonces, y por obvias razones, jamás me había sentido sexualmente excitada. El sexo y todo lo que tuviera que ver con él era, para mí, una experiencia del asco y del miedo (si lo piensa, hay algo primitivo y oscuro en la sexualidad: algo que duerme pero que es peligroso e incontrolable, algo que estalla, como los volcanes de su libro). Fernanda, por el contrario, me había contado que se masturbaba desde que tenía cinco años, pero yo no la había visto hacerlo y

creo que asumí que era una mentira (es normal que nos mintamos entre amigas solo para impresionar; tal vez usted también lo haga con las suyas y sepa de lo que hablo). Esa noche ella creyó que me había quedado dormida: lo sé porque me llamó por mi nombre y yo no le respondí. Algo me hizo quedarme inmóvil y fingir que no la había escuchado, tal vez la curiosidad. Tal vez, en el fondo, quería atraparla en medio de un acto privado, pero le aseguro que no tenía idea de lo que pasaría. En realidad, no pude ver nada porque tenía los ojos cerrados. Sin embargo, hay cosas que no necesitan ser vistas. La cama tembló y yo no pude respirar. Fernanda emitió unos sonidos similares a los que haría alguien que se queja de dolor y, a la vez, diferentes por un ligero matiz que no puedo describir. Por supuesto, yo nunca me había masturbado antes, pero sentí ganas de hacerlo en ese momento. Fue algo sorpresivo y desconcertante. Mi familia y mi educación han sido, como usted sabe, devotas a la Obra. Desde siempre he escuchado cosas terribles respecto a la masturbación. De alguna forma había llegado a pensar que hacerlo me convertiría en un animal o en una criatura despreciable. Tenía la intuición de que, si lo hacía, los cambios en mi cuerpo se cerrarían como en un círculo macabro de forma irreversible. No hice nada esa noche, pero el deseo de tocarme nació allí, junto a Fernanda apretando sus músculos bajo su sábana de ponis rojos. La sensación que tuve durante los días siguientes fue extraña porque, cuando me miraba al espejo, desnuda, primero sentía un rechazo parecido al odio hacia cada una de las esquinas de mi cara, hacia el tamaño de mis pezones, hacia mi estatura, mi piel, mis pecas y, luego, un horror asfixiante hacia ese cuerpo que, a veces, parecía el de otra criatura que quería sacarme de mí misma. Por un tiempo puse en práctica una técnica que me permitió evadir la masturbación y que consistía en lo siguiente: cuando las ganas de tocarme se volvían fuertes, y estaba sola, repasaba las pesadillas de violaciones más siniestras que había tenido en los últimos días. Normalmente eso bastaba para calmarme. En una de ellas, por ejemplo, Pablo, con la piel convertida en leche cortada, me metía sus dedos en la vagina, así que ya podrá imaginar, Miss Clara, que recordar escenas parecidas era más que suficiente para terminar con mi excitación. De todos modos, y a pesar de que esto funcionó bastante bien durante algunas semanas, acabé cediendo a mis impulsos porque pensé: “Si Fernanda puede hacerlo sin que nada malo le pase, entonces yo también”. Además, repasar mis pesadillas me producía un hipo nervioso y unas náuseas que tardaban horas en desaparecer. Así que me masturbé. Las primeras veces lo hice cuando todos dormían, protegida por la noche, con timidez y una culpa que no podría describirle. Al principio solo

usaba mis manos, pero después empecé a usar objetos. En una ocasión, luego de que mi madre me dijera, delante de sus amigas del club de bádminton, que me lavara los dientes porque tenía mal aliento, me metí en el baño y me masturbé con su cepillo de dientes. Fue una niñería, lo sé, pero no me arrepiento porque mi mamá nunca se arrepiente. Le encanta quejarse de mí en público y decir, delante del dentista, por ejemplo, que no me cepillo bien los dientes, que soy desaseada y que soy una “niña tonta y torpe” que no escucha. Así es como comienza a insultarme, diciéndome “niña tonta y torpe”, y luego continúa con mis calificaciones y con lo difícil que es hacerme entender la lógica de las matemáticas y del lenguaje (es cierto que soy muy mala en matemáticas, Miss Clara, pero soy buena con las palabras, aunque ella no lo sepa). En fin, pocos días después algo extraño ocurrió mientras me masturbaba. O quizás ocurrió desde siempre, desde la primera vez, pero no tuve cómo saberlo porque lo hacía con los ojos cerrados, ocultándome de mí misma y de la culpa que me hacía llorar y sentir náuseas. Una madrugada abrí los ojos mientras me tocaba, mientras imaginaba mi pezón izquierdo entre los dientes de Fernanda, y vi, junto a la silla de mi habitación, una figura densa, larga y blanquecina que se distinguía de la oscuridad como si la hubiese roto para entrar en ella. La vi de golpe y pensé que no podía ser real, que tenía que ser una ilusión óptica provocada por mis ganas, pero se mantuvo allí, latiendo como un corazón de rinoceronte, ensanchándose y cubriendo la esquina entera; tragándose la silla, la ventana y el espejo de la pared. No puedo explicar cuánto horror me produjo su nitidez, su ausencia de forma animal o humana, su textura mucosa, blanquísima, y su altura creciente. Sin embargo, y a pesar de mi miedo y del insoportable olor a colmena, no pude gritar ni detener mis manos sobre mi sexo. Necesito que me crea, Miss Clara: yo estaba aterrada como nunca antes lo había estado, y no por una cosa de mi imaginación, sino por algo real, grotesco, agigantándose ante mis ojos. Quería saltar fuera de la cama y huir hacia el cuarto de mis padres, pero una fuerza tomó control de mi cuerpo que, además de asustado, también estaba enormemente excitado. No es algo que pueda explicar, solo ocurrió así. Estaba paralizada porque, aunque me movía, esos movimientos sobre mi clítoris ya no eran míos, ¿comprende? Yo quería detener mis manos, pero era como si mi cabeza y mi cuerpo fueran dos cosas distintas. Lo que sentí fue muy complejo: un caos de repulsión, horror y deseo. Y, así, mientras me acercaba al clímax, el enorme blanco avanzó hacia mí como succionando la distancia y, en cuestión de segundos, perdí el conocimiento.

Hay algo que une al placer con el dolor y el miedo, ¿no lo cree? No sé exactamente de qué se trata, pero tiene que ver con el agujero que se hincha en nuestro estómago cuando estamos a punto de caer. Lo que sentí esa noche era similar a eso: al vértigo de las alturas que te hace perder el equilibrio y, a la vez, ser más consciente que nunca de que eres un cuerpo y de que algún día morirás. Es gracioso, pero la mayor parte del tiempo olvidamos que somos animales que están compuestos por órganos que parecen sacados de una pesadilla. El corazón, por ejemplo, es un órgano horripilante. Siempre está ahí, latiendo, pero nunca pensamos en él porque, si lo hiciéramos, quizás aprenderíamos a temerle. Todavía recuerdo la primera vez que vi uno, no en una fotografía, video o ilustración, sino frente a mí. Fue en el laboratorio, hace tres años, durante una clase de biología. Miss Carmen nos pidió que nos sentáramos en parejas y nos puso sobre la mesa un corazón de vaca. Su color (un rojo coronado por un blanco grasiento) y su forma me paralizaron. Le tuve miedo, lo admito: pensé (porque nadie me había explicado todavía que los corazones de las vacas y de las personas tenían tamaños distintos) que así era mi corazón, de ese tamaño titánico, y lo imaginé empujando mis costillas hacia fuera y bombeando mi sangre en el centro de mi pecho a través de sus desagradables venas. Lo vi sin poder quitarle los ojos de encima (igual que usted hace con nosotras cuando nos acercamos demasiado) y lo encontré monstruoso, nada parecido a los corazones de las tarjetas o de los emoticones, sino feo: un trozo de músculo asimétrico que parecía haber sido mordido por un tiburón. En cualquier caso, asqueada y aterrada como estaba, empecé a escuchar y a sentir mis propios latidos acelerándose, volviéndose cada vez más hondos, y me di cuenta de algo terrible: yo también tenía un corazón. Esto puede sonar como una estupidez, lo sé, pero no es lo mismo saber algo que sentirlo y experimentarlo, y en ese momento yo tuve la experiencia de tener un corazón. Y fue placentero, a la vez que abominable. Y mientras Fernanda abría con el bisturí el corazón de vaca para revelar el ventrículo izquierdo y derecho, yo pensé: “Estoy viva. La vaca a quien pertenecía este corazón está muerta, pero yo estoy viva”. Eso, aunque con mayor intensidad, fue lo que sentí después de ver esa extraña manifestación del Dios Blanco mientras me masturbaba, solo que además de tener la experiencia de ser un corazón, tuve la experiencia de ser unos pulmones, una piel, un cerebro, una nariz, una lengua, un ombligo, un clítoris, unos dedos... Todo mi cuerpo fue parte de esa masturbación en la que no tuve ningún control.

En fin, quiero que esté segura de que no lo estoy inventando: cualquiera es capaz de diferenciar la realidad de una pesadilla, o lo real de la

imaginación. Solo los locos olvidan la diferencia, pero yo no estoy loca. Sé lo que vi. Además, aunque lo hubiera imaginado, aunque esa aparición blanca hubiese estado solo en mi mente, ¿por qué habría de ser menos real? Mi mente existe y todo lo que proyecta sobre el mundo también. Lo que le estoy contando ahora sucede porque mi mente es mi realidad. Y con esto no estoy diciendo que lo haya inventado: estoy diciendo que aunque la presencia blanca de aquella noche fuera solo visible para mí, ¿qué importa? ¿Acaso dejaría de ser verdadera? Porque a fin de cuentas lo que importa no es lo real, sino lo verdadero. Supongo que eso diferencia al horror blanco del horror cósmico porque, aunque ambos nos sobrepasan y nos hacen sentir minúsculos y aplastables, como hormigas frente a algo enorme, poderoso e inaprehensible, en los mejores cuentos de Lovecraft la atmósfera de realidad es fundamental y, en cambio, el horror blanco puede prescindir de la verosimilitud para su atmósfera porque es una experiencia de la mente y de los sentidos. Pero regresemos a lo que me pasó esa noche: perdí el conocimiento (algo que jamás me había ocurrido salvo en mis peores cólicos menstruales) y, cuando desperté, ya era de día. A pesar de eso noté, a los pocos segundos, que un pedazo dentro de mí había cambiado para siempre: esa mancha densa, mucosa y blanca, parecida a mis flujos vaginales, era una aparición de mi Dios Blanco. Un anhelo y un horror infinito colgando del mismo hilo y que yo necesitaba volver a ver. Me da vergüenza escribirlo, pero nunca había sentido tanto placer como el que sentí esa noche en la que no tuve el control. Por primera vez experimenté un horror verdadero. Y ese horror era, también, un orgasmo.

Mi edad blanca se volvió tangible desde aquella vez, pero esa es otra historia que ahora no podría contarle. Lo que importa es que usted y yo conocemos lo que este tiempo de los cuerpos es capaz de hacer. Usted teme contaminarse o salir herida por lo que yo encarno, pero yo ya estoy contaminada y ya estoy herida. Usted nos teme porque nos ha visto y no puede conocer lo que ve: por eso huye, pero yo no puedo huir de mí misma. Usted teme que le hagamos lo que le hicieron sus exestudiantes, pero a mí me está pasando lo que a ellas y, a veces, quiero hacerle eso a mis padres, a la rectora y a todos los profesores del colegio. Le escribo esto porque usted es la única que entiende: porque, a veces, es necesario hablar con alguien que comprenda lo que es el miedo.

He terminado.

XXIII

SUS zapatillas estaban desgastadas y eso era lo siniestro. Clara las inspeccionó muy de cerca: la suela tenía depresiones que ella no podría haberle hecho, ni aunque las usara frecuentemente, porque sus zapatos solían abrirse en los costados y jamás en los talones —desde pequeña caminaba casi de puntillas, y aunque esto le generaba dolores en los pies y en la espalda, y aunque había intentado corregirlo durante años (sobre todo cuando empezó a aprender a caminar igual que su madre), a veces seguía levantando, involuntariamente, los talones del suelo—. Una persona como ella —que había heredado (o adoptado) los rituales inamovibles del comportamiento materno— se daba cuenta cuando algo dentro de su espacio cambiaba, y Clara llevaba percibiendo intrusiones mínimas en el suyo desde hacía varios días; intrusiones como el lado equivocado en el que reposaba su cepillo de pelo sobre la mesa de noche, o el enchufe equivocado en el que hallaba conectado su cargador al regresar del trabajo, o la esquina equivocada del aparador en donde encontraba el portarretrato de plata con la foto de su madre. Todas las mañanas antes de irse al Colegio Bilingüe Delta, *High-School-for-Girls*, colocaba el cepillo, el cargador, el portarretrato, en los sitios correctos, y todas las tardes, cuando regresaba, los encontraba en los lugares erróneos. Por las noches las cucharas cambiaban de cajón y los cajones cerrados aparecían abiertos, pero Clara sabía que lo que le pasaba a las zapatillas no era un invento suyo. El área de los talones estaba especialmente afectada, aunque también el resto de la suela mostraba un notorio desgaste, como si alguien se las hubiese puesto para correr una maratón —alguien que no era ella, por supuesto, porque Clara no solía hacer deporte, mucho menos en la calle, en donde había tanta gente dispuesta a mirarla o a decirle cosas que ella no quería oír—. En el interior del calzado habían quedado las huellas de los dedos de los pies de la intrusa: unos deditos gordos, oscuros y redondos que no le pertenecían. Las zapatillas —repentino objeto de su miedo— olían a chicle y a caca de perro, y si las ponía bajo la luz —cosa que hizo— la suela

brillaba un poco, como si tuviera restos de arena o de escarcha, o quizás destellos de la suciedad del asfalto del patio del colegio. Pero Clara jamás las había usado, mucho menos sacado de su casa; de eso estaba segura. Su madre se las regaló en su cumpleaños número veinte, justo después de que el doctor le dijera que la salud de su hija estaba mejorando —es decir, que su cada vez más acuciado trastorno de ansiedad disminuía—, y desde entonces habían quedado sin estrenar en el armario, olvidadas pero resguardadas de todo mal por ser uno de los pocos regalos que su madre se había atrevido a hacerle, hasta que esa tarde —con el pánico apretándole los nudillos— Clara se dio cuenta de que estaban desgastadas y de que lo siniestro podía caber en el paisaje irregular de una suela.

También su párpado —temblando como una mariposa en agonía que ella golpeaba incesantemente con la palma abierta— podía contener lo siniestro, pero prefería no pensarlo demasiado.

Tras varios minutos observándolas, oliéndolas, rascándolas, Clara dejó caer las zapatillas y corrió al baño a vomitar. En las noches más duras de la semana abría y cerraba las puertas de los dormitorios, deambulaba descalza por los corredores, aseguraba las ventanas, cerraduras y cajones una y otra vez; entraba y salía de su habitación, suspiraba, cambiaba de posición sobre la cama ciento una veces, ciento quince veces —los resortes del colchón y el peso de su cuerpo componían un reclamo o una súplica—, encendía una vela aromática y el humo ascendía en una llamada de auxilio hasta que, sin respuesta, sin nadie que leyera el mensaje, acababa tarareando canciones de Antonio Machín —porque era el cantante favorito de su abuela muerta y lo único que la hacía sudar menos— como si fuera un pájaro con el horario trastocado que insistía en cantar cuando no había luz, un pájaro de caricatura que picoteaba su propio cráneo todas las madrugadas, rompiendo el cascarón del descanso de la madre muerta de su mente. Esas noches largas y amarillas en las que aseguraba la puerta de su habitación dos, tres, cuatro veces en menos de una hora, estaban pobladas de los sonidos que Clara veía con los ojos cerrados. Veía uñas pequeñas rasguñando el sillón de estampado de tigre, risas en la cocina, pasos rápidos como torpes palmadas en el piso de la sala y el pestañear de un ojo que la miraba dormir a través del hueco de la cerradura —si el silencio era perfecto, decía la madre muerta que habitaba en su mente, una persona sería capaz de oír hasta el aleteo de unas pestañas a lo lejos—. Y aunque estos sucesos habían empezado después de lo que las *M&M's* le hicieron, y aunque por un tiempo pensó que estaba todo en su cabeza, y aunque algunas noches nada pasaba y el lenguaje de los ruidos desaparecía,

las zapatillas le habían despertado un nuevo ataque de pánico, unas palpitaciones subiendo por su garganta como una erupción de sangre, y le habían hecho recordar —con la cabeza apoyada en el váter— lo que su estudiante le había confesado: “¿Quiere que le cuente lo que me hizo mi mejor amiga?”, le dijo. “Si se lo cuento, ¿me promete que no se enfadará?”.

Los sucesos habían iniciado antes de la confesión de Annelise Van Isschot y antes del retorcido ensayo que le dejó sobre el escritorio, pero solo después de esas palabras Clara empezó a entender que su miedo —esa sensación de asfixia que le llenaba el pecho de calores y de tentáculos— no distorsionaba la realidad, sino que la ensanchaba. A las malas —es decir, a través de la lengua larga de Annelise— había descubierto que su pánico era una verdad expandida en los movimientos de las cosas. Si lo hubiese sabido desde el principio —como decía su madre muerta para darle mayor dramatismo a sus discursos de arrepentimiento—, habría tenido más cuidado, pero cuando le ordenó a su alumna escribir un ensayo de castigo por haber conversado con Analía Raad durante la clase, Clara jamás se imaginó que acabaría llevándose a su casa un texto delirante y obsceno. Lo leyó en su cama, a la luz de una lámpara vieja, y al terminar no supo si sentirse enojada o simplemente perturbada. Releyó varias de sus partes con la intención de comprender, de dilucidar, el porqué de su ansiedad disparada como un cohete, y entendió que, además de la morbosidad del relato íntimo, le angustiaba la madurez de la escritura, como proveniente de una cabeza mayor, y el comprobado conocimiento que su estudiante tenía sobre su miedo —“Tienes que protegerte de tus alumnas, Becerra”, le decía su madre poniendo cara de pitonisa mientras aspiraba el humo de su porro. “Aprenden más rápido que sus maestras”—. Si bien la relación con Annelise había mejorado gracias a las sesiones extra de literatura de los viernes, a Clara le desconcertaba que su alumna le revelara detalles tan privados en un trabajo de colegio; detalles que ni siquiera sabía si eran ciertos, pero que por alguna razón le causaban una enorme repugnancia. “¿Por qué escribiste esto?”, le preguntó durante una de sus sesiones personales. “Porque quise”, le respondió ya sin ningún rastro de los golpes de su mejor amiga. Los adolescentes eran naturalmente insolentes, pero Annelise lo era de un modo hierático que despertaba los peores impulsos en Clara. Cuando hablaban de volcanes nevados y literatura de horror todo iba bien, pero en ocasiones descubrían una sonrisa oculta, esquivera, retenida en las comisuras de Annelise mientras aparentaba escucharla. “Lo que escribiste sobre mí no es cierto. Yo no le tengo miedo a mis estudiantes”, le dijo Clara la tarde en la que le devolvió el ensayo. “Sí nos tiene miedo”, le dijo

Annelise. “Por eso debo decirle la verdad”. En su casa, Clara cerraba las ventanas y corría las cortinas todos los días aunque sabía que por la tarde, al regresar del trabajo, las encontraría abiertas. “La verdad es que Fernanda y yo hicimos un plan para asustarla, pero ahora ya no somos amigas”. A veces, en la madrugada, escuchaba un montón de piedrecitas chocándose contra alguna superficie irregular. “Averiguamos su dirección porque queríamos asustarla para divertirnos”. No podía ni imaginarse el tamaño de los dedos que empujaban esas piedrecitas alojadas en su estómago cada noche de insomnio. “Yo sé que está mal que una vez fuéramos a su casa y la miráramos desde la acera de enfrente, pero lo hicimos”. Estaba segura de oír por las noches ese ronroneo de piedras, una respiración agitada detrás de la cerradura y el crepitar continuo e inexplicable de las pestañas. “Ella quería entrar a su casa”, le dijo. “Todo fue idea de Fernanda”.

Los últimos días habían sido terribles. Las marcas de los dedos rechonchos y pequeños, que bien podrían pertenecer a cualquiera de sus alumnas, le producían arcadas cada vez que miraba las zapatillas. Según Annelise Van Isschot, Fernanda quería entrar a la casa de su maestra porque asustarla le parecía igual de emocionante que escalar una montaña y gritar por encima de las nubes. “Ella quería que nos metiéramos y cambiáramos las cosas de lugar”. “Quería que nos metiéramos muchas veces sin que usted se diera cuenta”. Las *M&M’s* habían entrado a su casa por el patio y luego por la ventana de la cocina que ahora tenía rejas —y aunque Clara no estuvo en ese momento, y aunque durante el juicio se dijo otra cosa, ella era capaz de reconstruir la escena verdadera gracias a las cucarachas que desovaban en su mente—. Quebraron tres platos de su madre que estaban junto al fregadero y, con la excusa de buscar los exámenes, merodearon por la casa durante unos pocos minutos —ella calculaba que apenas unos cinco—. Solo les dio tiempo de revisar el salón antes de que Clara llegara y viera la extrañeza de dos estudiantes perfectamente uniformadas en el interior de su casa. Al principio no notó nada raro —y así se lo explicó a las autoridades—, salvo por una naranja rodando a varios metros de la puerta de la cocina, pero después —cuando recogió la naranja del suelo— vio a Malena Goya y a Michelle Gomezcoello al otro lado, muy cerca de la radiografía de la columna vertebral de su madre, y fue como si se hubiese ido la luz durante el día. Clara recordaba que no había gritado hacia fuera, sino hacia adentro, y que su grito fue creciendo en ella como una ola que lo sumergió todo de pieles, y que cuando por fin pudo decir algo lo único que le salió fue una voz que no se parecía a la suya —que no podía ser la suya porque la de ella estaba muy

hundida bajo el pellejo— diciéndoles que se quedaran en donde estaban, que no se atrevieran a moverse, que iba a llamar a la policía. Entonces caminó hacia el teléfono con la naranja sucia aún en la mano derecha y cometió su primer error: darles la espalda. “Las dos chicas estaban a punto de perder el año en su materia”, dijo la defensa durante el juicio. “Las dos chicas vienen de hogares conflictivos”. Clara creía que sabía qué tipo de chicas eran porque tenían un comportamiento apacible y porque solían pasar desapercibidas entre sus 45 compañeros de aula. “Las dos aseguran haber sufrido *bullying* durante las clases de Lengua y Literatura”. Faltaban a menudo, no entregaban las tareas y copiaban durante las lecciones. “La pregunta es, su señoría, si estas dos chicas habrían hecho lo que hicieron si el colegio las hubiese hecho sentirse incluidas, es decir, si se hubiese preocupado por ellas en lugar de ignorarlas”. Pero nunca se podía saber qué tipo de chica era una chica, pensaba Clara. “Mira esto”, le dijo Ángela una mañana en la sala de profesores a tiempo completo. “Una de mis alumnas estuvo hurgando en mi bolso, tomó mi cuaderno y dibujó esta cosa”. Cuando Clara les dio la espalda para llamar a la policía, todavía con la naranja sucia entre la mano tensa, Malena Goya se le echó encima y le mordió la oreja mientras Michelle Gomezcoello fue directa a la cocina por un cuchillo largo para cortar carne. “Es una mandíbula, ¿verdad? Es una mandíbula de animal”. Clara intentó quitarse a Malena Goya del cuello, pero la chiquilla era muy fuerte. “¿Crees que quien sea que dibujó esto se estaba burlando de mi mandíbula?”. En el forcejeo, Clara cayó y se golpeó la cabeza contra la mesa del comedor. “¿Te parece que este dibujo es racista?”. No sintió dolor en el suelo, pero cuando intentó levantarse se mareó y vio en el borde de la mesa una mancha de sangre. “¿Crees que deba llevar el caso a rectorado?”. Michelle Gomezcoello hablaba a gritos con Malena Goya apuntando a Clara con el cuchillo largo para cortar carne. “Ya sé que es solo un dibujo, pero no está bien que nuestras alumnas invadan la privacidad de sus maestras”. Clara no recordaba lo que dijeron, solo sus voces tan agudas como un alfiler. “No está bien que metan las manos en nuestros bolsos como si fueran unas vulgares ladronas”. Y luego el cuchillo en su cuello.

Para Clara era difícil manejarse por la casa cuando tenía la certeza de que alguien —que no era ella ni su madre muerta— usaba sus cosas, gateaba por sus corredores y orinaba en su váter sin bajar la válvula. “La pregunta es, su señoría, si no hubo nada que pudiera haberse hecho para evitar que estas dos niñas se sintieran tan desesperadas, tan absolutamente amenazadas por unas calificaciones, que creyeran que agredir a su maestra era la única salida”.

Quizás para los juzgados ser una maestra era igual a ser una madre, pero para Clara madre e hija eran una antinomia. “¿Cuál es la responsabilidad de los adultos en esta historia?”. A veces sentía que el desequilibrio le pasaba por al lado como una ráfaga y ella estiraba los brazos para aferrarse a algo firme, pero solo encontraba el calor de esa sensación evanescente y, luego, la nada: un hueco por donde el aire no se atrevía a cruzar. “La verdad es que, aunque ya no somos amigas, yo sé que Fernanda entrará a su casa para asustarla”, le dijo Annelise, y esa noche Clara creyó encontrar pelos castaños en su cepillo; sacó de las cerdas una pelota de cabellos sedosos y ajenos y los lanzó por la ventana. “Se lo digo para que no se asuste si eso pasa”. En la penumbra de la calle, donde volaban los pelos extraños como una bola de paja en miniatura, le pareció ver la sombra de una niña corriendo y desapareciendo en la esquina. “Para que sepa que, cuando pase, fue Fernanda”. Ningún perro del barrio ladró, pero los perros eran siempre malos guardianes. “Hablaré con ella”, dijo Clara disimulando su angustia frente a Annelise. “¡No! Por favor, no diga nada”, le pidió. “Fernanda me lastimará si se entera de que yo se lo conté”. Las *M&M’s* la ataron al sillón de estampado de tigre con la cuerda que ella usaba para tender la ropa y también con algunos cables que arrancaron de la televisión. “La verdad es que no es la primera vez que Fernanda me golpea”. Malena Goya se sacó uno de sus calcetines, lo olió, puso cara de asco y lo metió en la boca de Clara antes de cerrársela con la cinta aislante que encontró en la caja de herramientas. “¿Quiere que le cuente lo que me hizo mi mejor amiga?”, le preguntó Annelise. A veces Clara pensaba que ella había sido la Malena Goya y la Michelle Gomezcoello de la vida de su madre. “Si se lo cuento, ¿me promete que no se enfadará?”. Porque madre e hija eran una antinomia, pero las *M&M’s* habían sido sus hijas durante las trece horas con cincuenta y siete minutos que estuvo atada al sillón de estampado de tigre y, con ellas, Clara había experimentado ser una madre sobre la mesa de las crías hambrientas.

“¿Te ató yo con mi amor umbilical?”, le preguntaba a veces a la radiografía de la columna vertebral de su madre. “¿Te corté la circulación con la cuerda de mi ombligo?”.

En el colegio había cientos de pestañas que Clara no sabía escuchar. El ruido incesante de las voces le hacía pellizcarse la delicada piel de entre los dedos de las manos en los recreos y en las aulas, pero cuando llegaba a su casa el silencio le revelaba los cambios: el teléfono descolgado, los libros sobre la mesa, una naranja a pocos metros de la puerta de la cocina. Se servía ron en un vaso, se sentaba en el sillón de estampado de tigre y miraba durante

horas la única cosa que jamás cambiaba de sitio: la radiografía de la columna vertebral de su madre colgada en el centro de la pared. En el Colegio Bilingüe Delta, *High-School-for-Girls*, las estudiantes salían una hora y media antes que los maestros —Fernanda tenía (según sus cálculos) casi dos horas para entrar por alguna ventana, revolverlo todo, y regresar por la noche a reproducir los sonidos de su memoria—. Malena Goya y Michelle Gomezcoello se turnaron para revisar su casa sin quitarle ni un solo ojo de encima; se pusieron su ropa, se pintaron con su maquillaje, le regaron la botella de ron encima, le cortaron con unas tijeras todos los sostenes y encontraron los exámenes, pero cuando ya no los querían para nada. “Le rompimos el coco, mira cómo sangra la pendeja, ¿qué hacemos ahora?”, dijo Michelle. “Revisemos la casa mientras pensamos”, dijo Malena. Y cuando se aburrieron de saltar en las camas, comerse la nutella, tirar los zapatos al váter, regar el esmalte por la cocina y dibujarle penes en la cara a su profesora, decidieron pellizcarle el vientre. “¡Ay, cómo chilla! Le duele mucho. Qué divertido. Hazlo tú”. La abofetearon, le cortaron el pelo, le clavaron las agujas de coser en los muslos. “Mira nomás cómo le dejamos la cabeza. Le va a decir a la policía y mi madre me va a masacrar. Tenemos que matarla”. Le pasaron la llama del mechero de la cocina por las rodillas. “Ya, pero ¿cómo la matamos?”. Quebraron todos los espejos mientras ella pensaba que de verdad se iba a morir. “No sé, pues. Si yo nunca he matado a nadie”. Clara miraba la radiografía de la columna vertebral de su madre cada vez que el miedo le hacía sentir que sudaba leche. “Yo hace tiempo maté a un gato que me sacó la puta”. Su madre no permitía que nadie entrara a la casa porque decía que ningún caracol vivo invitaba a otros animales al interior de su concha. “Podemos clavarle el cuchillo así, ¡zas!, pero verás harta sangre y tocará limpiar”. A veces a Clara le costaba encontrar los cambios en medio del estricto orden de las habitaciones. “Podemos ahogarla con una almohada y así no le vemos la cara fea esa que tiene”. A veces lo único que variaba era una puerta mal cerrada o un vaso colocado boca arriba. “¿Y después qué hacemos? Porque yo he visto que cuando encuentran el cadáver en las telenovelas las asesinas se van a la mierda”. Todas las noches, sin embargo, eran iguales —los resortes, la vela, las uñas, las risas, el aleteo de las pestañas—. “Podríamos colgarla para que parezca un suicidio”. Pero de vez en cuando los pasos que se acercaban en un andar arrítmico hacia la puerta cerrada de su habitación se oían más fuerte. “No hay cómo hacer eso bien... Yo creo que mejor confesamos todo nomás”. Y Clara, sintiendo la llegada de un nuevo ataque de pánico, tenía ganas de abrir la puerta para matar su miedo pero no

se atrevía. “Mi mamá me va a masacrar”. No se atrevía a salir porque la oscuridad no le dejaría ver a Fernanda. “Si la matamos será mucho peor”. No le dejaría saber si en verdad era ella la que pestañeaba. “Si la matamos será muchísimo peor”.

Todas las voces eran norias de calaveras en su cabeza.

“¿Cómo se sentirá matar a alguien?”, preguntó Malena Goya casi llorando de temor a la madre. “¿Cómo se sentirá morir?”, preguntó Michelle Gomezcoello quemándole las rodillas a Clara. La locura era el grado cero del miedo a la muerte: una escalera rota que llevaba hacia ninguna parte. En eso pensó el viernes en que Annelise cerró la puerta del aula y se quitó la blusa como un pedazo de piel que no voló por el peso de los botones. “¿Ahora ve lo que me hizo mi mejor amiga?”, le preguntó mientras los ojos de su maestra se nublaban de sal frente al campo abierto de los hematomas y de las costras. “¿Ahora entiende lo que Fernanda me hará si se entera de lo que le he dicho?”.

El silencio era el sonido abyecto de las pestañas.

Las zapatillas olían a patios con trapecios.

XXIV

“QUIERO que me muerdas”, le susurra Annelise. “Quiero que me muerdas muy fuerte”. Su voz suena lenta, como una iguana pelando el sol. Fernanda se magulla en el cuello de su hermana y escucha sus deseos: “Muérdeme, cocodrilo”, y en su boca el cuerpo gemelo se rotura. “Muérdeme, caimán”. Salta del colmillo una flor de carne. Salta una flor de huesos a los hocicos infinitesimales. Los órganos en piel polucionan por la noche. Las sábanas sudan. Su instinto mandibular corre hacia los esteros, pero a Fernanda le gusta morder clavículas y pelvis encima de los volcanes. “Muérdeme tan fuerte como puedas”, le pide su hermana de renacimiento. Annelise le entrega sus huesos limpios para matar su hambre sobre los manteles de algodón. Le entrega su cuello para que lo estruje: sus músculos para que los mastique. “No quiero hacerte daño, pero voy a hacerte daño”, le dice Fernanda. “Márcame”, le pide Annelise en la ducha. “Sángrame con tus 32 dientes”. Y 32 veces la muerde. 32 veces la lengua baja por las piernas ensalivando de rojo las estrellas. En el agua miran los colores de las mordidas: negro, verde, azul, lila. Cosmos abiertos en la piel. Rosetones en la vía láctea de su carne. Annelise abre la boca cuando Fernanda le muerde la entrepierna. Tiembla. Gime. Se limpia la sangre con papel higiénico y lo lanza al váter como una paloma muerta. “No quiero hacerte daño”, le dice Fernanda. “No sé por qué me obligas a hacértelo”. Pero luego le aprieta las mandíbulas sobre las costillas para saborear la piel de peluche de Annelise y mirarla morderse los labios, y abofetearla para que no se muerda, y morderle los pezones para escucharla llorar de dolor y de placer; para ver su naricita encendida y sus ojitos volteándose hacia el interior de su cráneo. Pero luego Fernanda le hala el pelo en la ducha para que sonría. Le gusta mucho cuando Annelise sonrío de dolor. “Yo le rezo al Dios Blanco con cada uno de tus dientes”, le dice Annelise acariciándole las encías. “Pero esto nadie lo puede saber”. Así ocultan que en la cama y en la ducha Fernanda se mancha los caninos. “Tu sangre sabe a metralla”. “Tu sangre sabe a alambre”. Mientras tanto los

molares siempre se mueren de sed. “¿Sabías que la mordida de un cocodrilo es más poderosa que la de una ballena?”. Annelise clava los dedos en la almohada cuando Fernanda explora su esqueleto. La perfección es su mandíbula-trampa-para-osos cazando más que los glúteos y los músculos lumbares. “¿Sabías que los cocodrilos guardan a sus crías muy adentro de sus mandíbulas?”. La perfección se abre camino hacia la médula: centro del deseo equinoccial. Sus dientes zumbando como abejorros pican el coxis y las vértebras encapulladas. Sus dientes son caracolas óseas que guardan toda la sal del vientre de Annelise. Con ellos Fernanda no talla los muslos, sino la parte interior del fémur. Y cuando las clavículas flotan como un horizonte que marca el comienzo del cuerpo, ella las humedece y las roe. “De niñas no hacíamos estas cosas”, le dice cada vez que siente que la quiere demasiado mal. También cada vez que siente miedo de lo mucho que le gusta el placer de Annelise cuando se le trepa encima y le aprieta el cuello, o cuando le estira con los incisivos la piel de los omóplatos. “Nada hacia abajo como un cocodrilo”, le pide Annelise en la piscina. “Muerde hacia arriba como un caimán”. Y su mandíbula atrapa una pelvis celeste como un cráneo de zorro perdido entre los mangles. Fernanda no le explica al Dr. Aguilar que las manchas del test de Rorschach son los huesos de Annelise con los colores del jardín. No le explica que su mandíbula es blanca y está hecha para devorar. Hecha para triturar. “¿Sabías que las iguanas muerden a sus parejas en el cuello durante la cópula?”, le dice Annelise con los pies desnudos sobre la cama. “¿Sabías que durante la cópula la salamanquesa macho muerde a la salamanquesa hembra en el vientre?”. A Fernanda no le gusta que Annelise le hable de cópulas con los pies desnudos sobre la cama. No le gusta que le rece al Dios Blanco con sus dientes ni que diga que lo ha visto y que por eso sabe que va a morir. Tampoco le gusta que le gusten los pezones de Annelise, rojos como dos picaduras de mosquito. Ni las cientos de palomas muertas que desechan en el váter. “Yo no sé de dónde me salen estas ganas tan horrendas”, le dice Fernanda cuando empieza a sentirse culpable. A veces quiere empujar a Annelise del tercer piso del edificio, o que se caiga, pero la mayor parte del tiempo solo quiere abrazarla y morderle la lengua para siempre. “De niñas no éramos así”. Annelise gime igual que grita cuando se echa agua oxigenada sobre las mordidas-pequeñas-trampas-para-osos. Clic. *Flash*. Suben las fotos a sus cuentas privadas en Instagram. “El amor empieza con una mordida y un dejarse morder”. Mientras duermen, la mandíbula de Fernanda le pega mordiscos al aire. Annelise se arrulla con ese sonido sagrado que vibra igual que las campanas del colegio. Algunas noches ven películas de horror como

Ginger Snaps o *Sisters*. Algunas noches Fernanda le muerde las axilas. “Si tu madre te viera las mordidas, ¿qué le dirías?”, le pregunta Fernanda arrancándole una costra con la uña. En las madrugadas Annelise se finge sonámbula y entra en la habitación de sus padres. Abre todas las puertas de la casa. Deja huir a las mascotas de la familia. “Le diría que las madres también muerden”, responde arrugando la nariz como un gusano que se contrae. Fernanda no entiende por qué Annelise quiere que sus madres les tengan miedo. “Somos las gemelas de *The Shining*”. La madre de Fernanda le tiene miedo a Fernanda y eso a Fernanda no le gusta. “Somos las hermanas Gibbons”. Les duele no ser iguales y que los huesos y la textura de la piel sean un asunto tan personal, tan individual. “Quisiera que tuviéramos el mismo nombre”, le dice Annelise en medio de la clase. La misma estatura, el mismo tamaño de la escápula. A Fernanda le espanta que su húmero sea más pequeño que el de Annelise y que sus costillas sean más anchas. “De niñas nos parecíamos”, le dice cuando descubre que Annelise es bella y que la belleza también produce miedo. Annelise dice en voz alta que ver al Dios Blanco es como ver a la muerte y Fernanda se asusta porque empieza a creerlo, sobre todo cuando están en la habitación blanca y todas se arrodillan en un círculo y se toman de las manos y cierran los ojos y el silencio se parece a una presencia inmensa que Annelise quiere que escuchen y escuchan mientras aprietan las mandíbulas para no gritar. “Tal vez debamos parar con lo del Dios Blanco”, le sugiere Fernanda cuando tiene miedo de lo que quiere. “No te entiendo”, le responde su siamesa de cadera. Nadie abre los párpados en el círculo, pero Fernanda los abre y ve a Annelise con la boca muy abierta y los ojos blancos como la luna. “No es algo que podamos detener”. Fernanda quiere llorar cuando disfruta mordiendo el calcáneo derecho a Annelise y ella arquea la espalda como Linda Blair en *The Exorcist*. Su espalda parece el lomo de una yegua y también un erial por donde cruzan los alacranes de su imaginación. Todos los meses, Fernanda y Annelise sangran a la vez. Se duchan juntas y ven correr la sangre de entre sus piernas como si fuera la misma. “De niñas no nos pasaban estas cosas”, dice Annelise atraída y repelida por el color del agua. Evitan las inundaciones recogiendo sus pelos de la rejilla desagüe. “Mamá dice que no deberíamos bañarnos juntas porque ya estamos grandes”. Los pegan mojados en las paredes que la Charo limpia durante el día. “Siempre nos hemos bañado juntas”. Siempre han laceado, trepado, saltado juntas. Siempre se han acariciado los nudillos y besado bajo las costillas. “Estamos cambiando mucho”, dice Fernanda dándole la espalda a los cánticos mientras el monte de venus de Annelise se llena de paladares.

“Estamos cambiando demasiado”. Annelise le acaricia la mandíbula a Fernanda poco antes de dormir. Su mandíbula hecha para devorar. Su mandíbula hecha para triturar. “Todo cambio es siempre demasiado”.

XXVIII

FERNANDA cerró los ojos e imaginó que corría fuera de la cabaña, dentro del bosque que suponía verde y brillante como los árboles de navidad en las casas de sus amigas.

Como las lentejuelas en las escenografías del teatro del colegio.

Como el uniforme de la inspectora.

Como los zapatos favoritos de Annelise.

Nunca había estado en un bosque, pero lo había visto varias veces en la televisión y en el cine.

Mujeres corriendo. Niñas corriendo.

Pensó que corría. Inventó que era posible correr en un bosque estando físicamente esposada a una mesa, sentada en una silla, escuchando la voz de gruta, la voz de hendidura de su maestra:

“¿Cómo puedes estar tan enferma, muchacha enferma?”.

“¿Cómo puedes abusar de tu mejor amiga, forzarla al dolor,
entrar a mi casa como si fuera tu casa?”.

Fernanda corría saltando piedras, raíces y ojos de alces para huir de esa voz en temporada de caza mientras pensaba: ¡No lo hice!

¿Qué fue lo que hice?, se preguntó a veces.

En su mente las palabras de su maestra eran lince, canes, ratas que perseguían su inocencia de pensamiento, obra u omisión.

“Sé bien lo que hiciste”.

“Sé muy bien lo que haces con tus dientes y tus manos debajo
de las camas”.

Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa, se dijo como cuando la obligaban a rezar de rodillas a pesar de que no era culpable de nada.

No era culpable, decían todos, del color de la piscina.

No era culpable de la frente rota y azul de su hermano menor.

Cuando el bosque de su imaginación desaparecía a causa de la voz cenicienta de Miss Clara, Fernanda apretaba aún más los párpados y entonces los árboles con sus criaturas regresaban aplacando esa voz de cueva, esa voz de calavera:

“Tu amiga Anne me lo dijo”.

“Tu amiga Anne me contó todo lo que le hiciste; lo que me hiciste”.

Pero ella no había entrado a ninguna casa ajena ni forzado a Annelise a aguantar su forma primitiva de morder, de eso estaba segura. Aunque desconocía muchas cosas —como lo que sucedió en la piscina con su hermano muerto Martín—, sabía lo demás, lo importante: que lo que le decía su maestra, escupiendo saliva espumosa y golpeando la mesa con los puños, era mentira.

Que su profesora estaba loca de manicomio.

Que hablaba confusamente. Delirantemente.

Que no la oía ni la veía intentar detener el llanto, aguantar con los párpados cerrados, eludir la visión de unos ojos que parecían haberse hundido en el cráneo perfecto de Miss Clara.

Un cráneo divino y sucio. Tan brillante por la grasa del pelo que daba miedo.

Cabeza podrida.

Cabeza en descomposición.

No podía escapar. No podía huir de ese cabello negro y seboso que le decía mal las palabras.

Ella también se decía mal las palabras muy adentro suyo a causa del miedo. El miedo que la forzaba a atropellarse, a correr la mente en el paisaje alto de su imaginación para que no le atraparan las ideas por el cuello.

Siempre había creído que las personas eran incapaces de pensar cuando estaban aterradas, pero ella pensaba. Pensaba muy bien: en desorden, en catarata, en carrusel.

Pensaba más rápido de lo que corría. Más rápido de lo que podía entender.

No quería volverse loca de terror al cabello.

No quería mearse encima otra vez aunque ya lo estaba haciendo.

“¡Yo nunca he entrado a su casa!”.

“¡Anne le mintió!”.

“¡Anne la engañó!”.

Tomó aliento. Su maestra no la escuchaba porque estaba loca de atar, loca de matar. Sus palabras adultas eran cocodrilas que cabalgaban el bosque verde-sandía, verde-vómito, para señalarla con el filo de sus colas torcidas en el aire.

La acusaban de escamas y ella no entendía por qué se cortaba.

Le contaban historias de cepillos, colmillos y cerrojos.

Le contaban algo sobre su supuesto abuso a Annelise.

Ella me lo pidió, le habría dicho si su lengua hubiera podido hacer otra cosa que temblar.

A ella le gustaba que yo la masticara como a un chicle.

A ella le encantaba que yo le apretara la tráquea como a un trapo viejo.

Su profesora estaba adelante, al otro lado de la mesa, pero en su imaginación estaba atrás y lejos y los árboles la escondían.

Las películas de miedo no sabían cuál era la dinámica real de los secuestros.

Fernanda inventaba que era rápida en el bosque para sobrevivir a esa voz de pizarra, a esa voz de montaña que la desnudaba mostrándole los caninos, rugiéndole de cerca como una sombra indócil, olisqueándole las lágrimas que no dejaban de caer.

La ola de entre las piernas.

Los pedos que ya no podía guardarse y que sonaban demasiado y que olían muy mal.

Y en el bosque de su invención, en la silla que chorreaba pis, sintió que extrañaba a Anne más de lo que la había extrañado nunca.

A ella: su doble-muñeca, su doble-bayoneta.

Hubiera querido seguir mordiéndola a pesar de todo, no como la voz de Miss Clara le mordía los talones, sino como las mantis les mordían las cabezas a sus amantes.

Pero ahora era tarde para sus dientes.

Ahora sentía el peligro y quería volver al útero de su madre, ver nacer a Martín igual que un pequeño pez en la inmensidad de las camillas.

Huir en el bosque. Que al menos hubiera una oportunidad de salvarse del pelo negro que caía de los árboles.

“Tienes que entender que yo no puedo tenerte adentro de mi casa”.

Estar asustada era desear lo que jamás antes había deseado: retornar a la humedad elástica de la placenta, despertar con el primer grito del hermano muerto.

“Voy a tener que sacarte”.
“Voy a tener que expulsarte”.

Estar asustada era sentir la verdad como una pestaña flotando encima del ojo: que ya no volvería, que ya era imposible retroceder. Lo intuía en el sonido cavernoso de la voz de Miss Clara, en el revólver moviéndose sobre la mesa como un animal con caparazón, en las aves que chillaban afuera de la cabaña coreando la escena inconclusa de adentro.

Los pájaros eran seres espantosos cuando hacían cualquier otra cosa menos volar.

Fernanda jamás había sentido empatía por ninguna de las palomas que mató en el edificio. Las vio morir, indiferente, y ahora ella era uno de esos animales temblorosos y repulsivos que alojaban el peligro hasta en el esqueleto.

La naturaleza era así: justa y atroz.

Quiso recordar la risa de Anne, embellecer la violencia con la que corría por el bosque elevado de su propia negación, pero no pudo evocarla. En su memoria solo había un ruido bestial, una carcajada de hierro llena de chapuletes que la perseguían.

“Las muchachas enfermas como tú necesitan una lección”.

La cabeza de Fernanda zigzagueaba entre árboles con copas de nubes que eran como la inacabable piel de su madre.

“Yo voy a darte una lección”.

Y mientras sentía el frío entrando en su estómago igual que una lombriz de hielo pensó en Anne y en que por más hiena, por más reptil que realmente fuera, no pudo haber previsto lo que sus mentiras provocarían. Lo que su intento de asustar a Miss Clara desataría en el mundo real.

“Yo voy a enseñarte algo allí en tu nido de cucarachas”.

Annelise debía de sentirse culpable, pensó, por lo que había hecho sin saber.

Pobre, pensó. La perdonaba con todo su corazón.

“Estás enferma”.

Te perdono, se dijo sin dejar de correr, pero deseo que sufras.

“Estás muy enferma”.

Te amo, se dijo rompiendo ramas y raíces, pero ojalá cargues con la culpa de esto hasta el final.

“Necesito que aprendas y alguien tiene que enseñarte”.

Fernanda sabía que había traicionado a Annelise primero, por eso la perdonaba; porque la primera en hundir la daga era siempre la que debía callar.

“Alguien tiene que ensuciarse”.

Y mientras la voz de Miss Clara decía cosas sin pies ni cabeza como las lombrices de hielo que se deslizaban por su garganta, Fernanda veía la verdad: que los animales sabían cuándo iban a morir porque la muerte era un sentimiento.

Una emoción futurista del cuerpo.

Y mientras escuchaba esa voz helada de maestra ensanchando la madera, abriendo con su fuerza hasta el interior de las piedras, pensó en lo mucho que se arrepentía de no haberse muerto con Annelise cuando tuvo la oportunidad. Cuando la tierra tembló en la capilla del colegio.

Un terremoto de 4,5 en la escala Richter, dijeron en las noticias.

Un temblor más en la tierra de los temblores, pensaron, pero el movimiento no se acababa nunca y todas las niñas y los maestros empezaron a mirarse y, en el altar, también Dios tembló.

“¡El apocalipsis!”, gritó Anne.

Berridos.

Las niñas se abrazaron a sus mejores amigas y Fernanda a Annelise.

Su alma-gemela. Su gemela-de-las-entrepiernas.

Entonces, la magia: sus mejillas se juntaron, se respiraron las patillas, se abrazaron las cinturas casi clavándose los dedos en la carne, unieron las puntas de sus narices y, mientras los maestros les pedían seguir el protocolo de evacuación que jamás habían practicado, se miraron con tanta intensidad que se rieron a carcajadas en medio del terror.

Debía haber muerto así, pensó: sepultada por el techo dorado de la capilla.

Un amor enterrado.

Una amistad como un templo creciendo por debajo de la tierra.

Su muerte habría sido alegre si se hubiera atrevido a morir ese día; habría sido bella y perfecta con Annelise apretándola y carcajeándose sin miedo mientras las otras gritaban con los ojos cerrados.

Debió haber muerto antes de que terminara el terremoto.

Debió haberse caído Dios.

Cuando salió viva de la capilla no supo que cualquier muerte después de aquella que se le escapó sería siempre peor.

“Conmigo vas a tener que aprender, ¿oíste?”.

Tropezó en su cabeza, pero había perdido la oportunidad de morir bien, así que ya no importaba.

La voz de sables y hachas la alcanzaba golpeando el viento.

“¿Me oíste?”.

La muerte era un sentimiento.

Al frente había una blancura insoportable que imaginó densa y latente: el Dios Blanco imponiéndose en el horizonte de su caída.

“¡Abre los ojos!”.

No: un volcán nevado. Pero no era eso lo que quería inventar.

“¡Ábrelos!”.

Apretó los párpados con todas sus fuerzas y escuchó el sonido de la silla arañando el suelo junto a las pisadas de su maestra aproximándose.

“Te va a costar, pero lo vas a hacer”.

Un volcán helado a punto de erupcionar y el Dios Blanco de Annelise emergiendo del cráter para salvarla de la cocodrila.

“Ya verás”.

Qué estúpida, pensó. El Dios Blanco no salvaba a nadie.

“Te va a costar mucho, pero yo te voy a enseñar”.

Su caída habitaba en el bosque frente a un volcán erupcionando igual que su vientre.

“Sólo tienes que escucharme”.

Pero cuando abrió los ojos y lo buscó en la ventana no vio a ningún Dios, ningún volcán dormido de tierra.

Dormido de cielo.

“Sólo tienes que entrar en el miedo”.



Mónica Ojeda (Guayaquil, Ecuador, 1988). Máster en Creación Literaria y en Teoría y Crítica de la Cultura, dio clases de Literatura en la Universidad Católica de Santiago de Guayaquil. Actualmente vive en Madrid donde cursa un Doctorado en Humanidades sobre literatura pornoerótica.

Ha publicado las novelas *Nefando* que tuvo una espectacular recepción crítica y *La desfiguración Silva* (Premio Alba Narrativa 2014). En 2017 publicó el relato *Caninos* y otros de sus cuentos fue antalogado en *Emergencias. Doce cuentos iberoamericanos*. Con *El ciclo de las piedras*, su primer libro de poemas, obtuvo el Premio Nacional de Poesía Desembarco 2015.

Forma parte de la prestigiosa lista de Bogotá 39-2017, que recoge a los 39 escritores latinoamericanos menores de 40 años con más talento y proyección de la década.



Mónica Ojeda

MANDÍBULA

Lectulandia